



<https://www.facebook.com/novelasdescargas>

¡Un falso compromiso con el millonario italiano marcó el comienzo de un cuento de hadas!

Debido a un traumático evento del pasado, la tímida Maude Thornton solo se sentía segura de sí misma en el trabajo.

Entonces, cuando necesitaba un acompañante de última hora, llegó a un acuerdo con el hombre en quien más confiaba, su jefe. Pero salir con el multimillonario Mateo Moreno ponía todos los focos sobre ella...

Mateo, horrorizado al ver el nombre de la inocente Maude en los titulares, estaba dispuesto a hacer todo lo posible para protegerla.

Pero mientras él creía ser capaz de controlar sus emociones, la pasión repentina que los envolvió trastornó su vida de un modo inesperado.

Capítulo 1

No es lo que yo esperaba.

La voz ronca de Mateo resonó a espaldas de Maude, que se giró lentamente para mirarlo.

Desde que llegaron a ese acuerdo la noche anterior, Maude había tenido tiempo para reflexionar y había llegado a la conclusión de que era una idea terrible.

¿Qué la había poseído?

Mateo Moreno era su jefe. Su jefe multimillonario.

Ella llevaba años cimentando su carrera como ingeniera estructural en su prestigiosa firma, cuya sede principal estaba en Londres, trabajando sin descanso para impresionarlo con su iniciativa. Con treinta y dos años ya estaba a cargo de un pequeño equipo de jóvenes ingenieros y siempre había mantenido su vida profesional separada de la vida privada.

¿Cómo podía haber aceptado aquella temeraria aventura?

Claro que no era tanto una aventura como una idea descabellada que desafiaba toda lógica y terminaría en lágrimas.

Pero ella sabía por qué había aceptado. ¿Cómo no iba a saberlo?

La había pillado en un momento de debilidad. La noche anterior, después de que todos los demás abandonasen el imponente edificio de cristal que albergaba las lujosas oficinas de Mateo Moreno, estaban discutiendo el último proyecto e inspeccionando la réplica a escala cuando sonó su móvil.

Angus, el acompañante con el que pensaba acudir a la fiesta previa a la boda de su hermano, la había abandonado en el último minuto porque su novio se había caído de una escalera. Al parecer, Ron había decidido pintar el techo de su dormitorio y se había caído, rompiéndose dos huesos del tobillo. Naturalmente, Angus no podía acompañarla a una fiesta mientras su pareja estaba en el hospital.

Y, en respuesta a un par de preguntas de Mateo, Maude había hecho lo que había jurado no hacer nunca: se había sincerado con su jefe.

Las conversaciones entre ellos siempre habían girado en torno al trabajo. Él viajaba constantemente porque tenía empresas por todo el mundo, pero se reunían una vez al mes y de vez en cuando la convocaba para conocer los entresijos de algún proyecto.

Maude sabía que estaba complacido con su trabajo porque su salario se había multiplicado por cinco en dos años y ahora tenía un despacho fabuloso con amplias vistas a la Torre de Londres, pero siempre había respetado las líneas divisorias. Tenía la vista puesta en su carrera y sabía que no era buena idea fraternizar con el jefe, pero la perspectiva de enfrentarse a su madre, su abuela y varias tías que se burlaban de su condición de soltera, preguntando a todas horas cuándo iba a sentar la cabeza...

No quería ni imaginarlo.

Por suerte, no le había hecho una confesión desgarradora sobre sus inseguridades. No le había contado que su madre siempre la hacía sentir como si fuera una decepción, con carrera exitosa o sin ella, pero le había confiado lo suficiente como para que estuviese allí ahora, en un enredo creado por ella misma.

La fiesta estaba en pleno apogeo y en el amplio patio de la casa, iluminado por guirnaldas de luces y farolillos, Mateo la dejaba sin aliento.

En general, Maude podía olvidarse de su extraordinario atractivo, pero allí, tan cerca como para respirar el aroma de su colonia y sin un escritorio y un ordenador que le recordasen los límites de su relación, solo podía pensar que era guapísimo.

Llevaba un pantalón de lino color crema hecho a mano, una camisa blanca doblada hasta los codos y mocasines de ante. Mateo Moreno, que medía un metro noventa, era un hombre que llamaba la atención con su

belleza italiana, oscura e inquietante. Su pelo oscuro se rizaba un poco en el cuello y sus ojos castaños no revelaban nada en absoluto.

De repente, Maude se dio cuenta de que ya no llevaba su uniforme de trabajo habitual sino un vaporoso vestido azul que su madre le había comprado y que ella se había puesto para no discutir.

Dadas las circunstancias, debería asegurarse de que su interacción fuese lo más discreta posible. No estaban en una oficina, pero sería un error pensar que Mateo había dejado de ser su jefe.

—¿Qué no te esperabas?

—Una casa tan grande y tan lujosa.

—¿Esperabas que viniese de un entorno más humilde cuando estudié en Cambridge y saqué sobresalientes? ¿Quizá unos padres profesores y un hornillo de gas? —bromeó Maude. —No, la mía es una típica familia de clase media alta. Yo rompí el molde cuando decidí estudiar ingeniería y, horror de los horrores, cuando decidí que mi carrera sería la prioridad en mi vida.

Mateo miró a la mujer que estaba a su lado. Con zapatos de tacón era casi tan alta como él.

¿Quién hubiera pensado...?

Aquella no era la Maude Thornton a la que estaba acostumbrado. La mujer que él conocía era la típica profesional vestida con traje de chaqueta, impecable, pero aburrida, que trabajaba sin descanso y sin intentar llamar la atención.

No recordaba haber tenido nunca una conversación con ella que no se hubiera centrado en el trabajo. Era excepcionalmente inteligente, muy creativa y la más prometedora ingeniera de su sucursal en Londres. Era una profesional con un gran futuro por delante, pero ahí era donde sus observaciones sobre ella habían comenzado y terminado.

Hasta el día anterior.

Hasta que vislumbró una faceta de ella previamente oculta. Su comportamiento imperturbable y profesional se había transformado de repente en consternación y vulnerabilidad mientras le contaba que su acompañante para la fiesta de su hermano la había dejado plantada.

Y luego notó algo más.

No solo su estatura, eso era algo inevitable. Debía medir casi un metro ochenta, mucho más alta que las rubias bajitas con las que él solía

relacionarse. No, había notado el brillo de su pelo castaño, el azul de sus ojos y las oscuras y largas pestañas. Se había fijado en sus generosos labios y en la sugerencia de curvas bajo la falda recta y la elegante blusa.

La consumada profesional que nunca había despertado su curiosidad se había convertido en una mujer atrayente e interesante.

¿Por qué?

Mateo no estaba seguro. ¿Era porque su repentino estallido de honestidad lo había tomado por sorpresa o porque le había parecido una oportunidad? Aquel era un arreglo que no costaría nada, que no tendría consecuencias y que podría beneficiarlos a los dos.

Maude necesitaba un acompañante para ir a un evento que parecía temer. No había entendido por qué temía ir a esa fiesta, pero no le había preguntado el motivo.

Y él tenía un espinoso problema con su ex. Había roto con ella dos meses antes, pero Cassie se negaba a aceptarlo. Le enviaba incesantes mensajes de texto, lo llamaba por teléfono a todas horas... incluso había empezado a aparecer en su ático de repente para buscar cosas que decía haber olvidado allí.

Mientras Maude contemplaba la sombría perspectiva de una fiesta a la que no deseaba acudir, él contemplaba un escenario igualmente sombrío: Cassie le había dicho que iría a buscar unos zapatos que se había dejado en el ático y, de paso, quería hablar con él.

La vida de Cassie, rebotando entre padres divorciados desde los tres años, no había sido fácil. No era su misma historia, pero era igualmente triste y, tal vez por eso habían terminado juntos.

Claro que pronto descubrió que su aparente fragilidad ocultaba un corazón de acero puro, pero para entonces se había convertido en su salvador y Cassie se había negado a escuchar cuando le explicó pacientemente que él no podía salvar a nadie porque no era un caballero de brillante armadura.

No solo era frustrante tener que aclarar la situación en un lenguaje que ella se vería obligada a entender sino que temía no ser capaz de disuadirla en sus desesperados esfuerzos por reavivar una relación que se había convertido en cenizas.

Lo único que la convencería de que ya no había nada entre ellos sería relacionarse con otra mujer. No sería una relación de verdad, por supuesto. De hecho, después de Cassie lo mejor sería un largo celibato.

Pero había mirado los ojos azules de Maude y se le había ocurrido que podían hacerse un favor el uno al otro.

Sería su acompañante en esa fiesta, le diría a Cassie que estaba saliendo con otra mujer y su ex se olvidaría de él de una vez por todas.

—¿Cómo se tomó la noticia tu exnovia? —le preguntó Maude entonces.

—Con diferentes grados de incredulidad, furia y lágrimas.

—Pobre chica.

—¿Cómo?

—Obviamente, está enamorada de ti.

—¿Detecto una nota de desaprobación en tu voz?

—No, en absoluto.

—No tienes que ser tan diplomática, Maude.

—No es asunto mío —dijo ella, encogiéndose de hombros. —Como acordamos, este arreglo es conveniente para los dos, pero... en fin, supongo que me da pena. Que alguien a quien quieres te deje es un trauma para cualquiera.

Maude pensó en su propio trauma. Había pasado toda la adolescencia con la cabeza bien puesta sobre los hombros. Era más alta y más grande que todas sus amigas, y que la mayoría de los chicos, y no era de las que despertaba el tan cacareado instinto protector de los hombres.

Lidiaba con sus inseguridades bajo una fachada de indiferencia mientras escuchaba las historias amorosas de sus amigas, escondiendo el dolor de haber sido excluida de esos primeros pasos, pero en cuanto llegó a la universidad se enamoró perdidamente de un compañero de clase.

Era alto, moreno y guapo y no parecía intimidado por su imponente estatura o por el hecho de que no tenía aspecto de modelo, de modo que se había lanzado de cabeza a una relación que duró varios meses, tan desprotegida como una tortuga a la que le hubiesen quitado el caparazón.

Sin coqueteos adolescentes, nada la había preparado para la repentina tormenta de emociones o para el dolor de un corazón roto cuando él la dejó.

El chico perfecto la había dejado por una rubia bajita a la que podría meterse en el bolsillo.

Aún recordaba lo mal que lo había pasado cuando esa primera relación se desmoronó, con todas sus inseguridades acerca de su aspecto físico saliendo a la superficie, como burlándose de su ingenuidad por haber pensado que aquel chico tan guapo y tan interesante podría enamorarse de una chica como ella.

Algo en su interior se había roto y supo entonces que nunca sería capaz de recomponerlo. No habría final feliz para ella, nada de entregar su corazón a otra persona, nada de hacerse ilusiones.

Maude torció el gesto al pensar en la ex de Mateo, preguntándose cómo no se había dado cuenta de que era un mujeriego

Todo el mundo conocía a Mateo Moreno. Todo el mundo había visto las fotos en la prensa sensacionalista del soltero más codiciado del planeta, siempre con una rubia guapísima del brazo.

¿Quién en su sano juicio se involucraría con un hombre así?

—No conoces a mi ex, pero te aseguro que Cassie no es una tímida malva —murmuró Mateo. —Puede que yo tenga mala reputación, pero nunca hago promesas que no estoy dispuesto a cumplir y Cassie no fue una excepción. Yo pongo las cartas sobre la mesa desde el principio.

—Seguro que eso te hace muy popular entre las mujeres —replicó Maude, irónica.

—¿Dónde ha estado escondiendo ese sentido del humor, señorita Thornton? —dijo él, burlón. —Solo para que conste, yo trato muy bien a las mujeres con las que salgo. Consiguen todo lo quieren de mí, pero Cassie... en fin, ella quería una relación duradera y yo no tengo relaciones duraderas. En realidad es culpa mía. Debería haberme apartado cuando me di cuenta de lo dependiente que era.

—¿Y por qué no lo hiciste?

—Sentía pena por ella —le confesó Mateo, sorprendiéndose a sí mismo.

—Cassie es una persona frágil que viene de un hogar roto y, tontamente, ignoré las señales de advertencia.

—Eso no es nada de lo que avergonzarse —dijo Maude. —No hay nada malo en sentir empatía.

—Tampoco hay nada bueno cuando el resultado implica ser acosado o cuando el acosador arriesga su propia salud mental.

—¿Qué quieres decir?

—Yo creo que Cassie necesita terapia porque solo así resolverá sus problemas y eso es lo que sugerí, junto con la oferta de pagar al mejor terapeuta de Londres.

Maude lo miró, sorprendida. Aquel no era el hombre que ella conocía y tampoco el mujeriego que pintaban las revistas.

—Que ella crea que estoy saliendo con otra mujer es lo mejor para que se olvide de mí.

—Pero no es verdad.

—Ella no lo sabe, por eso este arreglo es buena idea. Yo me libero de mi ex y tú obtienes un acompañante cuyo papel es... ¿cuál, exactamente? ¿Un novio imaginario? ¿Por qué necesitas inventar un novio?

Estaban tan cerca que Maude podía sentir su cálido aliento en la cara. Las risas y el jolgorio se desvanecieron, igual que la carpa, los camareros que se abrían paso con bandejas cargadas de copas de champán...

Confundida y alarmada, Maude inhaló temblorosamente, intentando controlarse.

—Siempre es más fácil lidiar con este tipo de cosas teniendo a alguien a tu lado.

—Sigo sin entenderlo. Supuestamente, conoces a la mayoría de los invitados, ¿no? Y esta es la casa de tus padres.

—Yo...

—¿Cuál es el problema, Maude? Siempre me has parecido una persona segura de sí misma.

Mateo se inclinó hacia delante y ella tuvo que tragar saliva, sintiendo como si estuviera tratando de mantener el equilibrio sobre arenas movedizas.

¿Era eso lo que la había empujado a hacerle confidencias en la oficina, esa repentina debilidad que se apoderaba de ella cuando la miraba de ese modo, inmovilizándola con sus hipnóticos ojos oscuros?

—Mi amigo Angus iba a ser mi acompañante —le contó. —No es que me ponga nerviosa relacionarme con toda esta gente. Es solo que... quería convencer a mi madre de que no estoy desperdiciando mi vida solo porque no tengo pareja.

—¿Qué quieres decir? Maude torció el gesto.

—Mi madre quiere una hija normal. Ya sabes, dulce, femenina, dispuesto a casarse inmediatamente. Y, bueno, ¿qué puedo decir? No lo ha conseguido.

—¿Cómo que no? No sé por qué dices eso.

—Mi hermano es seis años menor que yo y está a punto de casarse —le explicó Maude. —Yo tengo treinta y dos y mis padres se preguntan por qué no he encontrado aún al hombre de mi vida. Mi madre está convencida de que no encontraré la felicidad hasta que me case, así que pensé...

—Que venir con un acompañante te ahorraría una charla.

—Algo así —asintió ella. —Bueno, vamos. Tengo que presentarte a mi familia.

—Espera un momento...

Mateo puso una mano sobre su brazo y Maude sintió un escalofrío.

—¿Sí?

—¿Tu madre sabe que trabajas para mí?

—No, no lo sabe. Solo le dije que vendría con alguien a quien acababa de conocer... para que no se entrometiese.

—Para que no empiece a organizar otra boda.

—Eso es —respondió Maude. —Mi madre me quiere mucho, pero he sido una decepción para ella.

Era la verdad y una pena que nunca había podido enterrar del todo. Y también algo que nunca había dicho en voz alta.

—No creo que tú seas una decepción para nadie —murmuró Mateo.

—Nick, mi hermano, encaja fácilmente en todas partes. Extrovertido y deportivo, siempre había un montón de chicas llamándolo por teléfono. A mí no me llamaba nadie.

—Ya veo.

—La fiesta terminará temprano, alrededor de las diez. Nick y sus amigos van a jugar al billar y yo iré con las chicas a una discoteca a desperdiciar el resto de la noche.

—Y yo...

—Tú te habrás ido porque eres un hombre muy ocupado y tienes que trabajar mañana.

—¿Un domingo? Van a pensar que soy un adicto al trabajo, un tipo insoportablemente aburrido —bromeó Mateo.

Maude lo miró, pensando que lo último de lo que se podría acusar a Mateo Moreno era de ser aburrido. Pero dejó de pensar en eso al ver que su madre se dirigía hacia ellos.

—Mi madre viene hacia aquí —le advirtió, esbozando una sonrisa. Felicity Thornton llegó a su lado como una fuerza de la naturaleza y, después de dar un cálido abrazo a su hija, inspeccionó abiertamente a Mateo.

—¿Por qué no me habías dicho que salías con un hombre tan guapo?

—¡Mamá!

—No, en serio. Esta es una sorpresa muy agradable —Felicity tomó a Mateo del brazo. —Ven, voy a presentarte a todo el mundo. Nada de secretos, Maude.

Él se dejó arrastrar hacia el jardín, pensando que las piezas del rompecabezas empezaban a encajar. Una simple mirada a la madre de Maude había respondido a muchas preguntas.

Maude Thornton había crecido pensando que era una decepción porque no era como su madre, una rubia bajita, alegre y femenina.

¿Pero quién podría estar tan desesperado como para llevar un falso novio a una fiesta familiar?

Evidentemente, una mujer de treinta y dos años que necesitaba convencer a sus padres de que no iba a terminar soltera.

¿Pero por qué una mujer adulta como ella, una profesional con un trabajo estupendo, tenía que dar tantas explicaciones? ¿Por qué necesitaba la aprobación de sus padres? Eso era algo que Mateo no entendía.

Él no tenía madre. Los había abandonado cuando él era niño y no la recordaba en absoluto. Solo sabía que había dejado a su padre, y a él, por un hombre rico.

No tenían dinero, pero la pobreza había sido una maestra excelente. Su padre se había encargado de mover montañas para que pudiese recibir una buena educación. Había hecho todo lo que pudo por él y, a cambio, se había ganado la eterna lealtad de su único hijo

El peor momento de su vida fue el día que murió. Entonces tenía dieciocho años y tener que despedirse de su padre le había roto el corazón. En ese momento de dolor le había entregado su corazón a una mujer que

parecía maravillosa, pero que resultó ser uno de los mayores errores de su vida.

Al igual que su madre, ella desapareció en cuanto conoció a un hombre con una cuenta bancaria más importante que la suya.

Y si las lecciones aprendidas en su infancia no lo habían endurecido lo suficiente, esa experiencia había sido el último clavo en el ataúd de cualquier ilusión que pudiese haber tenido sobre el amor.

Mateo creía haber consignado esos recuerdos a un lugar seguro del que nunca podrían escapar, pero mientras Felicity le presentaba a una multitud de familiares y amigos, los recuerdos escaparon de su prisión para mostrarle todas las cosas que él nunca había tenido.

Y fue entonces cuando entendió por qué Maude había querido acudir a esa fiesta con un acompañante.

Felicity no solo era el polo opuesto a Maude, diminuta, rubia, burbujeante, impecablemente vestida y maquillada, sino que estaba claro que adoraba a su hija, independientemente de las preocupaciones que pudiese tener sobre su condición de soltera.

Entendió entonces las complejidades de una Maude insegura, criada en un entorno de clase media alta con ciertas expectativas, a la defensiva sobre el camino que había elegido, pero obligada a tratar de complacer a su familia.

Y, por eso, lo más fácil era inventar un novio que haría felices a sus padres.

Al lado de su madre se sentía desgarrada, demasiado alta, torpe, insegura, una decepción.

Y Mateo se dio cuenta entonces de que aquel arreglo no iba a ser tan sencillo como había imaginado.

Maude estaba tomando una copa de champán de una bandeja con gesto nervioso y, sin saber por qué, impulsivamente entrelazó sus dedos con los de ella.

—No te preocupes —le dijo al oído. —Querías un acompañante y aquí estoy. Confía en mí, no te decepcionaré.

Capítulo 2

Mateo estaba apretando su mano y su aliento le hacía cosquillas en el cuello.

¿Cómo había sabido que estaba nerviosa? ¿Tenía visión de rayos X y podía ver lo que pasaba por su cabeza?

Era la primera vez que llevaba a un hombre a la casa familiar... bueno, sus padres habían conocido a un chico llamado Steve con quien había tenido una relación de seis meses, pero en realidad no eran novios, solo buenos amigos.

Aquello era diferente y estaba nerviosa porque era consciente de que todos los miraban.

Su madre estaba en su elemento, por supuesto. Si hubiera tenido un megáfono, Maude estaba convencida de que lo habría utilizado para presentar a Mateo a todo el mundo.

—Lo siento —susurró, mientras se acercaban a unos parientes de Yorkshire.

—¿Por qué te disculpas? —le preguntó él.

—No me esperaba todo esto y supongo que tú tampoco.

—¿A qué te refieres?

—A tanta atención —respondió ella, tomando un sorbo de champán. Iba por la cuarta copa. —Pensé que sería diferente.

Maude saludó a algunos amigos de la infancia, que parecían muy interesados en Mateo, y la conversación quedó en suspenso cuando una radiante Felicity se acercó para hacer las presentaciones.

A medida que avanzaba la noche, Maude se daba cuenta, alarmada, de que Mateo parecía haber pasado de simple acompañante a novio formal.

Más tarde hablaría con sus padres y les dejaría claro que aquello no era más que una aventura sin importancia.

La cena estilo bufé se había servido bajo una carpa en el jardín y había un grupo de músicos amenizando discretamente la velada. Los invitados se reunieron en pequeños grupos, algunos cenando, otros sentados en los sofás del patio.

Las guirnaldas de luces enredadas en los árboles brillaban como diminutas estrellas, reflejando las que tachonaban un aterciopelado cielo negro.

Su madre había hecho un gran trabajo al darle vida al jardín, convirtiéndolo en un mágico telón de fondo para la fiesta de Nick. La atención al detalle era insuperable y los invitados, por supuesto, estaban encantados.

Y con Mateo a su lado, Maude debía reconocer que estaba disfrutando demasiado. Por primera vez en su vida estaba deslumbrando con aquel hombre a su lado. Los ojos de su madre habían brillado de orgullo al conocer a su inesperado acompañante. Sí, todo era una farsa, pero disfrutar durante un rato de esa aprobación era demasiado tentador.

Tan alto, tan moreno, tan sofisticado y sexy.

Mateo tomó su mano para llevarla a un rincón apartado del jardín y ella lo miró, inquieta. Iba a tomar un sorbo de champán, pero descubrió que su copa estaba vacía.

—¿Por qué pensaste que iba a ser diferente? —le preguntó él.

—No lo sé, tal vez porque Angus no habría creado tanta expectación.

—Pobre Angus. ¿Es muy aburrido?

—¡No, es un chico muy agradable!

—Ah, ya veo, muy agradable —Mateo esbozó una sonrisa. —¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

Maude lo miró, recelosa. Había estado a su lado toda la noche, apretando su mano casi todo el tiempo, pero en ese momento estaban solos, alejados de los demás, y la repentina intimidad la hacía temblar.

Nerviosa, se alisó la falda del vestido con la mano libre y jugueteó con la copa de champán, deseando que contuviese algo de alcohol.

—Me desconcierta que no tengas novio —dijo Mateo entonces.

—¿Perdona?

—Eres una mujer guapa, Maude. ¿Por qué tienes que pedirle a alguien que haga ese papel? ¿Es solo para que tus padres no se disgusten?

—Pues...

Mateo observó las emociones que cruzaban su rostro y se maravilló de haber pensado que aquella mujer solo era la seria profesional a la que veía en la oficina. En ese momento, sentía como si estuviese viendo a la verdadera Maude por primera vez, con todos sus complejos y sus inseguridades.

O tal vez esa mujer siempre había estado allí, bajo la superficie. Recordaba una reunión con varios técnicos y abogados para ultimar los detalles de un proyecto antes de la firma de un contrato importante. Uno de ellos había hecho todo lo posible para hablar con Maude, pero ella se había mostrado fría y distante.

¿No era su tipo? Eso era lo que había pensado entonces, pero empezaba a preguntarse si tal vez Maude no se había dado cuenta.

En un ambiente tan distinto podía ver los matices de una personalidad que ella había querido mantener ocultos. Tenía una gran confianza en sí misma cuando se trataba del trabajo, pero carecía de seguridad en sí misma fuera de la oficina.

—¿Un corazón roto? —le preguntó en voz baja.

—¿Qué quieres decir?

—Que no haya un hombre en tu vida...

—¡Eso no es asunto tuyo!

—O tal vez... —Mateo se inclinó hacia ella para hablarle al oído. — Tal vez tienes a alguien escondido.

—¿Alguien escondido? —repitió Maude, genuinamente confundida. —¿De qué estás hablando?

—¿Un indeseable, un exconvicto? ¿Padre de cuatro hijos?

—¿Qué?

—Viniendo de un entorno de clase media alta, ese es el tipo de hombre al que querrías mantener en secreto.

Maude se sonrojó. En la penumbra, Mateo notó que tragaba saliva y que sus pechos palpitaban bajo el vestido.

El vestido no era revelador y, sin embargo, despertaba su imaginación de una forma extraordinaria.

¿Qué estaba pasando?

Acostumbrado a ejercer un control total sobre sus reacciones, Mateo estaba desconcertado.

Sin embargo, ¿no era una novedad extrañamente estimulante? ¿Cuándo fue la última vez que se enfrentó a algo inesperado?

La parte difícil de su vida había terminado. La ambición abrasadora que lo había impulsado para salir de la pobreza se había desvanecido y ahora tenía el mundo al alcance de la mano. Las dificultades lo habían impulsado hacia adelante y había conseguido lo que siempre había querido: dinero, poder y todo lo que iba con eso.

Había crecido viendo a su padre tratando de llegar a fin de mes. Le había faltado una figura materna que le diese otra perspectiva de las cosas, que lo consolase. Era un hombre duro, tenía que serlo, pero en el camino había sacrificado muchas cosas. Ahora tenía el mundo a sus pies, pero la sensación de ver las cosas, y a los demás, con otros ojos era algo que no le había pasado en mucho tiempo.

—No digas tonterías —murmuró Maude.

—Mis más sinceras disculpas si te he ofendido. ¿Te he ofendido?

—Estás haciendo todo tipo de suposiciones ridículas. ¿Cómo voy a estar interesada en un indeseable?

—¿Quizá no te interesan los hombres?

—Me interesan mucho los hombres —respondió ella, atónita.
—No tengo novio porque... porque...

—¿Por qué? Dímelo, siento curiosidad.

—¡Porque no soy el tipo de mujer que gusta a los hombres!

Maude se cubrió la boca con la mano, horrorizada por ese estallido que la había tomado por sorpresa.

Decían que la confesión era buena para el alma, pero no era verdad.

¿Qué la había poseído para decir lo que acababa de decir? Era algo profundo y frágil de su personalidad que siempre había guardado para sí misma, una verdad que siempre había intentado esconder.

En ese momento, si el suelo se hubiera abierto bajo sus pies, habría facilitado las cosas pegando un salto.

Nerviosa, se humedeció los labios. Su corazón latía con fuerza y tenía la boca seca.

El ruido de la fiesta había disminuido. Por supuesto, nadie cuestionaría que estuvieran allí solos porque se suponía que eran una pareja desesperada por descansar después de tantas rondas de presentaciones.

—Desde niña siempre fui muy estudiosa y formal, y cuando me hice mayor...

—¿Porque eres tan seria y formal, Maude? —la interrumpió Mateo en voz baja. —¿Porque eres muy alta? Espero que no sea así. Quizá te hayas pasado la vida a la sombra de tu madre, pero no creo que eso te haya hecho sentir tan cohibida como para mantener a los hombres a distancia.

—No quiero hablar de eso.

—¿Por qué no?

—Porque nada de esto... yo trabajo para ti, ni siquiera somos amigos.

—Digamos que esta es una situación inusual, así que las reglas han quedado en suspenso.

Estaba realmente intrigado. Quería conocer su historia y eso era inusual para él porque, generalmente, era inmune al material sensiblero. Sin embargo, no podía luchar contra la curiosidad. En muchos sentidos, Maude estaba demostrando ser la mujer más natural e interesante que había conocido nunca.

Tenía treinta y seis años, pero tal vez después de tanto tiempo viviendo en una torre de marfil de su propia creación, con una vida dorada, controlada y previsible, se había convertido en un cínico.

Era un pensamiento incómodo y Mateo lo apartó de su cabeza inmediatamente.

El autocontrol era la única forma de vencer a los reveses de la vida. Eso era algo que había aceptado desde muy joven y siempre le había servido.

—No te rindes nunca, ¿verdad? —preguntó Maude.

—Nunca.

Ella dejó escapar un suspiro.

—Mi madre ha puesto el listón muy alto. Bueno, ya la has conocido. Es el tipo de persona que llama la atención en cualquier sitio.

—Quizás es así como la veías cuando eras niña y te has quedado atascada en esa impresión.

Maude se encogió de hombros. Siempre había sabido que su madre anhelaba una niña a la que pudiese vestir y peinar a su imagen y ella no era esa niña. Había sido un chico de pequeña y luego, de adolescente, un ratón de biblioteca, demasiado alta y demasiado rolliza como para ponerse diminutos tops o vaqueros ajustados.

¿Se había quedado atascada ahí, en esa niña que había desaparecido tanto tiempo atrás? ¿Se había rebelado contra una imagen que, en realidad, su madre no quería perpetuar? ¿Su falta de confianza en sí misma le había hecho pasar por alto que su madre la quería tal y como era?

—Tal vez, pero siempre he sentido como si no encajase —dijo Maude por fin. —Bueno, vamos a reunirnos con los demás. La segunda parte de la fiesta comenzará en cualquier momento.

Iba a darse la vuelta, pero Mateo la tomó del brazo, atrayéndola hacia su torso.

—Lo digo en serio, eres una mujer muy guapa. Que no tengas las medidas de las modelos no significa que no seas atractiva.

—Gracias, pero dime una cosa, ¿qué tipo de mujeres te gustan a ti? —le preguntó. Maude sonrió al ver que él se sonrojaba. —Ya ves que tengo razón.

Riendo, iba a darse la vuelta, pero él tiró de su brazo, aplastándola contra su torso.

Durante unos segundos se le quedó la mente en blanco. ¿Qué estaba haciendo?

—Mateo... —murmuró, poniendo las manos sobre ese torso ancho y fuerte. —Todo esto es mentira, ¿recuerdas?

—Pero solo nosotros dos sabemos la verdad.

—Por eso no hay necesidad de fingir cuando estamos solos.

Maude sentía cosquillas por todas partes. Le parecía tan natural, tan peligrosamente maravilloso estar así, tocándolo.

Pero entonces alguien se acercó a ellos, una rubia sonriente con un chal de seda sobre los hombros.

—Hola, Mateo. No me recuerdas, ¿verdad? Los dos se apartaron al mismo tiempo.

—¿Debería recordarte? —preguntó él. La rubia se presentó como Georgie.

—Nos conocimos hace mucho tiempo en una exposición de arte, cuando salías con Cassie Fowler.

Mateo sonrió amablemente.

—Ah, sí, claro —murmuró, aunque era evidente que no la recordaba.

—No pasa nada —dijo Georgie, guiñándole un ojo a Maude. —No sabía que ya no salías con Cassie.

—Rompimos hace meses.

—Ah, no me había enterado.

La rubia se despidió amablemente antes de alejarse.

—Bueno, eso ha sido inesperado —murmuró Mateo, pensativo.

—No la conozco bien, pero sé que es amiga de Amy, la novia de mi hermano —dijo Maude. —Probablemente se esté preguntando qué ves en mí después de salir con Cassie.

—¿Por qué dices eso?

—Cassie era modelo, ¿no?

—¿Y qué?

—¡Yo no podría ser modelo aunque pasara la próxima década sujeta a una dieta de doscientas calorías por día!

—Ya estás otra vez. ¿Por qué no dejamos claro que somos una pareja? Para eso estoy aquí, ¿no?

Sin darle tiempo para protestar, Mateo la atrajo hacía sí. Maude quería aquello, lo sabía. Podía sentirlo en el temblor de su cuerpo, en el suspiro que escapó de sus labios. Y él también lo deseaba, más de lo que podría haber imaginado. En realidad, había querido tocarla durante toda la noche.

Y quería algo más que un beso. Quería curar su timidez, hacerle saber que era una mujer impresionante. Quería que se sintiera bien consigo misma, tan segura de su aspecto como de su capacidad profesional. ¿De dónde salía ese impulso?

Cubrió su boca en un beso que comenzó siendo suave, pero se volvió hambriento, exigente.

La caricia provocó una sorprendente erección que le hizo ahogar un gemido. Estaba perdido en el beso y fue Maude quien tuvo que apartarse, mirándolo con los ojos muy abiertos.

Apenas podía pensar con claridad.

¡Mateo la había besado!

Le temblaban los labios y le gustaría abrazarlo, pero mantuvo las manos a los costados.

Mateo la había besado por pena, ¿no era esa la verdad? Ella se mostraba segura de sí misma en el trabajo, pero esa noche había hecho lo que hacía siempre, reírse de sí misma, bromear sobre su aspecto físico. Y él la había besado porque sentía pena por ella. Y porque estaban fingiendo ser una pareja.

Tal vez, de algún modo, ella le había dado a entender que eso era lo que quería.

—Eso no era necesario —empezó a decir, preguntándose si podría detectar el ligero temblor en su voz.

Mateo la miraba fijamente. ¿Estaba haciendo comparaciones entre ella y las supermodelos con las que solía salir?

Maude sabía que era una acusación absurda, pero sería más peligroso pensar que él pudiera sentirse atraído por ella.

—¿No era necesario? —repitió él, con voz ronca.

—Sé que me has besado para demostrar que somos una pareja, pero no había ninguna necesidad. Además, no creo que nadie estuviese mirando.

—¿Es eso lo que piensas? ¿Crees que te he besado para confirmar la historia que hemos inventado?

—¿Por qué si no? A menos que sientas pena por mí. Sé que tengo algunos complejos...

—Calla, Maude.

Ella se estremeció cuando él puso un dedo sobre sus labios.

—Quizás te he besado porque quería hacerlo.

—Te estás burlando de mí.

—Nunca miento sobre esas cosas. Te he besado porque me excitas. Maude lo miró, sin aliento.

¿Cómo podía excitarlo? A los hombres les gustaban las rubias sensacionales. ¿Era por la novedad? ¿Había despertado su curiosidad porque estaba viendo una faceta de ella diferente a la que veía en la oficina?

Si ese era el caso, lo mejor sería aclararlo. Mateo podría tener a cualquier mujer que quisiera; muy pocas serían capaces de resistirse. Y no solo porque fuese guapo, rico e inteligente. Esos eran rasgos que poseían muchos hombres.

No, Mateo Moreno era diferente.

Él jugaba en su propia liga y dejarse arrastrar como una colegiala encandilada porque le había hecho un cumplido sería un grave error.

—¿Yo te excito? —le preguntó él entonces.

La pregunta fue tan inesperada que Maude tardó un momento en responder.

—Eso no importa.

—¿Porque soy el dueño de la empresa en la que trabajas? ¿Porque soy tu jefe?

—Entre otras cosas —respondió ella, incómoda pero decidida a aclarar la situación.

—Créeme, yo tampoco lo entiendo. Nunca he mezclado los negocios con el placer. De hecho, todo lo contrario. Siempre me he asegurado de mantener mi vida privada fuera de la oficina.

Cuando dio un paso atrás para pasarse las manos por el pelo, Maude extrañó su calor. Y eso fue suficiente para que las sirenas de alarma sonasen cada vez con más fuerza.

—En fin, ha pasado y nos ha tomado a ambos por sorpresa. No sé por qué, la verdad. Tal vez porque ha sido estresante tener que mantener la farsa. No pensé que nos prestarían tanta atención, pero tal vez debería haberlo imaginado. Ha sido un momento raro para los dos y hemos hecho algo que, en otras circunstancias, nunca habríamos hecho.

Mateo permaneció en silencio durante unos segundos.

Maude se había sonrojado y tenía los ojos brillantes. Evidentemente, estaba desesperada por olvidar esta pequeña indiscreción y sería lo mejor. Con su típica seguridad en sí mismo, Mateo había asumido que podría controlar la situación, ¿y por qué no? Él controlaba todos los aspectos de su vida.

Pero no había contado con que la mujer que lo miraba con tanta seriedad le resultase de repente tan atractiva.

La situación lo había tomado por sorpresa y había hecho algo inesperado, pero era el momento de retroceder a toda velocidad. Maude Thornton no era como las mujeres con las que estaba acostumbrado a salir. Era seria sobre su trabajo y sobre la vida en general. No era alguien que diese saltos de alegría ante la perspectiva de mantener una aventura y él no era el tipo de hombre que hacía promesas para llevarse a una mujer a la cama, aunque supiera que ella disfrutaría de la experiencia tanto como él.

Aparte de que él era su jefe, en realidad eran dos personas muy distintas, con mentalidades, objetivos, esperanzas y expectativas totalmente diferentes.

Sin duda, ella esperaba amor. Estaba seguro.

Querría todas las cosas que él nunca podría darle y lo mejor sería terminar con aquello de una vez.

—Tienes razón. Esto no debería haber pasado.

—Desde luego que no.

—En fin, es tarde y debo volver a Londres.

—Espero que no haya mucho tráfico —murmuró Maude, apartando el pelo que el viento lanzaba sobre su cara.

Mateo tuvo que hacer un esfuerzo para no mirar sus labios, o esos mechones de pelo castaño que caían sobre sus hombros. Desde luego, no miró sus generosos pechos, la cintura estrecha o las redondas y femeninas caderas.

Parecía muy tranquila mientras él se sentía como un adolescente excitado y eso era exasperante.

—¿Por qué no te tomas libre la próxima semana, Maude?

—¿Para qué?

—Para relajarte después de la fiesta. Seguro que tienes días libres.

—Tal vez el lunes —asintió ella, pensativa. —Así podré venir para ayudar a mi madre a ordenar la casa, pero volveré el martes. Tengo una reunión con Doug Smith sobre el proyecto en Canary Wharf.

De vuelta al trabajo, pensó Mateo, y eso lo puso nervioso porque seguía atrapado por una reacción física que no era capaz de controlar.

—Espero que lo pases bien el resto de la noche —le dijo, a modo de despedida.

—Lo intentaré, aunque lo que me apetece es irme a la cama.

La imagen que apareció en su mente hizo que Mateo tuviese que contener un gruñido.

—No hace falta que me acompañes a la puerta. Y despídeme de tus padres, por favor.

—Como quieras, pero conduce con cuidado. Y gracias... por todo.

Maude estaba cautiva por el brillo de sus ojos, por las angulosas sombras de ese hermoso rostro.

El beso aún quemaba en sus labios, pero tenía que olvidarlo, de modo que dio un paso atrás y volvió a la casa.

No podía entender por qué, de repente, se sentía invadida por una abrumadora sensación de tristeza.

Tal vez, solo tal vez, su madre tenía razón y debería empezar a pensar en buscar al hombre perfecto después de todo.

Capítulo 3

U nos golpes en la puerta de su dormitorio despertaron a Maude a la mañana siguiente, pero tardó algún tiempo en entender lo que estaba pasando.

Qué noche. Había habido demasiado de todo: nervios, tensión, ansiedad

por interpretar un papel del que se había arrepentido incluso antes de que Mateo apareciese en la fiesta, cuando se vio con el vaporoso vestido azul, tan diferente a los trajes de chaqueta con los que su jefe estaba acostumbrado a verla.

Pero, por supuesto, en cuanto les confirmó a sus padres que iría con un acompañante a la fiesta, no había vuelta atrás. Si hubiera ido con Angus no habría pasado nada porque eran amigos. Mateo, sin embargo, la había mantenido en tal estado de tensión que la liberación de no tenerlo a su lado en la discoteca la había empujado a hacer demasiado de todo: demasiado alcohol, demasiada música a todo volumen, demasiado baile.

Y demasiado dolor de cabeza cuando por fin se las arregló para entrar tambaleándose en el baño y tomar un par de pastillas antes de meterse en la cama.

El lado positivo era que sus padres no habían tenido oportunidad de interrogarla. Aún.

Pero, por el momento, los golpes en la puerta del dormitorio estaban empeorando su jaqueca y, por fin, saltó de la cama y miró la hora en el móvil. Eran más de las diez.

Suspirando, se puso un albornoz a toda prisa y abrió la puerta, esperando ver a su madre con una lista de preguntas sobre su acompañante de la noche anterior que no podría responder cuando estaba recuperándose de una resaca.

A quien no esperaba ver era a Mateo Moreno.

La resaca se esfumó de inmediato. ¿Estaba soñando?

Ella tenía los ojos enrojecidos y el pelo hecho un desastre mientras él parecía la portada de una revista. Injusta y pecaminosamente sexy con unos vaqueros negros, un polo gris y unos mocasines hechos a mano.

Maude se envolvió en el albornoz, incrédula.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó, su voz como un graznido.

—Tienes un aspecto horrible.

—Muchas gracias, pero eso no responde a mi pregunta.

—¿Puedo entrar?

—¡No!

—Tal vez quieras pensártelo, Maude.

—¿Se puede saber qué haces aquí? ¿Y cuándo has llegado?

—Hace más de una hora. Déjame entrar.

—¿Hace más de una hora?

Su corazón latía desbocado. No tenía idea de lo que estaba pasando y la expresión de Mateo no era precisamente tranquilizadora.

—Estaba abajo, charlando con tus padres, tomando tres tazas de café y rechazando la oferta de un desayuno inglés completo. En serio, tienes que dejarme entrar. Ha ocurrido algo que debes saber.

Maude dio un paso atrás, alarmada. No podía dejar de mirarlo mientras entraba en la habitación y le hacía un gesto para que cerrase la puerta.

—¿Qué ha pasado?

—Yo que tú me sentaría —respondió Mateo.

—Me estás asustando. ¿Qué ocurre?

—¿Quieres un café, un Paracetamol? ¿Un vaso de whisky? ¿Cuánto bebiste anoche?

—Estoy bien, no te preocupes —respondió Maude, perpleja, dejándose caer sobre una silla, frente a la cama.

De pie en medio de la habitación, elegante, sofisticado y sobrio, Mateo la miró en silencio, haciéndola sentir consciente de su desnudez. Aparte de las bragas, iba desnuda bajo el albornoz y, de repente, era consciente del peso de sus senos y de la presión de sus pezones contra la tela.

—Dime de una vez lo que tengas que decir.

Suspirando, él se sentó a los pies de la cama.

—Esta mañana recibí un mensaje de Cassie sugiriendo que comprase una revista porque habían publicado algo sobre mí.

—¿Has venido hasta aquí para decirme eso? —preguntó ella. —No lo entiendo. ¿Qué tiene que ver conmigo? Mira, lo que sea que haya pasado entre tú y tu ex es asunto tuyo.

—Espera...

—Sí, acordamos este arreglo porque pensamos que nos convendría a los dos, pero no quiero saber lo que tu novia tiene que decir al respecto — Maude frunció el ceño—. ¿Tiene algo que ver conmigo?

—Me temo que sí. Tú también apareces en el artículo. Al parecer, mi ex ha decidido divertirse un poco a mi costa.

Su gesto era sombrío y sus serios ojos oscuros estaban clavados en su rostro.

—Explícate —susurró Maude.

—La rubia que se nos acercó anoche decidió investigar un poco y se puso en contacto con Cassie para hablarle de ti.

—Dijo que no sabía que habías roto con ella.

—Le dije a Cassie que estaba saliendo con otra chica, pero no mencioné ningún nombre. Ha sido mala suerte que una de tus invitadas conociera a mi ex.

—Amy conoce a cualquiera que tenga que ver con el mundo de la moda, esa debe ser la conexión —dijo Maude con tono apagado. —¿Qué decía el artículo, Mateo?

—Que tú y yo estamos comprometidos. Ella lo miró, boquiabierta.

—¿Qué?

—Parece que contigo he encontrado el amor de mi vida y estamos comprometidos.

—No, no, no...

—Créeme, yo estoy tan sorprendido como tú.

—¿Has hablado con ella?

—La he llamado, pero no contesta y da igual —respondió Mateo. — Está claro que quería castigarme por romper con ella.

—¡Mis padres! —gritó Maude.

—Aún no saben nada, pero tarde o temprano se enterarán. Por eso he venido. Quería hablar contigo antes de decir nada.

—¿Y qué excusa has inventado para presentarte aquí tan temprano?

—Les he dicho que ha sido una decisión impulsiva porque no me apetecía trabajar y quería verte.

Maude tragó saliva.

—Necesito pensar y necesito vestirme.

—Tenemos que decidir qué vamos a contarles antes de bajar —le recordó Mateo.

—¿Cómo puedes tomarte esto con tanta calma?

—¿Preferirías que me pusiera a gritar?

—¡Esto es una catástrofe!

—Es un inconveniente —replicó él. —Pero lo resolveremos en unos días.

—¿Y cómo vamos a hacer eso? —gritó Maude, poniéndose en pie, pero quedándose clavada al sitio. —Tú no conoces a mi madre. ¡Esto es lo que ha estado esperando desde siempre! Si no hacemos algo habrá un anuncio de boda en el periódico local mañana a la hora del almuerzo.

—¿Seguro que no exageras?

—Tengo treinta y dos años y mi madre ha estado desesperada por casarme desde que tenía veinte.

—De verdad has tenido que pelear por hacer lo que querías con tu vida, ¿eh? —murmuró Mateo, imaginando a una Maude joven, negándose a seguir el camino prescrito.

Era fuerte, inteligente, luchadora. Había trabajado mucho para llegar donde estaba, se había sacrificado. Puede que procedieran de entornos diferentes, pero también ella había tenido que pelear y Mateo la admiraba por ello.

—Desde luego que sí.

Todo había parecido tan simple cuando se les ocurrió la idea. Mateo pensó que era una solución perfectamente sensata. Fingir que tenían una relación funcionaría para ambos y no implicaría más que interpretar un papel durante un par de horas.

Todo había parecido tan sencillo. A ninguno de los dos se le ocurrió que nada en la vida era tan fácil como parecía.

—Como he dicho, todo se arreglará. No es el fin del mundo.

—Voy a cambiarme. Deberías bajar y...

—¿Dar la noticia de que todo es un malentendido? ¿Que, de hecho, nunca hemos tenido una relación?

—Pues...

—¿No llevaría eso a un interrogatorio? Tus padres querrían saber por qué les hiciste creer que somos una pareja.

Maude se envolvió en el albornoz y él la miró. Despojados de las limitaciones de su relación laboral, ahora eran solo un hombre y una mujer.

Otra cosa que no se le había ocurrido.

Él la recorrió con sus ojos oscuros, haciéndole todo tipo de cosas a su cuerpo, que respondía de una forma en la que no confiaba.

Maude le dio la espalda para hurgar brevemente en la cómoda, de la que sacó unos vaqueros y una camiseta.

—Menos mal que aún tengo ropa aquí —murmuró. —Espérame abajo. Iré enseguida.

Después de ducharse se vistió a toda prisa, pero cuando salió del baño encontró a Mateo todavía en el dormitorio, recostado en la cama como si no tuviera una sola preocupación en el mundo.

Antes de que pudiese pronunciar palabra, él levantó una mano y le dijo:

—Se me ha ocurrido una idea.

—¿No ibas a bajar a la cocina?

—He preferido esperar para que hablemos a solas un momento.

—¡Eres imposible! —le espetó Maude, airada. —Bueno, dime qué idea se te ha ocurrido.

Mateo cruzó un tobillo sobre la rodilla y Maude, de brazos cruzados, intentó no mirarlo fijamente. Pero aquel hombre era tan irresistible, tan carismático, tan ridículamente adictivo.

Los vaqueros destacaban sus largas y musculosas piernas y el polo gris se había levantado un poco, dejando al descubierto un retazo de piel bronceada que la hizo sentir acalorada y nerviosa.

—Por cierto, no se permiten zapatos en la cama. Es una regla de la casa.

—Mis disculpas —dijo él, bajando los pies inmediatamente.

Maude esperaba que se levantase de la cama y se sentase en la silla, algo que habría calmado un poco sus nervios, pero lo que hizo fue quitarse los mocasines y quedar con los pies desnudos, lo cual era mil veces más desconcertante.

—Tu madre está organizando la boda de tu hermano y quiere que todo sea perfecto.

—Está en su elemento, desde luego.

—Con el gran día tan cerca, ¿querrías arruinarlo todo?

—¿De qué estás hablando? ¿Por qué iba a arruinar la boda de mi hermano?

—Si damos la noticia de que todo esto es una farsa, tus padres se llevarán un disgusto. Tu madre te quiere mucho y... en fin, deberías estar agradecida.

—¿Por qué dices eso?

—Porque yo nunca tuve una madre que cuidase de mí.

¿Qué diablos lo había poseído para decir eso?

Mateo frunció el ceño. Esperaba que ella intentase arrancarle confidencias que no tenía intención de compartir, pero Maude permaneció en silencio, con la cabeza inclinada a un lado, sosteniendo su mirada sin hacer preguntas.

De repente, saltó de la cama y se dejó caer sobre el asiento de la ventana con los brazos cruzados, como ella, invadido por una extraña inquietud.

—Mi madre nos abandonó cuando yo era un niño —dijo con brusquedad, totalmente desconcertado consigo mismo.

—Lo siento —murmuró Maude.

—Al parecer, decidió enganchar su carro al de un hombre rico y no volvió a mirar atrás —Mateo merodeó por la habitación, mirando distraídamente los fragmentos del pasado de Maude en las fotos enmarcadas y los libros infantiles.

Cuando por fin se detuvo frente a ella vio un brillo de empatía en sus ojos. Él nunca había necesitado la empatía de nadie. De hecho, nunca había necesitado hablar de su pasado con nadie. ¿Por qué lo hacía ahora?

Durante una fracción de segundo se sintió vulnerable y eso era anatema para él.

—Nada de eso importa ya —murmuró. —Tú sabes lo que quería decir.

—Sí, claro.

Distraída, Maude apartó el pelo mojado de su cara y se lo echó sobre un hombro, mirando por la ventana con el ceño fruncido. Era otro hermoso día de verano y el sol iluminaba el jardín, entrando a raudales en el dormitorio.

La admisión de Mateo la había sorprendido y le gustaría hacer más preguntas, pero no tenía intención de traspasar los límites de su relación.

—Sé que mis padres se disgustarían si supieran que hemos inventado todo este asunto. Tienes razón, habría muchas preguntas y todo tipo de examen de conciencia. No sé, tal vez no deberíamos decir nada antes de la boda de mi hermano. Tú desaparecerás y yo puedo decir... no sé, que estás de viaje en el extranjero. Mientras tanto, yo tendré la oportunidad de sentar las bases para...

—¿Para nuestra eventual separación?

—No todas las relaciones son duraderas.

—¿Esa es tu experiencia?

Maude frunció el ceño ante el repentino cambio de tema. ¿Cómo hacía eso? ¿Cómo se las arreglaba para llevarla por un camino y luego, cuando ella lo seguía obedientemente, girar por un callejón lateral?

Maude odiaba ese tipo de cosas porque le gustaba saber qué terreno pisaba. Hacerse mayor había sido algo incómodo, siempre en la cuerda

floja, intentando mostrar la confianza que se esperaba de ella mientras se enfrentaba a la incertidumbre de no encajar del todo.

Y luego ese doloroso episodio en la universidad, cuando se había entregado a un hombre que terminó rechazándola...

Con el paso de los años se había sentido más segura, a cargo de su vida. Tal vez porque había elegido una carrera dedicada a la precisión de los números y las ecuaciones. Cuando se trataba de ingeniería estructural no había lugar para la incertidumbre o las dudas. O las matemáticas funcionaban y la estructura era sólida o no lo era.

Algo tan diferente a las emociones y a la angustia que las acompañaba. Estudiar la dinámica del hormigón o la madera la había ayudado a olvidar los días en los que era dolorosamente tímida, cuando se volvió mucho más alta y más grande que las demás chicas, cuando evitaba las fiestas por miedo a que nadie la mirase.

—¿Qué quieres decir?

—¿Recuerdas que te pregunté por qué seguías soltera a tu edad?

—¡Aún no soy una anciana! —protestó Maude.

—Claro que no. ¿Recuerdas que eso me desconcertaba porque eres una mujer guapa e inteligente? ¿Qué pasó, Maude? ¿Te has llevado alguna desilusión?

—¡Mi vida privada no es asunto tuyo!

—Ahora que estamos comprometidos sí es asunto mío.

—¡No estamos comprometidos!

Mateo esbozó una sonrisa relajada, divertida y tremendamente atractiva.

—Te estás burlando de mí.

—Un poco —admitió él—. Tal vez me gusta ver que te sonrojas. Pero si se supone que somos una pareja tenemos que saber algo más el uno del otro. A tus padres les parecerá extraño que no sepa nada sobre tu vida privada, sobre los novios que has tenido...

Maude vaciló. Se había embarcado en esta farsa sin pensar en las posibles consecuencias y ahora, mientras lo miraba, tenía la sensación de estar hundiéndose en arenas movedizas.

Pero lo que acababa de decir tenía sentido. Aunque ella ya sabía algo sobre Mateo Moreno. Sabía que era un mujeriego, que le gustaban las rubias y que había hecho una fortuna partiendo de cero.

Y también que era un niño que había perdido a su madre, que había crecido con la inseguridad de haber sido abandonado, admitiera él esa inseguridad o no.

Mateo estaba fascinado por las expresiones que cruzaban su rostro. Quería saber más sobre ella, pero si él no estaba dispuesto a revelar nada, Maude no se quedaba atrás.

Pero las emociones estaban escritas en su rostro, en la forma en la que giró a un lado la cabeza para no responder.

No quería llamar su atención y, en lugar de las coquetas insinuaciones a las que él estaba acostumbrado, prefería decir lo menos posible.

Y ahí radicaba lo que, Mateo estaba descubriendo, era un atractivo irresistible.

—Debes haber tenido docenas de novios.

—He estado muy ocupada forjando mi carrera. He tenido un par de relaciones, pero nada serio —dijo Maude por fin.

—¿Nunca?

—No, nunca —respondió ella, encogiéndose de hombros. —En fin, deberíamos bajar para enfrentarnos con mis padres. Y luego, antes de que te vayas, decidiremos qué vamos a hacer.

—He oído que tu madre ha organizado un gran almuerzo.

—Es lo último que me apetece.

—En fin, vamos. Tus padres no pueden esperar. Sospecho que podrían empezar a anunciar la boda.

Maude dejó escapar un gemido. Aquello se había complicado de un modo absurdo y tan pronto como Nick y Amy se hubieran casado, y su madre ya no estuviese centrada en el gran evento, tendría que dar muchas explicaciones.

—Esto se nos ha escapado de las manos —dijo Maude, sintiendo una punzada de desesperación.

Se había acercado a la puerta y tenía la mano en el pomo mientras Mateo se levantaba.

—Desde luego.

—Tu ex sabe cómo buscarte las cosquillas.

—¿Hay algo más peligroso que una mujer desdeñada? —bromeó él. Estaba a su lado, mirándola a los ojos, y Maude se sentía cautiva de esa mirada.

Un escalofrío la recorrió de arriba abajo y tuvo que dar un paso atrás, con el corazón acelerado.

—Nunca he entendido por qué una mujer querría vengarse de un hombre que la ha dejado —empezó a decir, intentando calmarse. —La mejor venganza es seguir adelante con tu vida y demostrarle que te importa un bledo.

—¿Tú crees? —murmuró Mateo.

Maude abrió la puerta de un tirón y salió al pasillo, que le parecía enorme y luminoso después de la intimidad de su dormitorio. Pero cuando se dio la vuelta, él seguía mirándola de ese modo tan cautivador.

—Tenemos que interpretar un papel —dijo Mateo entonces. —Dejaré que tú tomes la iniciativa sobre los detalles de nuestro repentino y abrasador amor.

—Oye...

—Te aseguro que tengo tanta curiosidad como tus padres por saber cómo nos enamoramos profundamente en el espacio de... ¿cuánto tiempo? Espero que no fuesen unas horas.

Maude se detuvo abruptamente, a punto de recordarle que la situación no tenía nada de gracioso, pero antes de que pudiese decir nada él añadió:

—Créeme si te digo que esta situación no me gusta más que a ti, pero sé que todo es culpa mía.

—¿De qué estás hablando? Ambos aceptamos este arreglo por voluntad propia.

—Ya, pero yo debería haber previsto que Cassie sería un problema.

—¿Cómo ibas a predecir que una amiga de la prometida de mi hermano conocería a tu ex? No te culpo por lo que ha pasado, Mateo. Nos hemos saltado las reglas, ese es el error que hemos cometido.

—¿De qué sirven las reglas si no puedes saltártelas de vez en cuando? Yo no he llegado donde estoy obedeciendo las reglas.

Maude se estremeció.

Mateo Moreno era un inconformista cuyo talento lo había llevado a la cima y los inconformistas tenían sus propias reglas.

—Trataré de ser lo más imprecisa posible —dijo, con voz temblorosa. Debía hacer un esfuerzo para disimular el efecto que ejercía en ella; su proximidad y su intransigente virilidad la hacían sentir suave y femenina y ella nunca se había sentido así.

—Los paparazis no nos dejarán en paz. Yo sé cómo funciona esto, pero también sé lo rápido que mueren estas historias y creo que sería buena idea desaparecer durante unos días.

—¿Desaparecer dónde?

—Tengo en mente un proyecto de viviendas muy ambicioso. Son edificios selectos que utilizan los recursos naturales para respetar el medio ambiente. Allí estaríamos lejos de miradas indiscretas y de las cámaras de los paparazis.

—¿Una oficina? ¿Es la sucursal escocesa que estás a punto de abrir? Allí podríamos trabajar en cualquier proyecto.

Eso sería perfecto. Sin emociones conflictivas, de vuelta al entorno profesional. Allí nadie sabría quién era y si Mateo decía que no habría paparazis, entonces no habría ninguno.

En Escocia podría seguir siendo la profesional que era y no esa extraña que, de repente, había decidido hacer tan perturbadora aparición en su bien ordenada vida.

—Me parece muy buena idea —anunció Maude

Para cuando volviesen a Londres el alboroto se habría calmado y los dejarían en paz.

Cuando entraron en la cocina, todos estaban allí: sus padres, Nick, Amy y varios miembros de la familia.

En la gran cocina, con su larga mesa rectangular de madera, estaban los restos del desayuno que Mateo había rechazado. Amy estaba junto al fregadero, llenando el lavavajillas.

Cuando entraron, todas las cabezas se giraron en su dirección y Maude no se sorprendió al ver la alegría en el rostro de su madre, que parecía dispuesta a hacer un millón de preguntas.

Incluso su padre, normalmente el más contenido de los dos cuando se trataba de su vida privada, parecía emocionado.

Estaba claro que la prensa sensacionalista había logrado su objetivo.

—¡Comprometida! —exclamó su madre. —¡Lo sabía, mi amor! ¿Qué te dije, Richard? ¿No te lo dije? Una madre sabe esas cosas. ¡Qué alegría, Mateo! ¿Ibais a sorprendernos con un anuncio después de la boda de tu hermano? —Mamá...

—¡Anoche no dijiste una palabra! Qué callado te lo tenías, cariño, pero ahora tendrás que confesarlo todo. ¡Detalles, por favor, y no me ahorréis nada!

—Perdona, Mateo, vas a tener que acostumbrarte al entusiasmo de mi esposa —intervino su padre. —¡Y enhorabuena, por cierto!

Sacaron una botella de champán de la nevera y Maude se dejó llevar por una marea de preguntas, preguntas y más preguntas a las que respondía inventando sobre la marcha.

Pero podía ver la luz al final del túnel y eso la animó. Desaparecerían en Escocia durante unos días y todo habría vuelto a la normalidad cuando regresaran, de modo que no se sobresaltó cuando Mateo pasó un brazo sobre sus hombros.

Media hora después dejaron de hacer preguntas y Maude intentó disimular una sonrisa cuando él anunció, con falso pesar, que no podía quedarse a comer.

Apretó cariñosamente su hombro y Maude ya tenía la explicación en la punta de la lengua cuando él siguió:

—Y me temo que esta maravillosa mujer tampoco podrá quedarse. Hemos decidido que lo mejor es desaparecer durante unos días, así que vamos a perdernos la diversión. Habrá reporteros buscando una fotografía y cuanto antes nos vayamos, mejor. Espero que tengas listo el pasaporte, cariño. —¿Eh?

Maude se dio la vuelta para mirarlo con cara de sorpresa.

—Tu pasaporte —Mateo tocó su nariz con la punta del dedo en un gesto cariñoso. —¡Voy a llevarte a mi casa en la Toscana!

—¿La Toscana, en Italia? —murmuró ella.

—Creo que te gustará, cariño. Y no olvides llevar el bañador. Mi jet privado estará listo a las nueve de la mañana.

Capítulo 4

Maude descubrió lo que era ser arrastrada por la marea. O por un tornado. Un minuto antes había estado moviéndose tan cómodamente como podía, dadas las circunstancias, y al minuto siguiente la vida se movía a la velocidad de la luz.

Habían seguido charlando con su familia durante media hora, y luego todos se levantaron para acudir al almuerzo al que ella no asistiría.

Tan pronto como el último de sus parientes salió de la cocina, Maude se dio la vuelta para mirar a Mateo con las manos en las caderas.

—¿Pasaporte? ¿Bañador? ¿Jet privado?

—Eso es.

Maude se enfureció cuando él se acercó tranquilamente a la nevera para servirse un zumo de naranja.

—¿Dijiste que íbamos a Escocia!

—¿Ah, sí?

—¿No te atrevas a mirarme como si hubiese perdido la cabeza!

—No recuerdo haber dicho una sola palabra sobre Escocia. Ese proyecto está todavía en pañales y los lugareños podrían alarmarse si apareciésemos con planos y cascos de trabajo.

—Muy gracioso.

Maude debía admitir que Mateo no había confirmado adónde irían. Ella había sacado conclusiones precipitadas y él, convenientemente, no había dicho nada.

Con mil preguntas más que hacer, Maude se encontró saliendo tras él de la cocina porque Mateo tenía que regresar a Londres para solucionar un par de cosas antes del viaje.

—El tiempo es esencial —se limitó a decir—. Un coche vendrá a buscarte para llevarte al aeródromo. Y no te preocupes, estaremos trabajando y donde vamos no hay periodistas. Además, habrá otras personas alrededor. No vas a estar a solas conmigo.

—No estoy preocupada.

Pero la verdad era que la asustaba la idea de irse a Italia con Mateo. Trajes de baño, jets privados... ¿no iban a trabajar? ¿Y dónde iban exactamente?

Mateo Moreno la afectaba de un modo extraño y, aunque su atracción por él hubiera estado ahí desde siempre, había sido manejable en el ambiente contenido de una oficina, con el zumbido de los ordenadores y los teléfonos y con otras personas alrededor.

Pero sin esa red de seguridad...

Maude recordó el beso en el jardín y sus nervios se habían disparado instantáneamente al imaginarse besándolo en Italia, frente a una piscina azul, con música de fondo.

¡Tenía treinta y dos años!, se dijo a sí misma. No era una adolescente enloquecida por el chico más guapo de la clase y no iba a dejar que sus emociones gobernasen su cabeza de nuevo.

Sí, le había dicho que era guapa, pero ella sabía que era un simple cumplido. Le había confesado sus inseguridades y Mateo respondió de ese modo por amabilidad, como habría hecho cualquiera.

No debería darle ninguna importancia.

Unas horas después, un Range Rover negro fue a buscarla para llevarla al aeródromo. Maude, que había guardado lo mínimo en la maleta, miraba de un lado a otro, nerviosa.

—Ya veo que viajas ligera de equipaje —dijo Mateo, que acababa de aparecer a su lado. —No es esa mi experiencia con las mujeres.

Ella se dio la vuelta, con el corazón acelerado.

Mateo Moreno rezumaba atractivo sexual con unos vaqueros desteñidos y una sencilla camiseta blanca. Llevaba gafas de sol oscuras, pero se las quitó para mirarla.

—Solo he guardado un par de cosas porque no vamos a estar allí mucho tiempo, ¿no? ¿Dónde está tu jet?

Él señaló un aparato de color negro que se deslizaba por la pista.

La bestia negra dominaba el aeródromo como un tiburón entre pececillos y el rugido de los potentes motores hizo que Maude se pusiera aún más nerviosa.

—Ven conmigo, no hay tiempo que perder —Mateo la tomó del brazo enérgicamente. —Tengo varias reuniones programadas y quiero que me acompañes a un par de ellas.

Gracias a Dios, pensó Maude. Iban a trabajar, nada más. Tenía que dejar de preocuparse por cosas que no iban a suceder.

Ella siempre había tenido una vida cómoda, pero nada la había preparado para viajar en un jet privado con destino a Italia. El interior del jet era impresionante, la prueba material del deseo de Mateo de llegar a la cima. Había pasado de una infancia pobre a tenerlo todo al alcance de la mano, ¿pero qué había sacrificado en el camino?

De repente, Maude se sentía consumida por la curiosidad.

¿Cómo habría sido la vida para él? Esa confianza sobre su madre le había mostrado un destello del niño que había crecido sabiendo que había sido abandonado. Pensar que su propia madre lo había dejado atrás, que había elegido otra vida, debía haberlo herido profundamente.

¿Era por eso por lo que sentía tal desapego por las mujeres? ¿Por lo que podía tener innumerables relaciones sin permitir que ninguna de ellas se convirtiese en algo permanente?

A pesar de que sus orígenes eran muy distintos, también ella había recibido golpes durante la adolescencia que no había podido superar. Ella había tenido el cariño de sus padres y todos los privilegios de una familia de clase media. Sin embargo, nunca había sido capaz de superar cómo la miraban otros niños cuando empezó a crecer y crecer, cómo se reían de ella a su espalda.

Había desarrollado muchos mecanismos de defensa, pero esas experiencias la habían seguido hasta la edad adulta, definiendo cómo reaccionaba ante las cosas.

Debido a sus inseguridades, que se habían visto agravadas por un juvenil error de juicio, había rehuido cualquier tipo de relación sentimental.

¿Le habría pasado a él lo mismo?

Maude sabía que el pasado nunca debería dictar el presente o, peor aún, el futuro. ¿Pero qué podía hacer al respecto? Su vida amorosa era inexistente. Alguna cita ocasional, algún amigo con derecho a roce aquí y allá, pero eso siempre había ocupado un segundo lugar en su vida, donde lo único importante era su carrera.

¿Tanto miedo le daba arriesgarse? ¿Debería haberlo hecho mucho tiempo atrás? Tal vez si se hubiera arriesgado, si hubiera permitido que le rompiesen el corazón un par de veces, ahora sería menos frágil. Ella quería tener hijos. Quería tener un compañero a su lado. ¿Durante cuánto tiempo iba a seguir buscando a un hombre que no le hiciese daño cuando tal hombre no existía?

—Guau —murmuró, mirando alrededor.

—¿Tu primera vez en un jet privado?

—Oh, no, viajo en avión privado todo el tiempo —bromeó Maude. Mateo soltó una carcajada.

—Sírvete lo que quieras, yo tengo que trabajar.

—No me has dicho dónde vamos a alojarnos.

—Sí te lo he dicho, en mi casa —respondió él, dejándose caer sobre uno de los asientos de piel. —Es tan segura como Fort Knox, no te preocupes.

—Ya veo.

—No he tenido oportunidad de preguntar... ¿hubo discusiones sobre nuestra situación cuando me fui?

Maude suspiró.

—Por suerte, no. No habían vuelto del almuerzo cuando me marché.

—Estupendo —dijo él. —Dentro de unos días el alboroto se habrá calmado.

—Mis padres no se habrán calmado, pero siempre puedo inventar una excusa para que tú no acudas a la boda. Será incómodo de todos modos, pero no tendrán tiempo de analizar por qué mi «prometido» tiene mejores cosas que hacer que acompañarme a la boda de mi hermano. Y luego empezaré a dejar caer que nuestra relación no va bien.

—Eres muy sensata —murmuró Mateo.

—Sí, lo soy. ¿Puedo preguntar cuál es el proyecto en el que vamos a trabajar cuando lleguemos a Italia? ¿Es un proyecto grande?

—Todo a su debido tiempo, Maude. ¿Por qué no tratas de relajarte un par de horas en lugar de pensar en el trabajo?

Era una amable reprimenda y ella no se molestó en replicar. Había ido preparada para volver a ser ella misma. Nada de sonrojarse, nada de ponerse nerviosa. Volvería a ser la Maude de siempre, serena y lista para afrontar cualquier problema que se presentase.

Incluso se había vestido para el papel, con una elegante falda gris, una blusa blanca y zapatos planos. Ciertamente, sin ningún indicio de que fuese a interpretar aquello como algo más que un viaje de trabajo.

Maude miró alrededor, pensativa. El interior del jet estaba lujosamente amueblado, con asientos de piel y pequeñas mesas de nogal para ordenadores y bebidas. Un tabique en el centro separaba los asientos de una mesa de trabajo y, detrás, Maude podía ver un sofá de color claro que haría las veces de cama.

El piloto se acercó para conversar durante unos minutos y un joven con uniforme azul y blanco les ofreció un refresco antes de dejarlos solos.

Después, Mateo se sumergió en el trabajo, ajeno a su entorno mientras el avión despegaba y Maude contemplaba lo que la esperaba en Italia.

Maude tardó menos de un día en darse cuenta de que aquello no iba a ser lo que ella había esperado.

El viaje, que duró apenas dos horas, terminó frente a un panorama de ondulantes colinas verdes y montañas rocosas. Ella había esperado el bullicio de un aeropuerto en alguna ciudad abarrotada, pero descubrió que la pista de aterrizaje estaba en la interminable e impresionante propiedad de Mateo.

Él señaló los viñedos, que se extendían hasta perderse de vista, y le contó que el vino que producían allí era solo para consumo local y, por supuesto, para él, cada vez que encontraba tiempo para regresar allí.

Poco después llegaron a una mansión de color sepia, frente a un amplio patio circular dominado por una fuente. El interior, con suelos de mármol y muebles de madera clara, era muy acogedor y en el jardín había una espléndida piscina infinita ingeniosamente hundida en el suelo, rodeada de flores y árboles de sombra.

Por supuesto, había gente por todas partes, personal que se encargaba de todo, desde la cocina a la limpieza. Incluso había un edificio de oficinas donde el personal que se encargaba de los viñedos se ocupaba del negocio.

Había gente por todas partes y, sin embargo, con el sol cayendo como miel líquida sobre un paisaje exuberante, verde y montañoso, aquel no parecía un ambiente de trabajo.

Veinticuatro horas después, Maude miraba desde la ventana de su dormitorio la piscina que pensaba evitar a toda costa, pero eran las seis de la tarde y había quedado abajo con Mateo para tomar una copa.

—Me temo que debemos hablar de trabajo —se disculpó él cuando bajó a la terraza. —Como viste por los planos que te enseñé ayer, el proyecto atravesaría el pueblo, pasando frente a la iglesia local. Tenemos que encontrar alguna forma de evitar eso y asegurarnos de que todo se haga de forma armoniosa. Alberto Hussi está a cargo del proyecto y vendrá a cenar esta noche.

El corazón de Maude se había animado. ¿Trabajar en el lugar más bonito del planeta? ¿Dónde los exuberantes alrededores invitaban a explorar y a relajarse? ¿Un lugar donde los ordenadores deberían estar escondidos y los móviles guardados en cajones?

«Perfecto».

—Y, por cierto, ya sé que solo vamos a trabajar, pero no hay necesidad de que vistas de modo tan formal —dijo Mateo entonces.

De pie en la amplia terraza frente a los hermosos olivares, con la noche cayendo y dándole a todo un oscuro relieve, Maude se había estremecido.

Tras ellos, dos de los casi invisibles miembros del personal estaban retirando las copas de vino que se habían utilizado para hacer una cata. Dos vinos de la propiedad de Mateo, el resto de otras bodegas de la zona. A mediodía se había servido un almuerzo en el comedor formal.

—Yo siempre visto así —dijo Maude.

—Pero yo sé lo guapa que estás cuando te deshaces de los trajes de chaqueta. Sé que oficialmente no son unas vacaciones y que tenemos una agenda de trabajo, pero estás en mi casa y me gustaría que intentases relajarte.

También a ella le gustaría relajarse, pero no era capaz de hacerlo. ¿Se daría cuenta Mateo?

Sí, seguro que sí. Se preguntaría por qué se mostraba tan tímida cuando en la oficina era una profesional segura de sí misma.

¿Y cuánto tiempo tardaría en concluir que se sentía atraída por él?

En el acto, Maude decidió que se desharía de las remilgadas faldas, las serias chaquetas y las blusas holgadas y recurriría a los pantalones cortos y las camisetas que había guardado en la maleta.

Hacer algo nuevo sería bueno para ella, pensó.

—Tienes razón —le dijo. —Voy a cambiarme de ropa, vuelvo enseguida. Mateo se quedó solo en la terraza, pensativo. Había olvidado cuánto disfrutaba de la privacidad de la extensa villa y del viñedo, que había sido la ambición de su vida desde que era niño.

Iba allí como máximo un par de veces al año y nunca más de un fin de semana. Y nunca había llevado a una mujer allí.

Mientras contemplaba la silueta oscura de las colinas y las vides no podía dejar de pensar en la ironía de haber llevado allí a una mujer con quien supuestamente estaba comprometido.

La brisa era fresca y podía detectar el susurro de las hojas de los árboles y el de las uvas meciéndose en las parras sobre su cabeza. Olía tan bien.

¿Cómo podía haber olvidado lo sereno que era aquel sitio?

No había mentido cuando le dijo a Maude que serían unas vacaciones de trabajo. Estaba planeando, junto a tres empresarios con viñedos pequeños, pero rentables, aumentar la producción para darle vida a la zona. Era algo que se había estado gestando durante el último año y aquella era la oportunidad perfecta para comenzar con los trabajos preliminares, pero en ese momento sentía la extraña urgencia de hacer novillos.

Nunca había sentido ese impulso. Ni siquiera cuando era niño. Hacer novillos era para perdedores, para gente sin ambiciones. Él siempre había sido demasiado decidido como para ir por ese camino.

Entonces, ¿por qué ahora?

Porque sus pensamientos estaban ocupados por una mujer que lo tenía cautivo de una atracción insospechada.

Y eso no podía ser.

Mateo se enderezó al escuchar ruido de pasos tras él, pero cuando giró la cabeza tuvo que tragar saliva.

¿Cómo iba a concentrarse en nada cuando se enfrentaba a una mujer como Maude?

Se había puesto un pantalón corto de color verde pálido y una sencilla camiseta blanca con cuello de pico. No debería ser un atuendo demasiado favorecedor, pero nada lo había preparado para esas largas piernas o para el vaivén de sus generosos senos bajo la camiseta.

Mateo bajó la mirada y se acercó a ella, consciente de que su cuerpo reaccionaba contra todos los dictados de su cerebro.

—Lamento darte la noticia, pero Alberto no puede venir esta noche —le dijo, sacando una botella de vino blanco de un cubo de hielo. — Problemas con su madre. Al parecer, la han llevado al hospital con dolores en el pecho.

—Ah, vaya. Lo siento mucho.

—¿Vino?

—Solo un vasito. Si vamos a trabajar...

—Ya veo que vienes preparada con tu ordenador. Siéntate, Maude. Hablaron sobre el proyecto durante unos minutos, pero sin la aportación del ingeniero no podían llegar muy lejos y Mateo no quería que se sintiese incómoda allí.

Si bien habían llegado a ese acuerdo por decisión mutua, era culpa suya que tuvieran que esconderse en Italia para protegerse de la mezquindad de su ex.

Maude no merecía sentirse incómoda o, peor aún, atrapada allí porque no creía tener otra opción. Estaba en su villa, en su territorio, y lo último que quería era que se creyese a su merced.

—Hay trabajo que hacer, pero quiero que te relajes. Hace muy buen tiempo y aquí nadie nos molestará. Puedo enseñarte los viñedos, los bonitos pueblos de la zona...

—Este sitio es precioso —Maude tomó la copa de vino que le ofrecía y sonrió cuando un empleado puso una bandeja de canapés sobre la mesa. —¿Desde cuándo tienes esta casa?

—La compré hace varios años.

—Es maravillosa.

—Desde luego que sí. Casi había olvidado lo preciosa que es — admitió Mateo.

Se quedaron en silencio durante unos minutos, contemplando el cielo oscuro tachonado de estrellas.

—¿Con qué frecuencia vienes aquí?

Ambos alcanzaron un canapé al mismo tiempo y sus dedos se rozaron.

Él no se apartó. Tampoco la miró, pero no retiró la mano. ¿O era su imaginación?

Una emoción oscura y traicionera aceleró su corazón. No quería apartar la mano, quería seguir tocándolo y tuvo que hacer un esfuerzo para llevarse el canapé a la boca y desviar la mirada.

—Debería venir más a menudo.

—¿Por qué no lo haces?

—Trabajo demasiado —respondió él.

—Supongo que eso es una bendición y una maldición al mismo tiempo. Si no trabajases tanto no tendrías esta casa y todo lo demás.

—¿Y es ahí donde tú pretendes llegar?

—¿A qué te refieres?

—¿Quieres llegar a la cima, ser millonaria?

—Para nada —Maude tomó un sorbo de su copa y dejó que el excelente vino la relajase. —El dinero no es tan importante para mí.

—Porque siempre lo has tenido —dijo Mateo, volviendo a llenar su copa. Se encontró pensando en su infancia, algo que no hacía a menudo, y supo que lo último que quería era hacerle confidencias.

—Tal vez, probablemente. Pero habría sido mucho más fácil convertirme en una mocosa malcriada.

Mateo sonrió, admirando su honestidad.

—He conocido a muchos mocosos malcriados —dijo, con voz ronca.

—Yo también. Pero dime, ¿por qué aquí? ¿En este sitio en particular?

¿Es aquí donde vivías de niño?

De repente, Mateo supo que iba a hacer lo impensable, bajar las defensas. Estar allí, con los recuerdos que despertaba aquel sitio, y con aquella mujer en particular, lo tenía extrañamente alterado.

Maude era tan mesurada, tan inteligente, tan distinta a las mujeres con las que solía relacionarse.

Tal vez debería estar en guardia, pero solo lo que uno no conocía representaba una amenaza. Todo lo demás, mujeres, negocios, lo controlabas una vez que sabías con lo que estabas tratando.

Y, a pesar de aquel extraño arreglo, Mateo conocía a Maude. Aunque había facetas de ella que lo sorprendían, seguía siendo su sensata y dedicada empleada, siempre reacia a los riesgos.

No podría ser más diferente a Cassie.

Maude no quería nada de él y era lo bastante lista como para saber que tenían poco en común y, sobre todo, que lo que había ardido entre ellos cuando se besaron no iba a llevar a nada.

—Crecí cerca de aquí —le contó por fin. —Mi padre trabajaba en un viñedo. No uno de estos locales, sino en uno más grande y más comercial.

Vivíamos en un edificio de la propiedad. Nunca tuvo su propia casa porque no le pagaban lo suficiente.

—¿Y eso te dolía?

—Eso hizo que decidiese que algún día tendría un viñedo de mi propiedad.

—Y lo conseguiste.

Mateo miró a su alrededor. Sí, lo había conseguido. Aunque tenía muchas otras propiedades por todo el mundo, aquel viñedo era la más preciada de sus posesiones.

Entonces, ¿por qué no iba allí más a menudo? Llevaba aquel sitio en su sangre.

—Hora de cenar —anunció, levantándose y ofreciéndole su mano en un gesto automático.

Tiró de ella con tanta fuerza que Maude trastabilló y cayó sobre él, sus suaves pechos aplastados contra el duro torso.

Mateo se quedó sin aliento durante un segundo, escuchando su propia respiración entrecortada.

Estaba tan cerca que casi podía besarla.

—Mis disculpas —murmuró, sin reconocer su propia voz.

—¿Por qué te disculpas?

—¿De verdad quieres saberlo?

En realidad, Maude lo sabía. Lo había visto en el brillo oscuro de sus ojos y lo había sentido en el calor de su cuerpo, pero era lo bastante sensata como para saber que debería luchar contra la tentación. No había nadie mirando o exigiendo un beso para demostrar una relación inexistente. Estaban solos y no podían dejarse llevar.

¿O sí podían? Sería una locura dejarse llevar por un hombre tan inapropiado para ella en todos los sentidos, ¿no?

Maude dio un paso atrás, sin dejar de mirarlo a los ojos.

—Deberíamos entrar.

Mateo asintió con la cabeza, sin decir nada, y ella lo agradeció.

Porque no sabía lo que habría hecho si hubiera seguido hablando de lo que ninguno de los dos quería hablar.

Capítulo 5

Maude estaba asombrada de lo fácil que era olvidarse de Londres, de sus padres, de la inminente boda de su hermano y de la falsa historia sobre su compromiso que circulaba gracias a la rencorosa ex de Mateo.

La verdad era que no podría haberla llevado a un sitio más perfecto para escapar de los problemas. La hermosa villa, con sus colinas onduladas, sus viñedos y sus enrejados llenos de parras, era tan serena, tan hermosa que resultaba fácil olvidarse de todo.

Y también hacía que se diera cuenta del poco tiempo que se había tomado en su vida para relajarse de verdad. Había pasado tantos años estudiando y trabajando, intentando demostrar que era buena en lo suyo, que su trabajo la hacía feliz...

La carrera de ingeniería había sido enormemente difícil y en cuanto terminó se lanzó al mercado laboral sin pararse un momento para respirar. Mientras que sus amigos se habían tomado un año para viajar o para no hacer nada, ella estaba buscando trabajo y una vez que consiguió el primero no pensó en otra cosa.

Se sentiría feliz, en paz consigo misma, si no fuese tan consciente de Mateo y del perturbador efecto que ejercía en ella.

Durante los últimos dos días habían dado vueltas el uno alrededor del otro, sin mencionar esos momentos tensos en los que el mundo parecía detenerse y en los que ella tenía que luchar contra el anhelo de tocarlo.

Él se apartaba, ella se apartaba y reinaba el sentido común.

El trabajo había continuado, interrumpido por un viaje a algunos de los pueblos de la zona, donde había deambulado sola, deslumbrada por un

paisaje de casas de color sepia que trepaban por las colinas, enclavadas en medio de una exuberante vegetación.

Mateo la había acompañado en una ocasión para llevarla a un pintoresco mercado de antigüedades y a una antigua iglesia, sus paredes decoradas con arte medieval y renacentista.

Había sido encantador y tremendamente amable, pero había despertado algo en ella y Maude se sentía indefensa.

Pero, claramente, él no tenía ese problema. Tal vez había sentido la atracción y ahora tenía prisa por dejar claro que no había ninguna posibilidad.

Habían tenido compañía durante las últimas dos noches, socios de propiedades cercanas, y tan pronto como se fueron Mateo desapareció en el interior de la villa para trabajar.

¿Dónde estaba ahora, a las cinco de la tarde? Dándole tiempo para que se relajase, le había dicho a primera hora de la mañana, durante un desayuno de pan fresco servido en la terraza por Luisa, la joven chef.

—No volveré hasta muy tarde —le comentó, mirando su reloj, haciéndole saber que no tenía tiempo para charlar. —Pero puedes pedirle a Luisa que te prepare lo que quieras.

Maude había murmurado algo sobre una simple ensalada mientras intentaba apartar los ojos de su jefe. Tenía un aspecto tan viril con un pantalón de color crema y una camisa de lino blanca con las mangas dobladas hasta el codo. Debería tener un aspecto descuidado, pero no era así; al contrario, resultaba increíblemente sexy.

Debería estar agradecida por el breve respiro, pero en cuanto el deportivo se alejó por el camino Maude tuvo que aplastar una absurda oleada de decepción, diciéndose a sí misma que cuanto menos lo viese, mejor.

Por la mañana le preguntaría cuándo volverían a Londres porque era algo de lo que aún no habían hablado.

Mateo se había sumergido en el trabajo y ella le seguía el ritmo con la familiaridad de siempre, disfrutando de la visión que intentaba crear junto a otros propietarios de viñedos para darle vida a esa zona.

Había conocido a las personas que trabajaban en los viñedos y a mucha gente del pueblo más cercano. Un día les habían ofrecido un

almuerzo bajo un toldo, en una plaza rodeada de viejos edificios de piedra con una pequeña iglesia en una esquina.

Maude se había sentido encantada por el espíritu de comunidad, tan difícil de encontrar en Londres, y había visto a un Mateo diferente, más relajado, que escuchaba lo que decían los lugareños y mostraba curiosidad e interés por todo lo que contaban.

Maude había sonreído cuando se disculpó por haber estado alejado durante demasiado tiempo, hablando rápidamente en italiano, con esos gestos tan exóticamente extranjeros.

Mientras tanto, su madre le enviaba mensajes todos los días, informándole sobre los progresos de la boda y manteniendo un digno y discreto silencio sobre el supuesto compromiso. Aunque le confesó haber leído la revista donde apareció la historia del compromiso y estaba emocionada de que su niña hubiese encontrado por fin al hombre de sus sueños.

¿Y quién podría culparla? Mateo era un sueño.

Maude no sabía cuál sería el siguiente paso en su mal calculada farsa, pero qué fácil era poner esas ansiedades en suspenso estando allí.

Qué fácil vivir en aquel universo paralelo, donde la vida era en tecnicolor y donde estaba en un permanente estado de ilícita emoción.

No se parecía a nada que hubiese experimentado antes, en aquel mundo totalmente distinto a las zonas residenciales de clase media.

Maude se detuvo un momento para respirar. Iba a usar la piscina por primera vez. Mateo no estaba allí y le había dicho a Luisa que podía irse temprano, ya que no habría necesidad de preparar la cena. Con muchos gestos, también había logrado comunicarle a la sonriente abuela italiana que se encargaba de la limpieza que podía irse a casa.

Estaba atardeciendo, pero todavía hacía calor y el cielo era una mezcla de azules profundos, claros y retazos de color naranja. A lo lejos, las colinas eran formas vagas que atravesaban el horizonte, enmarcando la vegetación que se extendía en forma de abanico por la inmensa propiedad.

Maude bajó a la piscina, tiró la toalla sobre una de las tumbonas, junto con la bolsa que contenía crema solar, gafas de sol y un libro que no era capaz de terminar, y se zambulló en el agua.

Era una buena nadadora. Siempre le había encantado pensar cuando estaba bajo el agua y atravesó la piscina de lado a lado con brazadas seguras. El agua era fresca, una delicia.

Estaba saliendo a la superficie en la parte más profunda, lista para hacer unos cuantos largos más, cuando se dio cuenta de que ya no estaba sola.

Maude se apartó el pelo de la cara y vio unos pies descalzos, unas pantorrillas firmes y musculosas, unos muslos largos y fuertes y un bañador negro.

—¿Vas a salir?

Maude levantó la cabeza por fin y se le quedó la boca seca al ver su torso desnudo. Llevaba una toalla blanca colgada al hombro y la miraba fijamente a través de unas gafas de sol.

Se sentía totalmente en desventaja.

—Pues...

—Dame la mano. Yo te ayudaré.

—Iba a hacer unos largos más. ¿Qué haces aquí? Pensé que volverías más tarde.

—¿Decepcionada?

—¿Por qué iba a estarlo? Esta es tu casa y puedes entrar y salir cuando quieras.

Sonriendo, Mateo tiró la toalla en la tumbona más cercana.

—Decidí que me apetecía más nadar un rato que soportar otra reunión que puede esperar hasta mañana. ¿Te importa?

—¡Es tu casa, tu piscina! —gritó Maude, muy consciente de su cuerpo medio desnudo.

Nerviosa, nadó rápidamente hacia el extremo opuesto de la piscina y se sentó en los escalones, observando a Mateo tirándose al agua de cabeza y nadando perezosamente hacia ella con brazadas perfectamente sincronizadas.

A medida que acortaba la distancia, el pánico se apoderaba de ella, pero el movimiento de sus anchos hombros era fascinante.

Intentó disimular su nerviosismo cuando él se sentó a su lado en los escalones y echó la cabeza hacia atrás para recibir el sol en la cara.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —le preguntó luego.

—Cuarenta minutos más o menos.

—Me gusta verte relajada. Has trabajado mucho estos días.

—¿No era parte del trato?

—¿Lo era?

—Por supuesto que sí —afirmó Maude, sin dejar de mirar al frente, alterada al tenerlo tan cerca.

No quería mirarse a sí misma en bañador. Todos los complejos sobre su aspecto físico estaban a punto de atacar y eso era lo último que necesitaba en ese momento.

—Pensé que el trato era desaparecer durante unos días hasta que se calmase el alboroto. Y, casualmente, había trabajo que hacer aquí.

—Por cierto, quería preguntarte, ¿cuánto tiempo crees que deberíamos quedarnos? Amy me ha contado que circulan muchos rumores, pero yo puedo lidiar con eso.

—¿Seguro?

—Preferiría que no me atacasen los paparazis, pero supongo que habrán desaparecido cuando volvamos a Londres.

—Hay un maratón de celebridades con fines benéficos la próxima semana —le contó Mateo. —Una vez que llegue a las calles de Londres, todas las cámaras se habrán movido en esa dirección.

—Ah, me había olvidado de eso. Me sorprende que te interese.

—Me invitaron a la inauguración, pero no es lo mío —dijo él, encogiéndose de hombros—. En cualquier caso, propongo que nos quedemos aquí una semana más. Un maratón de celebridades garantiza carnaza para la fábrica de rumores. Aparte de eso, podemos terminar el trabajo aquí en una semana más o menos. No es un problema quedarnos aquí unos días más, ¿no?

—No, claro que no, pero pensé que querrías volver a Londres lo antes posible para trabajar.

Estaba lo bastante cerca como para sentir el roce de su cálido aliento en la mejilla y eso era terriblemente desconcertante.

—Estamos trabajando aquí, da igual —dijo él.

—Sí, lo entiendo.

—Si quieres saber la verdad, me resulta extrañamente relajante estar aquí. Hacía tiempo que no venía.

Maude podía ver el brillo de sinceridad en sus ojos, mezclado con cierta vacilación.

¿Por qué se sentía tan cómoda con aquel hombre?

¿Por qué se decía a sí misma que debía mostrar un comportamiento profesional solo para desechar sus buenas intenciones en cuanto él se acercaba?

Mateo la hacía sentir débil y ella no quería ser débil.

—Me he preguntado sobre eso. Sé que no me concierne...

—¿A pesar de que estamos comprometidos? Maude sonrió, haciendo un gesto con la mano.

—¿Por qué tendrías esta casa tan maravillosa, todos estos acres de viñedos, para luego dejar que otras personas los administren? ¿Por qué prefieres vivir escondido en una ciudad tan fría y gris como Londres?

—En una ciudad tan fría y gris como Londres se gana mucho dinero —respondió Mateo. —Y nunca he pensado que vivir en Londres se pueda comparar con una prisión.

—Tú sabes lo que quiero decir.

Maude estaba sonriendo, disfrutando de esa cordialidad porque le había disgustado la abrupta distancia entre ellos.

—Sí, claro que sí, pero lo digo en serio. Estos viñedos... sí, son rentables, pero solo es una afición, un pasatiempo sentimental. Mi vida real no está aquí y no puedo permitirme el lujo de holgazanear durante semanas viendo cómo crecen las uvas.

—A mí me parece un sitio perfecto —Maude suspiró. —Lo siento, pero no sabía que ibas a regresar tan temprano, así que envié a las chicas a casa. Solo me apetecía algo ligero para la cena y no quería que se molestasen.

—Un plan excelente —dijo Mateo.

—¿Un par de largos más antes de cenar?

En lugar de responder, él se lanzó al agua y nadó hasta el otro lado en unos segundos, girando sin esfuerzo para volver a su lado.

Maude estaba fascinada. Siempre se había creído una excelente nadadora, pero cuando se unió a él para hacer los largos descubrió que le costaba seguirlo mientras Mateo no parecía hacer ningún esfuerzo.

Quince minutos después se había olvidado por completo de sus inhibiciones y su timidez y salió de la piscina para tomar su toalla de la tumbona.

Mateo, que estaba atándose la suya alrededor de la cintura, se detuvo en seco, mirándola.

Era una mujer espectacular.

Siempre le habían gustado las rubias bajitas y esbeltas, pero una morena alta y voluptuosa estaba haciéndole todo tipo de cosas a su cuerpo.

Sintió el calor de una repentina erección y, a toda prisa, se aseguró de que la toalla estuviera bien sujeta alrededor de su cintura. Si seguía mirándola acabaría avergonzándose a sí mismo.

—¿Dónde aprendiste a nadar así? Es increíble. Mateo la miró y se quedó sin habla.

Maude se había inclinado para secarse el pelo con la toalla, sus senos prácticamente desbordándose del sobrio y anticuado traje de baño. Medía casi un metro ochenta y sus piernas eran largas y bien formadas, sus caderas redondeadas y femeninas, la cintura estrecha y sus pechos...

Era una tortura no ceder al deseo de mirarla fijamente, como si fuese un adolescente sin autocontrol.

—Soy autodidacta —respondió en voz baja, más incómodo que nunca en toda su vida.

—Yo recibí montones de clases y siempre pensé que era una nadadora bastante decente. De hecho, era mejor que todos los chicos de mi clase, pero en comparación contigo soy una aficionada.

Cuando entraron en la villa, con su fresco suelo de mármol, Mateo se volvió hacia ella, sabiendo que era imperativo mantener cierta distancia o de lo contrario se pondría en ridículo.

Maldita fuera, Maude debería taparse. ¿Con cuánto más podría lidiar un hombre de sangre caliente?

—Tengo que ponerme al día con los correos electrónicos —se disculpó a toda prisa. —Probablemente sea buena idea que cenes sin mí esta noche como estaba planeado.

Ella lo miró, sorprendida.

—Ah, muy bien.

Mateo retrocedió un par de pasos.

—Nos vemos por la mañana.

Maude lo vio desaparecer por el pasillo con el corazón encogido.

¿Qué la había poseído para portarse como si fueran amigos... o como si realmente fuesen la pareja que pretendían ser?

Mortificada, corrió a su dormitorio, cerró la puerta con llave y se apoyó en ella intentando calmarse.

Su dormitorio era en realidad una suite, con un cuarto de estar, un dormitorio y un baño gigantesco. El suelo de mármol refrescaba sus pies, igual que el ventilador del techo, pero seguía alterada, de modo que decidió darse un baño relajante.

Pero cuando llegó a la cocina una hora después había decidido que quedarse allí una semana más, hasta que los reporteros hubieran perdido el interés por su falso compromiso, no era tan buena idea.

De hecho, no había ninguna razón para quedarse. Sí, estaba segura de que Mateo tenía trabajo que hacer allí, pero ella no era necesaria porque había otro ingeniero a cargo del proyecto.

Podría regresar a Inglaterra, alojarse en casa de sus padres y sentar las bases para el castillo de naipes que se derrumbaría un día después de la boda de Nick y Amy.

¿Y si hubiera reporteros al acecho detrás de los arbustos?

Bueno, perderían interés cuando se dieran cuenta de que no habría fotos de la pareja. Y si hacían preguntas indiscretas, ella era totalmente capaz de sonreír, asentir con la cabeza y no decir absolutamente nada.

Se tomaría un par de semanas libres y, con un poco de suerte, cuando volviese a ver a Mateo se habría deshecho de esa inconveniente atracción.

Después de tantas cenas formales preparadas por una chef profesional, sería divertido hurgar en la nevera y en la despensa para prepararse algo de comer.

Se había lavado el pelo, pero no se había molestado en peinarse y debía estar hecho un desastre, pero daba igual. Sola, y sin necesidad de vestirse para impresionar, con unos vaqueros cortados, una camiseta y unas chanclas, abrió la nevera y sacó los ingredientes para una ensalada.

Había puesto música en el móvil y estaba tarareando, a pesar de que el audio era deficiente, por lo que solo reparó en la presencia de Mateo cuando se dio la vuelta con un plato de ensalada en una mano y una copa de vino en la otra.

Se detuvo en seco para mirarlo, totalmente confundida por su inesperada aparición.

Mateo había desaparecido unas horas antes, dejándola con la impresión de que ella era la última persona con la que quería estar. De hecho, la había hecho pensar que estaba aburrido de su compañía, dejando claro que él no era su amigo y mucho menos cualquier otra cosa.

Sin embargo, allí estaba, echando por tierra todos sus planes con su expresión oscura, peligrosa e irresistiblemente sexy.

—Pensé que estabas trabajando —le dijo mientras se sentaba a la mesa.

Aquella era su casa y no podía evitar que el hombre se moviese libremente por ella, pero al menos podría haberla avisado.

—No podía trabajar.

Maude se encogió de hombros mientras probaba una ensalada que sabía a cartón.

Apagó el móvil y luego deseó no haberlo hecho porque el repentino silencio era ensordecedor. Mateo se sentó frente a ella y la miró sin decir nada.

—Siento no haberte preparado una ensalada. Pensé que cenarías solo.

—No me gusta la ensalada, prefiero que los conejos se deshagan de las hojas verdes. Pero necesitaba hablar contigo.

—Me alegro porque yo también necesito hablar contigo —Maude dejó el tenedor sobre el plato y se cruzó de brazos. —Este viaje fue una buena idea, pero han pasado varios días y creo que es hora de volver a Londres. Si no te importa, me tomaré unos días libres, tal vez un par de semanas. Tengo vacaciones acumuladas desde...

—¿Crees que desaparecí porque no quería pasar tiempo contigo?

—¿Por qué iba a pensar eso? —Maude se ruborizó porque eso era precisamente lo que había pensado—. Sé que tienes mucho trabajo y espero que no te sientas culpable por dejarme sola.

—Te has sentido herida. Lo veo en tu cara.

—Eso no es verdad.

—Tuve que irme porque temía acabar haciendo algo que no debo hacer.

—No sé de qué estás hablando.

—Cuando te vi en la piscina... —Mateo se pasó una mano por el pelo. —No creo que tengas la menor idea de lo atractiva que eres.

Maude tragó saliva.

—¿Lo atractiva que soy?

—Y sexy —dijo Mateo con voz ronca. —Ese bañador, tu cuerpo... no me mires con esa cara de sorpresa. Debes saber que me atraes, ¿no? ¿Debes haberlo sentido cuando nos besamos en la fiesta y...?

—¡No puedes sentirte atraído por mí!

—¿Ah, no? Tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no tocarte.

—No digas esas cosas —lo regañó Maude.

—¿Por qué dices eso? No te entiendo.

—Yo sé el tipo de mujer que te gusta. De hecho, sé el tipo de mujer que buscan los hombres y no es una morena altísima centrada en su carrera.

—¿De qué demonios estás hablando?

—Me rompieron el corazón una vez —dijo Maude impulsivamente. —Cuando estaba en la universidad. Su nombre era Colin y pensé que no me miraría dos veces porque era alto, moreno, guapo e inteligente. Pero yo le gustaba y salimos juntos durante unos meses antes de...

Sintió que sus ojos se nublaban y se enfadó consigo misma porque eso había sido mucho tiempo atrás y, al final, supo que en realidad no había estado enamorada de Colin. Solo había sido su primer amorío, destinado a perderse en la noche de los tiempos.

—¿Antes de qué? —la animó Mateo mientras tomaba su mano.

—Antes de dejarme por una rubia bajita.

—Lo que te pasó hace años no tiene nada que ver con lo que está pasando ahora. Nada que ver con lo que siento cada vez que estás cerca —dijo él entonces. —No me siento cómodo diciendo esto porque me gusta

controlar mis reacciones, pero en este caso mi cuerpo parece tener otras ideas.

—No te entiendo.

—No podía irme de aquí hoy como había planeado y no podía trabajar sabiendo que estabas cerca.

Maude apartó la mirada, con la cara ardiendo y el cuerpo en llamas.

—Mírame —Mateo levantó su barbilla con un dedo y la miró a los ojos.

—Me atraes, es tan sencillo como eso. No sé qué hacer con esa atracción, pero tenía que decírtelo.

—Yo no...

—Tuviste una mala experiencia cuando eras más joven y dejaste que eso te acomplejase sobre tu aspecto. Por razones que me desconciertan, no tienes confianza en tu aspecto físico, así que confiaste en tu cerebro para salir adelante. Supongo que no quieres que nadie vuelva a hacerte daño.

¿Tengo razón?

—No sé por qué dices eso —murmuró Maude.

—Mira, esto que siento no se trata de amor sino de una simple atracción física —Mateo esbozó una sonrisa torcida. —A pesar de que, supuestamente, somos un par de tortolitos. Mis ojos te siguen a todas partes y no puedo dejar de pensar en tocarte. Tengo que tomar duchas frías porque cuando pienso en ti mi cuerpo se descontrola. Nos encontramos en una situación peculiar, pero no se trata de amor, ¿verdad?

—No, claro que no.

—La gente sufre porque entregan su corazón a otra persona, pero no se trata de eso sino de una atracción física que no puedo evitar. Quiero acostarme contigo, pero si tú no quieres no volveré a hablar de ello. Si no estás interesada, tienes mi palabra de que aquí termina esta conversación.

—Yo...

—¿Te atraigo, Maude?

Ella tragó saliva. Era una mujer adulta y, sin embargo, se sentía como una adolescente lidiando con sentimientos y emociones por primera vez en su vida. Aunque, en realidad, aquella era la primera vez, ¿no?

Siempre había relacionado el sexo con el amor. Después de Colin, había decidido que no volvería a arriesgarse con un hombre a menos

que estuviese absolutamente segura. Incluso tenía una lista de cualidades necesarias y si el hombre no las cumplía todas no había nada que hacer.

Pero Mateo...

Era tan inadecuado, tan imposible, atrayéndola hacia algo que no prometía nada, solo dos barcos que se cruzaban en la noche.

Se estremeció ante la idea de que él la tocara. No podía ni imaginarlo.

¿Era aquello lo que había estado perdiéndose durante toda su vida porque era demasiado tímida como para aventurarse? ¿Había perdido el tiempo buscando al hombre perfecto cuando el hombre absolutamente inapropiado podría ser el tónico que necesitaba?

Con el corazón acelerado, Maude bajó la mirada y respondió en voz baja:

—Sí, Mateo. Me siento atraída por ti.

Capítulo 6

Entonces, ¿qué crees que deberíamos hacer? —le preguntó Mateo, con voz ronca.

Su respuesta lo había llenado de anticipación, pero no iba a apresurar nada.

El instinto le decía que ella no era como las mujeres con las que estaba acostumbrado a salir.

Había dicho que se sentía atraída por él y lo miraba con un brillo de tímida sinceridad en los ojos, de modo que no iba a dudar, pero quería que se sintiera lo bastante segura con él como para dar el primer paso.

—No hay nadie aquí en este momento aparte de nosotros... Mateo esbozó una sonrisa.

—En el fondo, tal vez habías decidido seducirme —bromeó. —Te deshaces del personal y así puedes abalanzarte sobre el pobre inocente.

Maude soltó una carcajada. Esa conversación le parecía lo más natural del mundo porque, contra todo pronóstico, él hacía que se sintiese relajada y cómoda con sus bromas.

Acababa de tomar la monumental y trascendental decisión de vivir el momento y, si había pensado que él podría tener dudas, Mateo demostró que estaba equivocada porque se levantó para tomarla entre sus brazos, apretando sus nalgas contra su rígida erección.

Las piernas de Maude se convirtieron en gelatina mientras ponía las manos sobre su torso, deslizándolas lenta y cautelosamente por sus hombros y suspirando al notar los fuertes músculos bajo sus dedos.

Cuando por fin Mateo se apoderó de su boca lo hizo de un modo suave, con un beso lento y prolongado, el beso de alguien que tenía todo el tiempo del mundo.

El anhelo creció mientras se besaban. Su lengua se enredó con la de ella en una perezosa y sensual exploración mientras Maude deslizaba las manos hasta su cuello.

Sin saber bien lo que hacía, enredó las manos en su pelo y él apretó su cintura con una mano mientras ponía la otra sobre sus senos.

—Vamos... al dormitorio.

Maude tuvo que hacer un esfuerzo para pronunciar esas palabras y Mateo sonrió mientras daba un paso atrás.

—Tus deseos son órdenes, pero... ¿estás segura, Maude?

—Estoy segura —respondió ella, mirándolo a los ojos.

Por triste que hubiera sido su vida amorosa, y por mucho que siempre hubiese desaprobado a los hombres que iban de una mujer a otra como niños mimados corriendo en una tienda de golosinas, Maude no podía evitar sentirse impresionada por su consideración.

Sabía que si se apartaba él la soltaría, se daría la vuelta y nunca volvería a mencionarlo, pero tomó su mano y tiró de él hacia la puerta de la cocina.

—Siempre me ha gustado que una mujer tome la iniciativa. Debe ser un secreto deseo de ser dominado.

Maude volvió a reír por encima de su hombro.

—Cuidado con lo que desees —replicó, convertida en una mujer temeraria y atrevida a la que apenas reconocía.

—¿Por qué? ¿Estás prometiendo alguna perversión entre las sábanas? Maude se detuvo entonces, preocupada, y se movió para mirarlo con expresión seria.

—Debo advertirte...

—Calla —Mateo puso un dedo sobre sus labios y esbozó una sonrisa. —No digas una palabra más. Vamos a divertirnos, eso es todo. Si quieres atarme a los postes de la cama y hacer lo que quieras conmigo, estoy más que dispuesto, pero no te presionaré para que hagas algo con lo que no te sientas cómoda.

Ella dejó escapar un suspiro.

—¿Cómo haces eso? —le preguntó.

—¿Qué?

—Hacer que me sienta tan a gusto.

—No tienes por qué ponerte nerviosa. Lo que está pasando entre nosotros es perfectamente natural.

Mateo le pasó un brazo por los hombros y ella se aferró a su cintura mientras subían a la habitación, cómodos el uno con el otro, un hombre y una mujer en sintonía.

—¿Te había pasado alguna vez? —le preguntó él. —¿Sentir una atracción sexual contra la que, sencillamente, no puedes luchar?

—Yo... —Maude pensó en Colin, pero tenía que hacer un esfuerzo para recordar su rostro.

Desde luego, nunca había sentido aquello con él. Lo que sentía entonces había sido una simple atracción física, pero aquello... era como ser arrojada al ojo de un huracán, catapultada de un lado a otro, en las garras de algo tan poderoso que lo único que podía hacer era dejarse llevar.

—No, la verdad es que no —admitió por fin.

—¿Ni siquiera con el compañero de clase del que estabas enamorada?

—Eso fue hace años —Maude lo miró, preguntándose si podría leer sus pensamientos.

Pero admitir que aquella era la primera vez para ella, cuando sabía que difícilmente sería la primera vez para él, le impidió decirle toda la verdad.

—Supongo que sentirte abrumado de lujuria no es algo nuevo para ti —dijo entonces.

Mateo torció el gesto.

Estaban frente a su dormitorio y se detuvo, con la mano en el pomo de la puerta, pensando en ese comentario.

¿Aquello era más de lo mismo para él? Nunca había sido tímido cuando se trataba del sexo opuesto. Disfrutaba de las mujeres y las mujeres disfrutaban de él.

¿Pero alguna mujer lo había excitado tanto como lo excitaba ella? No lo creía y frunció el ceño porque eso no tenía sentido.

Pensó entonces que Maude no había respondido a su pregunta sobre el chico de la universidad.

¿Habría sido su gran amor, dejando una cicatriz que ningún hombre había sido capaz de cerrar?

Pensar eso provocó una punzada de algo, pero él nunca había sido celoso, así que no podían ser celos. No, de ninguna manera.

Pero estaba harto de tanta introspección. Él nunca iba por ese camino porque nada bueno salía de pensar en cosas que no podías cambiar o buscar respuestas donde uno sabía que no iba a encontrarlas.

Había pasado toda su infancia tratando de averiguar por qué su madre lo había abandonado y, por supuesto, no encontró respuesta alguna. Desde entonces, había aceptado la inutilidad de esa tarea. Había aprendido la lección y eso era lo importante.

—No hablemos más —murmuró, empujando la puerta y haciéndose a un lado para que Maude entrase en el dormitorio.

Una brisa fresca entraba por la puerta abierta de la terraza, que casi parecía un patio privado. El dormitorio era dos veces más grande que el suyo, y el suyo era enorme.

—Lo uso como oficina cuando trabajo hasta muy tarde y no me apetece bajar al despacho —le explicó.

Maude estaba mirando un escritorio impresionante rodeado por una serie de estanterías.

—¿Dejas de trabajar alguna vez?

Mateo esbozó una sonrisa mientras se acercaba a ella.

—Estás a punto de averiguarlo —respondió, inclinándose para darle un beso que provocó un suspiro de capitulación.

Maude le echó los brazos al cuello. Era una mujer alta y rotunda y, sin embargo, misteriosamente, él la hacía sentir femenina y frágil. Sus brazos eran como bandas de acero. Cuando deslizó las manos por su torso, explorando sus tensos músculos por encima de la camisa, un torrente se desató entre sus piernas.

Maude, que había pasado tanto tiempo centrada en su carrera profesional, era inocente cuando se trataba del sexo opuesto. Realmente no sabía que uno pudiese estar tan dominado por el deseo que apenas era capaz de pensar con claridad.

Mateo empujó hacia atrás su cabeza y dejó un rastro ardiente de besos por su cuello, con una mano enredada en su pelo, la otra deslizándose por su cintura.

Fueron tambaleándose hasta la cama y Maude cayó sobre un edredón de seda, pero se incorporó de inmediato sobre los codos para ver a Mateo pulsando el mando que cerraba las persianas de la terraza, bloqueando la luz y sumergiendo la habitación en una acogedora y excitante penumbra.

Pero no se reunió con ella en la cama. En cambio, se quedó de pie, de espaldas a la terraza, con la mano sobre la cremallera del pantalón, como burlándose de ella, y Maude casi quería gritar que se diera prisa.

Se tomó su tiempo para desnudarse y ella no parpadeó siquiera porque no quería perderse nada.

Se quitó la camisa y el pantalón, tirándolos suelo, y quedó solo con unos calzoncillos negros, bajo los cuales era más que evidente el bulto de su erección, que acomodó con una mano antes de quitarse el calzoncillo y quedar desnudo por completo.

Maude contuvo el aliento.

Mateo Moreno, el hombre al que ella había mirado subrepticamente durante tantos meses con la certeza de que él nunca la miraría dos veces, ahora estaba frente a ella, completamente desnudo.

Y era magnífico.

—¿Te gusta lo que ves? —le preguntó, esbozando una sonrisa mientras se acercaba a la cama—. Puedes tocarme si quieres...

Suspirando, Maude se dejó caer sobre las almohadas y cerró los ojos.

—Todo en ti me excita —dijo él entonces, tumbándose a su lado.

Mientras él estaba desnudo, ella seguía vestida y eso no tenía sentido, pero el instinto le decía que no debía apresurarse. Estaba allí porque quería estar allí. De hecho, prácticamente lo había llevado a la habitación y estaba loca de deseo, pero aun así...

Sabía que Mateo le daría todo el tiempo del mundo porque quería que se sintiera segura. Y realmente se sentía segura.

Ni siquiera se sentía cohibida. ¿Cómo era posible?

—¿Qué te gusta de mí? —le preguntó entonces.

Mateo rio mientras le daba un beso en la punta de la nariz.

—Eres inteligente, divertida y más sexy que nadie. ¿Qué podría no gustarme?

—Soy nueva —lo desafió Maude con una sonrisa. —Soy una novedad.

—Y tal vez también yo soy algo nuevo para ti —sugirió Mateo.

—Es posible.

—Lo que me lleva a que, una vez más, estamos hablando demasiado.

—¿No te gusta hablar en la cama?

—Por regla general, tiendo a dejar la charla en la puerta del dormitorio —respondió él, deslizando una mano bajo su camiseta y sintiéndola temblar. —Ah, una cosa más para agregar a la lista de cosas que me excitan de ti, me gusta cómo respondes a mis caricias.

—Eso es muy arrogante —dijo Maude, sin aliento, cuando él levantó una mano hacia sus pechos y empezó a acariciarlos.

—Lo tomaré como un cumplido, pero basta de charla. Quiero ir despacio, pero necesito verte desnuda.

Poco a poco, le quitó la camiseta y el pantalón corto, dejándola solo con la ropa interior.

Se colocó a horcajadas sobre ella, excitado, su erección palpitante. Maude se dio cuenta de que tenía que hacer un esfuerzo para controlarse y eso la hizo sentir más femenina que nunca. Que aquel hombre tan atractivo, tan sexy, estuviese ardiendo por ella era embriagador.

Dejando escapar un gruñido, Mateo apretó sus pechos y dijo algo en italiano que Maude no entendió. Aunque no necesitaba hacerlo porque su expresión lo decía todo.

Aquella mujer era todo lo que nunca había sabido que necesitaba. Eso era lo que pasaba por la cabeza de Mateo mientras jugaba con sus pezones, grandes discos rosados que ponían a prueba su determinación de ir despacio. Quería que aquello durase, quería tomarse su tiempo, pero sabía que no iba a ser posible.

Hundió la cara entre sus pechos y mordisqueó sus pezones suavemente, sintiendo una gran satisfacción al escuchar los gemidos de placer que escapaban de sus labios abiertos. Tenía los ojos cerrados, la respiración acelerada.

Sin dejar de acariciar sus pezones, Mateo metió una mano bajo sus bragas y la deslizó hasta encontrar el surco resbaladizo y húmedo entre sus piernas.

—Por favor, para o voy a...

—¿Terminar en mi mano?

Maude asintió con la cabeza, ardiendo de deseo mientras él aceleraba las caricias hasta llevarla a un punto sin retorno. Sus ojos se encontraron entonces y Mateo inclinó la cabeza para besarla; un beso profundo y ardiente mientras seguía acariciándola entre las piernas que provocó un orgasmo que la llevó a otro mundo.

Mateo esperó unos minutos. Estaba tan excitado que le dolía, pero se obligó a ir despacio, apartando su mano cuando ella iba a tocarlo porque sabía que, si lo hacía, terminaría allí mismo y quería estar dentro de ella cuando por fin se liberase.

El cuerpo de Maude estaba en sintonía con el de Mateo. Ella estaba en total sintonía con él, pero no sabía cómo era posible. No entendía cómo podía hacerla sentir tan cómoda, tan desinhibida, cuando debería ser al contrario.

Lo acarició con la mano hasta que, sin poder esperar más, Mateo sacó un preservativo del cajón de la mesilla y se enterró en ella, moviéndose adelante y atrás, llevándola a un sitio en el que no había estado nunca, un sitio que no había imaginado posible. Clavó los dedos en su espalda mientras se retorció de gozo debajo de él y, cuando por fin Mateo se dejó ir, arqueándose con la fuerza del orgasmo, Maude cayó al abismo de nuevo.

Agotada, se tumbó de espaldas y miró el techo de la habitación.

—¿Remordimientos?

Maude giró la cabeza y lo encontró mirándola con fiera intensidad.

—No.

—¿Seguro?

—No soy una niña, Mateo. Yo he tomado la decisión de hacer esto y no me arrepiento en absoluto.

—Solo para que conste, tampoco yo me arrepiento.

—Creo que debería regresar a mi habitación. O podríamos bajar a la cocina a comer algo.

—Qué alivio. Pensé que ibas a sugerir que nos pusiéramos a trabajar.

—¿Tan aburrida soy?

Lo había preguntado con tono despreocupado, pero Mateo sabía que había miedo tras esa pregunta.

Sabía que el trabajo era el muro que Maude había construido a su alrededor para protegerse de las dudas y la incertidumbre. De sus complejos.

—No eres aburrida —respondió, colocando un mechón de pelo detrás de su oreja y acariciando su mejilla. —Puedes intentar esconderte tras esa máscara de mujer profesional que tanto te gusta, pero yo he visto lo que hay detrás de la máscara y esa mujer es la menos aburrida que he conocido nunca.

Maude se puso colorada.

—Yo no me escondo detrás de nada —protestó.

—¿No? Yo creo que cada vez que te enfrentas con algo que te incomoda vuelves al trabajo porque ese es tu sitio seguro. No sé si te das cuenta, Maude. Tal vez es un hábito tan arraigado que ya es parte de ti, pero creo que te ha impedido vivir de verdad, disfrutar de la vida.

—Algunos disfrutaban demasiado de la vida, ¿no crees? —murmuró ella, incómoda porque había dado en el clavo.

Mateo soltó una carcajada.

—Tienes toda la razón, pero ahora que estamos comprometidos... creo que deberíamos seguir así por el momento.

«¿Pero por cuánto tiempo?».

Maude seguía haciéndose esa pregunta mientras estaba recostada en una silla, con Mateo a su lado, tomando un refresco en un bullicioso café, mirando a la gente que iba y venía por la plaza de Siena.

Sin duda, Mateo tenía un aspecto más sofisticado que ella, su piel bronceada por el sol de la Toscana. Maude notó cómo la gente, tanto hombres como mujeres, lo miraban de soslayo cuando pasaban a su lado, como preguntándose si era alguien famoso, si deberían reconocerlo tras las gafas de sol.

«Nunca había estado lejos de la oficina durante tanto tiempo», le había confesado la noche anterior, acostados en la cama después de una sesión de sexo apasionado.

Solo llevaban diez días allí y él parecía echar de menos su despacho en Londres, pero estaba relajándose y ella también. Era maravilloso disfrutar del calor del sol y de la alegría de estar en Siena, sentados en una plaza medieval rodeada de edificios que estaban allí desde tiempos inmemoriales, el color sepia descolorido por el paso de los años, pero todos tan exquisitamente diseñados que eran un festín para la vista.

Habían pasado el día de compras. Era la primera vez que iba de compras con un hombre y le había encantado lo guapa que la hacía sentir mientras se probaba unos vestidos.

Mateo la hacía sentir especial.

Y volvió a hacerlo en ese momento, cuando entrelazó sus dedos sobre la mesa de hierro forjado, un gesto íntimo que la emocionó.

¿Pero por cuánto tiempo? ¿Cuánto tiempo iba a durar aquello?

La realidad les esperaba en Londres. Como Mateo había predicho, su historia solo había sido algo pasajero, pronto superada por las estupideces de las celebridades.

¿Y su ex? Desde Los Ángeles, donde aparentemente Cassie estaba de vuelta en las pasarelas, le había enviado un mensaje de texto diciendo que había conocido a alguien y deseándole sarcásticamente lo mejor con su nueva conquista.

De modo que, al final, la farsa había cumplido su propósito porque Cassie parecía haber olvidado su intención de acosar a Mateo. Se reiría mucho cuando el falso compromiso llegase a su previsible final, pensando que había logrado fastidiar a su ex, pero todo eso daba igual.

En cuanto a su familia...

Maude había enviado un par de furtivos selfis, pero su madre estaba ocupada con los preparativos de la boda de Nick y contenta de que su hija estuviese haciendo algo más que trabajar en una oficina, ignorando sus súplicas de que buscase al hombre adecuado.

Había encontrado a ese hombre adecuado, de modo que todo estaba bien. Salvo que no era verdad.

—¿En qué piensas? —le preguntó Mateo.

—En lo maravilloso que es todo esto —respondió Maude.

—No me digas que nunca habías estado en Italia. ¿No es este el patio de recreo de la clase media inglesa?

—Eres muy cínico, Mateo Moreno.

—Los viejos hábitos tardan en morir. ¿Pero tengo razón?

—He estado en Italia —dijo Maude. —Pero no durante mucho tiempo y nunca así.

—¿Así cómo?

«Con alguien de quien estoy enamorándome».

—Sin mi familia. Sin ser arrastrada aquí y allá por unos padres que quieren ver todo lo posible en poco tiempo.

Su corazón latía con fuerza y sintió que su frente se cubría de sudor.

¿Era eso lo que estaba pasando? ¿Estaba enamorándose de Mateo?

Sí, así era. Cómo y cuándo, no estaba segura. Solo sabía que estaba a punto de entregarle su corazón a un rompecorazones, de convertirse en otra muesca en el cabecero de su cama. Porque, por muy caballeroso que fuese Mateo, seguía siendo un soltero empedernido que no tenía intención de sentar la cabeza.

Se había saltado todas las reglas que había establecido para sí misma y se había dejado llevar por el amor. Y qué amor tan desesperado.

Él estaba sonriendo, simpatizando con la Maude de doce años que quería escabullirse de las viejas iglesias y las aburridas estatuas, pero ella ni siquiera estaba escuchando.

Consternada, su mente creaba una serie de escenarios, cada uno peor que el anterior.

Mateo había estado desesperado por deshacerse de su pegajosa ex.

¿Estaría igualmente desesperado por deshacerse de ella si descubría lo que sentía por él? Lo imaginó huyendo en la oscuridad de la noche y desapareciendo sin dejar rastro.

—Mi madre quiere que vuelva a casa —dijo Maude bruscamente, aliviada de poder esconderse tras sus gafas de sol. —Algo relacionado con flores y damas de honor. Y supongo que es hora de dejar atrás este paraíso. Los sabuesos han encontrado otros rastros que olfatear y ya no le interesamos a nadie.

—¿Flores y damas de honor?

—Cuando hay una boda y tu madre es una perfeccionista, eso es lo que pasa.

—¿Cuándo quieres irte?

—¿Quizá mañana? —Maude intentó sonreír, pero por dentro su corazón se partía en dos. —¿O es demasiado pronto?

—No, me parece bien.

Mateo frunció el ceño. ¡Qué fácil era destruir un momento perfecto! Pero, por supuesto, ella tenía razón. Él era un adicto al trabajo, ¿no? Y había mucho trabajo esperándolo en Londres.

Entonces, ¿por qué estaba allí, tomando el sol, viendo pasar la vida?

Por la mujer que estaba a su lado. Maude lo había hechizado. Poco a poco, había ido lanzando una red a su alrededor, seduciéndolo, convirtiéndolo en un hombre perezoso y... feliz.

Se movió en la silla, inquieto, porque no era una situación que él hubiese querido nunca. Por mucho que Maude lo atrajese, por hechizado que lo tuviese, el instinto lo empujaba a apartarse, a obedecer las reglas que había seguido siempre para sobrevivir.

Mateo sabía que necesitaba esas reglas porque, sin ellas, corría el riesgo de poner su mundo patas arriba y eso no iba a suceder.

¿Volver a Londres? Definitivamente.

Si no estaba tan aliviado como debería por la sugerencia, si en el fondo anhelaba seguir haciendo novillos durante unos días más, era simplemente porque ella se había adelantado. Por lo general, él era quien tomaba la iniciativa en ese tipo de situaciones.

—Y cuando volvamos —dijo Maude, pensativa—estoy pensando tomarme quince días libres para ayudar a mi madre.

—¿Tu madre no lo tiene todo controlado, salvo las flores y las damas de honor?

—En realidad, ella nunca pediría ayuda, pero eso no quiere decir que no la necesite.

Maude apartó la mirada mientras esperaba que él respondiese, que llevase la conversación a su conclusión natural, que seguramente sería una discusión sobre ellos.

Coqueteó con la ridícula esperanza de que, ante tal ultimátum, Mateo pudiese declararle amor eterno, decir que no podía soportar la idea de separarse de ella.

Esa esperanza duró apenas unos segundos porque en su silencio leyó algo que heló la sangre en sus venas.

¿Y si le pedía que prolongasen la situación? En la cama se entendían de maravilla y sabía que él la disfrutaba tanto como ella disfrutaba con él. Una farsa iniciada de buena fe se había convertido en otra cosa y allí estaban, ¿por qué no dejarse llevar por la corriente?

Por supuesto, todo acabaría a su debido tiempo, pero mientras tanto podían divertirse sin compromiso alguno.

Maude no podía pensar en nada peor. Lo único que se le ocurría para lidiar con su tonto corazón, que le había entregado a Mateo en bandeja, era despedirse de una vez por todas y esperar que el tiempo la ayudase a curar el dolor.

Sin verlo, sin tenerlo cerca, sería capaz de distanciarse. Podría pedir que la envasen a otra oficina. Podría dejar su trabajo en la empresa de Mateo y buscar otro. Había muchas opciones.

Pero una de esas opciones era no esperar que él sugiriese algo demasiado tentador, pero que tarde o temprano le rompería el corazón.

—Vamos a disfrutar del tiempo que nos queda aquí —dijo entonces. —Ha sido una especie de tiempo muerto para nosotros. Extraño, pero estimulante, y no me arrepiento en absoluto.

—¿Qué quieres decir?

A su alrededor, la gente iba y venía, y le parecía extraño mantener esa discordante conversación en medio de tanta belleza.

—Cuando regresemos a Londres mañana... creo que deberíamos despedirnos. En realidad, esto no ha sido más que una diversión, ¿no?

Mateo se llevó las gafas de sol a la frente y levantó las de ella para mirarla a los ojos y ver lo que pasaba por su cabeza, pero no podía ver nada, ninguna revelación.

—¿Estás rompiendo conmigo? —le preguntó en voz baja, intentando sonreír aunque se sentía incrédulo.

—Estoy haciendo lo que debo hacer —respondió Maude. —¿No estás de acuerdo?

No, pensó Mateo. No estaba de acuerdo porque le dolía pensar en no volver a tocarla nunca más, en no volver a hacerle el amor.

Había momentos en las primeras horas de la mañana, todavía medio dormido en la quietud de la habitación, en los que se preguntaba si todo aquello era un sueño.

Sexo sin protección.

Una vez. Dos veces. Eso era suficientemente preocupante, pero lo más alarmante era que se había vuelto estúpidamente adicto a su proximidad, al sonido de su risa, a la forma en que discutía con él, a su inteligencia mezclada con esa peculiar vulnerabilidad que intentaba esconder.

Mateo sintió un escalofrío, algo peligroso e imprevisible se agitaba en su interior, algo contra lo que debía luchar.

—Por supuesto —respondió, colocando las gafas de sol en su sitio y dejando las de ella sobre la mesa antes de hacerle una seña al camarero. — Dime qué pasará después. Tienes razón, eso es lo que debemos hacer. Mezclar los negocios y el placer nunca es buena idea.

—Me alegro de que no estés enfadado.

—¿Enfadado yo? —Mateo hizo una mueca. —Creo que me confundes con otra persona. Pero dime, ¿cómo vamos a hacerlo? ¿Regresamos a Londres, tú te tomas unos días para disfrutar de la boda y luego...?

—Yo creo que es mejor que no vayas a la boda —lo interrumpió Maude.

—Ahora que hemos decidido el camino a seguir, no tiene sentido alimentar la ilusión de que somos una pareja... porque no lo somos.

—¿No crees que tus padres se preocuparían si tu prometido no está presente en una ocasión tan importante?

—No, creo que no. Les diré que tienes que hacer un viaje de negocios urgente y después de eso...

—Encontrarás alguna otra excusa —la interrumpió Mateo, levantando su copa. —Bueno, querida, brindemos por un compromiso de corta duración, pero muy agradable. Y mañana será otro día.

Capítulo 7

Maude se detuvo frente al bar donde había quedado con Mateo.

Podría haber elegido la oficina o el ático de Mateo en Chelsea, pero había descartado ambas opciones. La oficina porque no estaba segura de poder soportar las miradas curiosas de sus compañeros, y el ático porque debía apestar a la desesperación de una ex que se había negado a dejarlo en paz.

Además, no le gustaba la idea de verlo en su entorno natural, rodeado de cosas que podrían debilitar sus defensas.

Así que allí estaba, frente a un bar de moda en Kensington, un pub gastronómico con mesas rústicas y sillas de colores por un lado y una barra semicircular con taburetes al otro.

Habían pasado tres semanas desde la última vez que se vieron, desde esa última noche. Habían hecho el amor y ella sonrió a pesar de todo, sabiendo que estaba despidiéndose de un sitio al que no regresaría nunca, pero en el que había dejado parte de su corazón.

Había sido tan intenso. Maude había querido tomar todo lo que pudiese de esa última vez. La última vez que lo vería desnudo, la última vez que Mateo iba a acariciarla. Quería dárselo todo y memorizar cada detalle.

Se habían despedido en buenos términos. Ella había mantenido la sonrisa y él se había mostrado feliz con el final de su relación. Sospechaba que se sentía aliviado de que ella hubiera hecho el trabajo sucio, sin ponerlo en la incómoda posición de tener que rechazarla.

Maude fue directamente a Berkshire, a la casa de sus padres, desde el aeródromo. Podría haber aparecido allí de vez en cuando para ayudar a su madre, pero optó por quedarse porque sabía que mantenerse ocupada haría que todo fuese más fácil.

—¿Y tu trabajo? —le había preguntado Felicity, por una vez preocupada por la carrera que tanto la había irritado siempre.

—Estoy de vacaciones —había respondido Maude. —Además, Mateo está de viaje. Estará de viaje durante casi todo el mes... con un proyecto en el Lejano Oriente. Él es así, siempre en movimiento. Si quieres que sea sincera, no es la situación ideal.

De ese modo había justificado que no apareciese en la boda. Y, por suerte, todos estaban tan ocupados que no tuvo que pasar por un interrogatorio, aunque Amy le preguntó si Mateo le había regalado un anillo de compromiso.

—No es que a nadie le importen ya ese tipo de cosas, pero...

Maude se había mostrado entristecida, dejando caer que tal vez su relación con el atractivo italiano no era lo que ella había esperado.

—Yo quiero un hombre que esté cerca de mí, no un hombre que esté casado con su trabajo —había dicho. Y, en realidad, era la verdad. —Lo que comienza de buena fe podría terminar siendo un desastre.

Amy estaba demasiado ocupada como para seguir haciendo preguntas, pero Maude había plantado las semillas. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Pero, en su cabeza y en su dolido corazón, Mateo se negaba a ser consignado al pasado.

El día de la boda había sido un poco triste para ella. Ver a la feliz pareja y el amor que compartían era un cruel recordatorio de lo que ella deseaba tan desesperadamente con Mateo y no podría tener nunca porque, tontamente, se había enamorado de un hombre incapaz de corresponder a su amor.

Tan pronto como la boda terminó, regresó a Londres, envió un correo al departamento de Recursos Humanos y renunció a su puesto de trabajo.

Y, de forma reveladora, Mateo no respondió.

¿Habría vuelto a pensar en ella alguna vez?

Le había enviado un mensaje el día de la boda para decir que esperaba que todo hubiese ido bien y le había enviado a la pareja un

carísimo juego de maletas de alta gama como regalo, disculpándose por su ausencia.

Como respuesta, Maude le había enviado un mensaje informándole de que iba a renunciar a su puesto de trabajo porque era lo mejor y que estaba intentando encontrar la forma de explicar el compromiso roto a sus padres.

Había terminado el texto con el emoticono de un amigable guiño.

Al final todo saldría bien, se había dicho a sí misma. El tiempo lo curaba todo.

Pero no estaba preparada para lo inesperado.

Había pasado por alto que no había tenido la regla cuando debería, a pesar de que era tan regular como un reloj y no estaba preparada para el puntito rosa que indicaba un resultado positivo cuando, a regañadientes, decidió comprar la prueba de embarazo.

Todo había sido una sorpresa.

En lugar de pasar la primera semana en Londres buscando un nuevo trabajo, la había pasado haciendo tres pruebas más, mirando cada resultado positivo con la misma conmoción.

Hasta que, finalmente, hizo lo que tenía que hacer, enviarle un mensaje a Mateo pidiendo que se vieran.

Allí, en un sitio público y concurrido.

Había dejado atrás los cielos soleados de la Toscana y era un día gris y algo lluvioso. Aún no hacía frío, pero Maude había guardado toda su ropa de verano en el armario porque le recordaba esos días con Mateo.

Llevaba un pantalón, zapatillas deportivas, una camiseta de manga corta y un chaleco acolchado. Su aspecto no era elegante, pero eso era lo último que le preocupaba mientras respiraba hondo y entraba en el bar para encontrarse con él.

Mateo no sabía lo nervioso que estaba por aquella reunión inesperada hasta que la vio.

Tres semanas. Prácticamente podía contar el tiempo en minutos y segundos. Y lo odiaba porque eso olía a debilidad, algo para lo que él no tenía tiempo.

Maude lo había dejado. A él, un hombre al que ninguna mujer había dejado nunca.

Ella lo había dejado y él no había sido capaz de apartarla de su mente desde entonces.

¿Por qué?

¿Porque había herido su orgullo? Quería pensar que él era mejor que eso, pero entonces la única alternativa era una que no tenía intención de aceptar: que no podía dejar de pensar en ella porque la extrañaba. Se había acostumbrado a tenerla cerca y ya no disfrutaba de una cama vacía.

Ella le había abierto los ojos al gozo de dormir al lado de una mujer, pero luego desapareció y se llevó ese gozo con ella.

Mateo se había sumergido en el trabajo, pero por primera vez en su vida no había funcionado.

Y entonces, de repente, Maude le había enviado un mensaje de texto pidiendo que se vieran.

Maude había tenido tiempo para pensar, se dijo, tiempo para darse cuenta de que lo que habían compartido era importante para ella; esa era la única conclusión que podía sacar. Por eso había querido verlo.

Maude había renunciado a su trabajo y él no había puesto ningún impedimento; al contrario, le había dado unas referencias fabulosas.

Seguramente algunos pensarían que no era imparcial porque, supuestamente, habían sido una pareja, pero no podía importarle menos porque nunca había permitido que las opiniones de los demás lo afectasen.

Ahora, obviamente, Maude quería retomar la relación, pero él no estaba seguro del todo.

La quería de vuelta en su vida y era natural querer prolongar una relación satisfactoria para los dos. ¿Por qué no? ¿No era mejor dejar que las cosas llegasen a su conclusión natural? Si la rechazaba, ¿no existía el peligro de sentirse frustrado? ¿No sentiría la apremiante necesidad de ver dónde los llevaba aquello?

Pero Mateo sabía que aquella no era una situación normal. Su preocupación por Maude lo había vuelto inquieto y receloso. Sería importante establecer unas reglas básicas, en caso de que se hubieran desdibujado durante esas semanas. Él no tenía intención de mantener una relación permanente con ninguna mujer y eso no había cambiado.

Todas esas cosas habían pasado por su cabeza cuando leyó el breve mensaje diciendo cuándo y dónde debían verse. Era un mensaje enérgico y directo y, por primera vez en semanas, se había sentido... feliz.

Ahora, mientras la observaba mirar a su alrededor, frunciendo el ceño mientras trataba de localizarlo, tuvo que hacer un esfuerzo para controlar la emoción.

Había extrañado tanto su cuerpo, sus generosas curvas, el peso de sus generosos pechos...

Todo, echaba todo de menos.

Iba vestida con el aburrido atuendo que se había convertido en cosa del pasado mientras estaban en Italia pero, por alguna extraña razón, descubrió que no le importaba. Cuanto menos la mirasen otros hombres, mejor para él.

Mateo torció el gesto, sorprendido.

¿Cuándo se había transformado en un hombre posesivo? No, imposible, él no era así.

La llamó con la mano y Maude se dirigió hacia él, intentando esbozar una sonrisa.

Había pedido una botella de vino, un tinto excelente. No uno de sus viñedos, por supuesto, pero sí de la región. Le gustaría saber qué pensaba ella. Maude no estaba particularmente interesada en el vino, pero tenía buen paladar, como había descubierto en la Toscana.

—Hola...

Mateo se levantó para saludarla, diciéndose a sí mismo que, por satisfactorio que fuera saber que ella quería retomar la relación, tendría que establecer unas reglas. Podía sentirse extrañamente inquieto cuando se trataba de ella, pero necesitaba recordar quién era.

—Hola —dijo Maude.

Ahora que estaba allí, ante él, abrumada una vez más por su presencia, se preguntaba si había hecho lo correcto al pedirle que se vieran.

—¿Vamos al comedor? ¿Tienes hambre?

—No... solo será un momento. Mateo frunció el ceño.

—No hay prisa —le dijo, dedicándole una de esas sonrisas irresistibles que la dejaban sin aliento. —He limpiado mi agenda para ti.

Esperaron en silencio hasta que el camarero les sirvió dos copas de vino, pero en cuanto desapareció Mateo se volvió para mirarla con gesto serio.

—Mira, sé que te sientes incómoda.

—¿Ah, sí?

—Está escrito en tu cara. No olvides que te conozco tan bien como conozco la palma de mi mano. Al menos, eso creo. Esto es incómodo para ti y no te culpo, pero me alegro de que estés aquí. Me alegro de que hayas vuelto a mí.

—Volver a ti...

—Yo también he pensado en ti, Maude. De hecho, he extrañado muchísimo nuestras apasionadas noches... y nuestros días —los ojos de Mateo se oscurecieron. —He descubierto que una cama es demasiado grande cuando la mujer con la que debería compartirla ya no está en ella. Por eso no quiero que te sientas incómoda. Los dos queremos lo mismo y creo que podemos ser sinceros y admitir que renunciar el uno al otro era buena idea en teoría, pero muy mala en la práctica.

—Ya veo —murmuró ella.

—Pero... —Mateo dejó que esa palabra colgase en el aire.

—¿Pero? —repitió Maude.

—Pero esta es la primera vez que hago algo así. Para mí, cuando una relación se acaba no hay vuelta atrás —respondió él, esbozando una sonrisa.

—Diría que aún más en este caso porque fuiste tú quien rompí conmigo. Francamente, nunca me había pasado.

—Estoy segura —murmuró Maude.

—Pero como esta es la primera vez para mí... en fin, lo que hay entre nosotros es puro y simple. El sexo era fantástico y me alegra mucho retomar la relación donde la dejamos.

—Ah, ya entiendo. Quieres dejar claro que esto es solo una aventura sin importancia con fecha de caducidad.

Mateo frunció el ceño.

Se dio cuenta entonces de que ella no había probado el vino. El camarero había llevado una bandeja con canapés, pero no se había percatado de su presencia, totalmente concentrado en dejar clara su posición para que no hubiese malentendidos.

Ahora se daba cuenta de que Maude había contribuido muy poco a la conversación y, lo peor, no había mostrado el menor entusiasmo.

¿Por qué? Él no estaba intentando convencerla. No, al contrario. Estaba siendo sincero, diciendo que también él quería retomar la relación. ¿No era para eso para lo que estaban allí?

—No es así como yo lo habría expresado. Maude se encogió de hombros.

—No estoy aquí para volver contigo.

—¿Qué?

Mateo la miraba, atónito, y ella entendía su perplejidad. Estaba convencido de que había querido verlo para retomar la relación y, si era sincera consigo misma, se había emocionado cuando dijo que todavía la deseaba. No tenía nada que ver con el amor, por supuesto, porque él no estaba enamorado. Lo había dejado bien claro desde el primer momento.

Sin embargo, era maravilloso sentirse deseada por él, escuchar esa voz ronca recordándole cómo se habían hecho sentir el uno al otro, cómo la había hecho sentir él, viva por primera vez, como una mujer que disfrutaba libremente del sexo con un hombre que no se cansaba nunca.

Era humano querer aferrarse a eso, aunque tuviese una fecha de caducidad, ¿no?

—Mateo, estoy embarazada —dijo bruscamente, viendo cómo el color desaparecía de su rostro.

—Lo siento, creo que no te he oído bien.

—Voy a tener un hijo. Por eso te pedí que nos viésemos.

—Pero eso no es posible. No puede ser.

Mateo se echó hacia atrás en la silla y miró ciegamente hacia la barra. Maude interpretó esa reacción como la de un hombre que intentaba desesperadamente escapar de una pesadilla.

Y casi sintió pena por él. Sabía que eso era lo último que Mateo había esperado escuchar y sabía también que esas palabras iban a poner su mundo patas arriba.

Pero ni por un segundo había considerado no decirle nada porque eso hubiera sido completamente injusto. Cómo lidiase con la noticia dependía de él, pero tenía que hacerle saber que no había dejado caer esa bomba para arruinar su vida.

—¿Cómo pudo haber ocurrido? ¿Cómo? Tuvimos cuidado...

—No siempre —le recordó Maude. —Hubo un par de veces en las que tener cuidado no era lo más importante. En las primeras horas de la mañana... en fin, no tomé nota de fechas y horas, pero estoy segura de que tú también te acuerdas.

—Parecía un sueño. Aquella vez... aquellas dos veces... pero no puede ser, esto no puede estar pasando.

—He venido aquí porque era lo correcto, no porque quiera nada de ti.

—No te entiendo —dijo él, mirándola con el ceño fruncido.

Maude estaba embarazada, estaba esperando un hijo suyo y eso era desgarrador porque un hijo no entraba en sus planes.

Iba a ser padre. Mateo no podía creerlo.

—No necesito que nadie me rescate —dijo Maude entonces. —Sé que esta es una gran sorpresa para ti, como lo fue para mí, pero no creas que me debes nada. Ninguno de los dos tiene la culpa. En el calor del momento pasan cosas y, a veces, esas cosas tienen consecuencias inesperadas.

—No puedo creer que esto esté pasando. ¿Cuándo lo has sabido?

—Hace una semana.

—¿Una semana? ¿Y has tardado tanto tiempo en ponerte en contacto conmigo?

El tono de condena en su voz hizo que Maude apretase los labios.

—Creo que no quería aceptar la realidad. Tu mundo se ha puesto patas arriba, pero el mío también. No eres el único que está conmocionado.

—No, es verdad —se disculpó Mateo bruscamente. —Lo entiendo.

—Lo que quiero decir es que no necesito nada de ti. Puedo arreglármelas económicamente con un hijo. Eso no es un problema para mí.

—No puedo creer que estés diciendo eso.

—¿Cuántas veces tengo que recordarte que en la vida se cometen errores? —replicó ella, impaciente—. Las cosas pasan y ya está.

—No es eso —se apresuró a decir Mateo. —Lo que no puedo creer es que pienses que yo no querría asumir la responsabilidad del hijo que he engendrado, con o sin planificación.

Iba a tener un hijo. Un mundo diferente se abría ante él y ese mundo no cumplía las normas que siempre habían guiado su vida.

—Bueno... —Maude se puso colorada. —Claro que espero que quieras formar parte de su vida de algún modo...

—Ah, qué noble por tu parte.

—No hay necesidad de ser sarcástico.

—Yo creo que sí hay necesidad —replicó Mateo. —Sueltas una bomba y luego, sin tomar aliento, me dices que no esperas nada de mí. ¿Cuál era tu plan, Maude? ¿Pensabas que me esfumaría convenientemente, dejándote hacer lo que quieras con nuestro hijo?

—¡Por supuesto que no! Yo...

—¿Se lo has contado a tus padres?

—No. Como acabo de decirte, aún estoy acostumbrándome a la idea.

—Ah, mejor.

—¿Mejor?

Maude estaba atrapada por el brillo de sus ojos, cautivada por la antigua atracción de la que había esperado librarse después de tres semanas.

Qué tonta había sido. Eso era imposible. ¿Sería capaz de olvidarlo alguna vez? ¿Era eso el amor, un placer exquisito seguido de un dolor terrible?

Maude sintió que sus ojos se nublaban y parpadeó rápidamente porque no quería llorar delante de él.

—Me alegro de que no le hayas dicho nada a tus padres, así podremos contárselo juntos.

—¿Perdona?

—Todavía estamos comprometidos, así que no será una sorpresa saber que vamos a tener un hijo. Al menos, no será totalmente inesperado.

—Pero no estamos comprometidos —le recordó ella.

—Vamos a tener un hijo y yo quiero estar a tu lado cuando les demos la noticia —Mateo hizo una pausa. —Y supongo que estarán encantados cuando les digamos que hay otra boda en camino.

—¿Qué?

—Has venido aquí para decirme que podía desaparecer de tu vida, dejándote sola para criar a nuestro hijo, pero tal cosa no va a suceder. Al contrario, vamos a casarnos, Maude.

Mateo levantó su copa y la miró a los ojos con férrea determinación.

—No tenemos champán, pero podemos brindar con este excelente vino y tú con tu vaso de agua. Un brindis por el inminente gran día.

Maude lo miró, boquiabierta.

¿No acababa de mostrarse entusiasmado por retomar una relación de sexo sin ataduras porque tenía fobia al compromiso y solo quería un poco de diversión?

¿Cómo podía decir que quería casarse con ella? ¿Había perdido la cabeza al saber que iba a tener un hijo?

—No te entiendo —dijo en voz baja—. Pensabas que había venido aquí para reavivar nuestra aventura y estabas encantado de hacerlo siempre que esa aventura no fuese a ningún sitio...

—Eso fue antes de saber que estabas embarazada.

—Ya he dicho que nunca me interpondría entre tu hijo y tú. Puedo arreglármelas económicamente por mi cuenta, pero si quieres aportar dinero para el sostenimiento del bebé...

—¿Aportar dinero? —la interrumpió Mateo, enfadado. —No estamos hablando de una organización benéfica, Maude.

—Lo sé, no quería decir eso.

—Nunca había pensado casarme y tener hijos, pero ahora que ha ocurrido, en lo que a mí respecta solo hay una solución.

—Ya, pero esta es una situación que no te afecta solo a ti, Mateo. Nos afecta a los dos y, en lo que a mí respecta, el matrimonio no es la solución.

—¿Por qué no?

No era solo una pregunta sino más bien un desafío y, en el fondo, había un indicio de genuino desconcierto. Y fue ese desconcierto lo que suavizó algo dentro de ella, minando la tentación de discutir.

—Porque no nos queremos —respondió Maude, con voz ronca.

Le dolía decir eso en voz alta porque, sencillamente, no era cierto. Su corazón estaba lleno de amor por él.

—Pero ya no se trata solo de nosotros —le recordó Mateo.

—Nunca funcionaría. Mira, mis padres siguen unidos porque se quieren. Si no se quisieran, el matrimonio se habría roto tarde o temprano, con hijos o sin ellos. Aunque tengas la mejor voluntad del mundo, hace falta algo más que un hijo para unir a dos personas —añadió, totalmente convencida. —Te estoy ofreciendo una salida, Mateo. Puedes seguir con tu estilo de vida y salir con quien quieras, pero manteniendo el contacto que te parezca mejor con nuestro hijo. De verdad no entiendo por qué no te parece la mejor solución.

—Tú has tenido el lujo de crecer con un padre y una madre —replicó él, con tono áspero. —Pero podrías pararte a pensar que no todo el mundo ha tenido esa suerte.

—Sí, lo entiendo...

—Yo quiero que mi hijo tenga todo lo que a mí me faltó —siguió Mateo.

—La gente como yo envidiaba a la gente como tú y quiero que mi hijo crezca con un padre y una madre. El amor es imprevisible, ¿no? La gente se divorcia porque quieren creer en finales felices en lugar de aceptar algo que no es un cuento de hadas, pero que podría ser mucho más sólido. Tú y yo... nos gustamos el uno al otro, ¿no? Nos respetamos el uno al otro. La nuestra podría ser una unión tan sólida como una roca.

—Yo espero mucho más de un matrimonio, Mateo.

Sin embargo, estaba conmovida por lo que había dicho. Siempre había dado por sentado que el amor era fundamental para un matrimonio y que sin él no tenía sentido. ¿Había sido poco realista?

Iban a tener un hijo. Para él, por encima de todo, un padre y una madre siempre serían mejor que un solo progenitor porque había crecido solo con su padre, porque había vivido a la sombra del abandono de su madre. De ahí su feroz determinación de que su hijo tuviera lo que él se había perdido.

Eran dos personas con dos sueños distintos.

—¿Qué esperas de un matrimonio, Maude?

—Aunque me sacrificase, aunque aceptase un matrimonio sin amor por el bien de nuestro hijo...

—Dios mío, Maude, ¿sacrificarte? Maude se puso colorada.

—Bueno, tal vez es una exageración...

—Desde luego que sí.

—Pero tú sabes a qué me refiero.

—Dime qué más esperarías, además de cariño, respeto y, por supuesto, un sexo increíble. Porque es mejor no andarse con rodeos, en la cama somos fantásticos. Así que dime qué otras piezas del rompecabezas tienen que encajar para que aceptes una unión menos que perfecta.

El recordatorio de lo que ella había pasado las últimas semanas tratando de esconder bajo la alfombra provocó una cadena de reacciones físicas que no era capaz de controlar. Sus pechos parecían más pesados, sus pezones sensibles bajo el sujetador de algodón y entre sus piernas nació un torrente de deseo que solo sirvió para recordarle a Mateo deslizándose entre ellas...

¿Y no era precisamente por eso por lo que no podía casarse con él? El hecho de amarlo la hacía vulnerable.

Un matrimonio sin amor sería un simple acuerdo de conveniencia, un acuerdo con posibilidades de sobrevivir.

¿Pero sería ella capaz de sobrevivir?

¿Sería capaz de ocultar su amor día tras día, semana tras semana, año tras año y contentarse con un hombre que solo se había casado con ella por su hijo?

¿En qué momento se convertiría esa infelicidad, en frustración, en pura desesperación? Eso solo significaría el divorcio más adelante, cuando su hijo fuese mayor, cuando sufriría aún más las consecuencias.

Todos esos pensamientos daban vueltas en su cabeza y Maude tuvo que cerrar los ojos durante unos segundos. Cuando los abrió, vio que Mateo la miraba con gesto preocupado.

—Esto te está estresando —dijo él, sacudiendo la cabeza. —Y eso no puede ser bueno para ti.

Maude sonrió irónicamente.

—Sobreviviré, no te preocupes. Es importante que hablemos de esto —le dijo. —Me has preguntado qué otras cosas querría de un matrimonio, aparte de las que tú has mencionado...

Mateo asintió con la cabeza.

—Sí, quiero saberlo.

—Amor, fidelidad —dijo Maude entonces. —Sí, en la cama nos entendemos de maravilla, pero la lujuria no dura. ¿Y qué pasará cuando se desvanezca? Tú eres un hombre de sangre caliente. ¿Empezarás a lanzar la red en busca de otra novedad? Porque eso sería intolerable para mí.

—Tienes mi palabra —se apresuró a decir él. —Estoy más que preparado para guardar esa red y no sacarla nunca más. Te sería fiel al cien por cien —Mateo hizo una pausa—. Y eso suponiendo que me canse de ti. Puede que seas tú quien se canse de mí... o que ambos descubramos que la magia que compartimos en Italia es más duradera de lo que pensábamos.

El impacto de esas palabras la incitaba a aceptar su proposición. ¿No tenía razón? ¿No era su hijo lo que más importaba?

Pero luego pensó en sus padres y en el amor que compartían, en las bromas íntimas entre ellos, en su complicidad.

Eso era lo que te daba el amor, sentimientos que nunca podrían replicarse en una relación de conveniencia. Eso era lo que un niño merecía, no un arreglo entre sus padres que acabaría en resentimiento.

—¿Te casarás conmigo, Maude?

Ella lo miró fijamente durante unos segundos y luego respondió en voz baja:

—No, Mateo. No puedo casarme contigo.

Capítulo 8

Cinco días después, Mateo fue a buscarla a su apartamento.

Durante ese tiempo habían dejado de hablar de matrimonio. Él le había propuesto que se casaran, había tratado de persuadirla, pero ella lo había rechazado y no volvió a insistir.

¿Estaba contenta ella?

¡Por supuesto que sí! ¿Por qué no iba a estarlo? ¿No era exactamente eso lo que había querido? No iba a dejarse presionar porque sabía que, a largo plazo, eso sería un desastre.

Sin embargo, no pudo contener una punzada de decepción por su apresurada retirada. Obviamente, dijese él lo que dijese, una vez que su oferta fue rechazada, Mateo tenía la conciencia limpia y probablemente había respirado aliviado.

Se había portado de forma honorable y no era culpa suya que ella lo hubiese rechazado.

Aunque la llamaba a diario para preguntarle qué tal había ido el día o si necesitaba algo.

Maude sabía que deberían hablar, pero pospuso la conversación porque se había quedado sin aliento al volver a verlo y necesitaba tiempo para recuperar la calma.

Habían acordado que irían juntos a hablar con sus padres.

«No me casaré contigo», le había dicho cinco días antes, «pero sería bueno que fueras conmigo cuando le dé la noticia a mis padres. Podemos

decirles que hemos roto el compromiso, pero que seguiremos siendo amigos por nuestro hijo».

Mateo había asentido, sin mirarla. Irían a verlos tan pronto como sus padres regresaran de las vacaciones que habían tomado después de la boda de Nick y Amy.

—Tu padre es muy travieso —le había dicho su madre dos días después de la boda. —Lo ha reservado todo sin decirme una palabra. Según él, necesitaba relajarme después del estrés de organizar el evento, así que nos vamos al Caribe.

—¡Al Caribe!

—Según él, ya es hora de que vea a su esposa en bikini, relajada en una playa. Ya sabes que tu padre es un romántico empedernido.

Mientras sus padres estaban de vacaciones durante tres semanas, pensó Maude, Mateo y ella discutirían los aspectos prácticos de la situación.

Tenía tiempo suficiente para recuperarse de la sorpresa, para enfrentarse al futuro sin temores y para dar las gracias por tener una familia que la quería. Y también por el apoyo de Mateo, quien había dejado bien claro que quería formar parte de la vida de su hijo.

Debía aceptar que Mateo Moreno iba a ser una presencia permanente en su vida, aunque a cierta distancia. Simplemente, tendría que acostumbrarse. Sus charlas diarias la habían tranquilizado y le habían dado la esperanza de poder controlar su loco corazón cuando volviesen a encontrarse cara a cara.

Claro que no había esperado volver a verlo tan pronto. Después de todo, si ella tenía que retirarse durante unos días para pensar en todos los cambios que la esperaban, seguramente también él tendría que hacerlo.

Pero no fue así.

La noche anterior había llamado por teléfono para anunciar que iría a buscarla al día siguiente.

—Alrededor de las cuatro —le había dicho. —Y no preguntes, es una sorpresa.

—Ya he tenido bastantes sorpresas para toda una vida —había replicado ella.

Su carcajada al otro lado del hilo le había recordado esos días en Italia, cuando su risa la había estremecido hasta los huesos.

Y ahora, mirando la concurrida calle desde la ventana de su apartamento, su corazón dio un vuelco al ver el Ferrari negro.

Lo observó durante unos segundos mientras salía del coche, tan alto y atlético, antes de dirigirse al portal. Iba vestido de negro, con unos vaqueros y una camiseta de manga larga que destacaba cada músculo.

Maude oyó el zumbido del intercomunicador y se atusó rápidamente el pelo frente al espejo antes de tomar su bolso.

Llevaba un pantalón vaquero, un jersey de rayas de colores y zapatillas deportivas. Por supuesto, el embarazo aún era imperceptible, pero unos días antes se había preguntado qué pensaría Mateo cuando se convirtiese en un globo.

Bajó corriendo al portal, pero hizo una pausa y respiró hondo antes de abrir la puerta. Y luego, cuando sus ojos se encontraron con los de Mateo, tuvo que hacer un esfuerzo para articular palabra.

¿Cómo podía un hombre ser tan atractivo? El viento había alborotado su pelo y estaba sin afeitado. La incipiente sombra de barba le daba un aspecto casi peligroso, pero absolutamente irresistible.

—¿Lista? —le preguntó él. Maude se aclaró la garganta.

—¿Dónde vamos?

—¿No te he dicho que es una sorpresa? —Mateo le abrió la puerta del pasajero y luego dio la vuelta para sentarse tras el volante. —Pensé que si Mahoma no iba a la montaña, la montaña tendría que ir a Mahoma.

—¿Qué quieres decir?

Maude giró la cabeza y lo encontró mirándola, con una mano apoyada en el volante y una sonrisa en los labios.

—No hemos hablado sobre lo que va a pasar a partir de ahora y empezaba a tener la sensación de que si no hacía algo al respecto estaría dando vueltas para siempre, llamándote todos los días y esperando que tú te decidieras.

Maude enrojeció.

—Pensé que necesitarías un respiro para digerir todo esto.

—Y es muy considerado por tu parte, pero ya me he acostumbrado a la idea.

Maude suspiró, frustrada y aliviada al mismo tiempo. Mateo sabía que no iba a convencerla y que discutir no los llevaría a ningún sitio. Él nunca podría darle lo que ella necesitaba.

El Ferrari arrancó con un potente rugido y pronto quedó claro que donde quiera que la llevase estaba fuera de Londres.

Maude se arrellanó en el asiento cuando tomó la M4, pero media hora después, en lugar de dirigirse a Berkshire Mateo salió de la autopista y tomó una carretera secundaria.

—¿Dónde vamos?

—Te puede la curiosidad, ¿eh?

—Espero ir adecuadamente vestida para el restaurante al que me llevas.

—¿Qué te hace pensar que voy a invitarte a cenar?

—¿Dónde vamos si no? Tenemos que hablar sobre los detalles de la situación y supongo que querrás ir a un lugar tranquilo.

—Londres es un sitio extremadamente ruidoso, desordenado y contaminado —murmuró Mateo, pensativo. —No voy a llevarte a un restaurante, aunque, por supuesto, tendremos que comer en algún sitio.

—¿Pero dónde vamos entonces? —insistió ella.

—Espera diez minutos y lo sabrás.

Había algo emocionante en aquel misterioso viaje. Pasaron frente a un banco de árboles frondosos con campos al fondo y atravesaron un pintoresco pueblo con una bonita plaza rodeada de casas blancas y una iglesia en el centro.

—Nunca había estado aquí —observó Maude.

—¿No? Pensé que habrías explorado esta zona. No está muy lejos de Berkshire.

—Nunca había estado aquí, pero es muy bonito.

—Me alegro de que te guste.

Mateo tomó un desvío y, unos minutos después, frente a ellos apareció una casa.

Era de color rosa, de dos plantas, y las ventanas tenían cristales emplomados. Estaba rodeada por un muro de piedra tras el que crecía una multitud de árboles frutales y una maraña de setos.

—¿Qué es esto?

Maude salió del coche con los ojos clavados en la pintoresca propiedad.

—Una adquisición reciente. Aún no he firmado la escritura, pero no creo que haya ningún obstáculo.

—¿Una adquisición reciente?

—Vamos dentro, a ver qué te parece.

La puerta se abría a una entrada con suelo enlosado y vigas de madera en el techo. Era una construcción muy antigua, con varias habitaciones y una pequeña escalera que conducía al piso de arriba.

Olía a humedad, el olor de una casa que no había sido habitada durante mucho tiempo, y había claras señales de deterioro. Maude podía detectarlas a un kilómetro de distancia porque ese era su trabajo, pero el olor a humedad, la pintura descascarillada y el suelo de madera desportillado eran problemas menores porque todo lo demás era encantador.

La casa tenía unas dimensiones perfectas y se olvidó por completo de Mateo mientras se embarcaba en un viaje de descubrimiento, yendo de habitación en habitación.

Todas eran acogedoras, con techos altos y ventanales con banco para sentarse y contemplar la maraña de vegetación en el jardín.

Había seis dormitorios en total, tres de los cuales estaban en la planta baja, rodeando un pequeño patio con rosales y hasta su propia fuente. Los otros tres dormitorios estaban en el piso de arriba y daban a la parte trasera de la casa.

La imaginación de Maude se disparó. Había tanto que hacer allí.

—Esto es una locura —murmuró mientras Mateo abría la puerta de la cocina, que conducía al jardín trasero.

—¿Qué es una locura?

—¡Esto! —Maude agitó los brazos, señalando alrededor.

—¿Por qué?

—No puedes comprar una casa que sabes que me gustaría solo para convencerme.

—Ah, entonces lo que estás diciendo es que te gusta.

—¡Tú sabes que me encanta! Es maravillosa. Hay mucho trabajo que hacer, claro. Hay señales de humedad aquí y allá y esa escalera ha visto días mejores...

—¿Quieres echar un vistazo al jardín?

—¡Mateo, no puede ser! —Maude se cruzó de brazos con gesto decidido.

—Sé que quieres convencerme para que me case contigo ofreciéndome la casa perfecta, pero te aseguro que no va a funcionar.

—Porque tú necesitas amor.

Se le encogió el corazón al decir eso. Él estaba acostumbrado a salirse con la suya, pero aquello, lo más importante, no estaba a su alcance y se sentía impotente.

—No sigas por ahí.

—Bueno, como quieras. Pero resulta que esta casa no es para ti, querida. Es para mí.

Mateo se tomó su tiempo mostrándole las habitaciones que aún no había visto y el jardín, que era más grande de lo que parecía.

La había descolocado. Se daba cuenta de que Maude estaba nerviosa.

¿Había pensado que se quedaría de brazos cruzados, esperando que ella tomase la iniciativa y le dijese lo que iba a ocurrir a partir de aquel momento?

Maude había soltado una bomba y había pensado que él le seguiría el juego sin hacer nada.

Pero iba a tener un hijo, iba a ser padre.

Ese era un pensamiento que daba vueltas en su cabeza cada minuto del día, despertando un anhelo protector desconocido para él.

Ni por un segundo había dudado que él fuese el padre. ¿Por qué iba a hacerlo? Para empezar, recordaba perfectamente un par de ocasiones en las que tomar precauciones no había parecido tan urgente como debería; cuando la lujuria había anulado todo lo demás.

Además, Maude no tenía por qué engañarlo ya que, como le había dicho en términos muy claros, no quería nada de él.

Salvo aquello que no podía darle. Ni a ella ni a ninguna otra mujer.

¿Pero por qué no podía ver todo lo que había puesto sobre la mesa? Y no solo la seguridad económica, sino la voluntad de poner su vida en suspenso para siempre por el bien de su hijo.

¿Cómo podía hacerle ver que las preferencias personales deberían quedar en segundo plano cuando se trataba de algo tan importante como un hijo?

¿Era deshonesto pensar así? Tal vez, pero no podía evitarlo.

No había nada que pudiese criticar a su padre, que lo había criado sacrificando mucho en el camino, haciendo todo lo posible para compensar la falta de una figura materna, pero Mateo empezaba a darse cuenta de cuánto lo había afectado el abandono de su madre.

Por eso le había cerrado la puerta al amor. ¿El mero hecho de su nacimiento había alejado a su madre? No tenía sentido, pero era algo que estaba profundamente enterrado en su subconsciente, un miedo que lo había llevado a atrincherarse tras una fortaleza de acero, protegiéndose de las emociones y de todo lo que las acompañaba.

Pero cuando ella le dijo que estaba embarazada, Mateo experimentó un anhelo que nunca antes había reconocido, el anhelo de llenar un vacío en su vida. Nunca había soñado ser padre, pero quería que su hijo tuviese lo que él no había tenido: la estabilidad de un hogar con un padre y una madre.

Sin embargo, era lo bastante honesto como para reconocer que la negativa de Maude estaba justificada. Las cicatrices que él llevaba no eran las suyas y lo que ella quería era lo que querría cualquiera que deseara algo más que una simple unión de conveniencia por el bien del hijo que compartían.

Su hijo tendría un padre y una madre, aunque separados, y eso era más de lo que él había tenido. A su hijo no le faltaría amor.

Desafortunadamente, eso no era suficiente para él porque se le ocurría otra posibilidad que no tenía intención de aceptar.

Imaginó a Maude con el hombre perfecto, si tal hombre existía, dejándolo a él relegado al papel de padre que aparecía cada dos fines de semana mientras otro hombre criaba a su hijo como propio.

Eso no iba a pasar.

Pero tampoco podía obligarla a aceptar su proposición de matrimonio y, ciertamente, no estaba tratando con una damisela en apuros. Maude era perfectamente capaz de tomar sus propias decisiones.

Dicho eso, la casa de campo era el primer paso para convencerla de que, si bien él podría no ser su primera opción, lo que había entre ellos era lo bastante bueno como para seguir adelante. Mejor que bueno.

Sería paciente y dejaría que ella llegase a sus propias conclusiones. Y, al final, si se obstinaba, entonces no tendría más opción que retirarse, por mucho que esa retirada fuese una tortura para él.

Pero no tenía intención de retirarse hasta que lo hubiese intentado todo.

—¿Esta casa es para ti?

—Eso es.

—Tú eres un urbanita, Mateo. ¿De verdad esperas que crea que te sentirías cómodo viviendo aquí, en medio del campo?

—La M4 está muy cerca —observó él. —Y, como sabes, ahora la mitad del mundo trabaja a través de internet. Estos no son los viejos tiempos, cuando todos estábamos clavados al escritorio.

—¿Tú has estado alguna vez clavado a un escritorio?

—No, por suerte no —Mateo esbozó una sonrisa.

—No me dijiste que pensabas comprar una casa aquí.

Maude se dio la vuelta para mirarlo, en jarras, bajo las ramas de un manzano que creaba un mosaico de sombras en su rostro.

El aire estaba impregnado de olor a fruta, tierra mojada, árboles y naturaleza. Aquel era un jardín salvaje.

—Teniendo en cuenta que vamos a tomar caminos separados, no sé por qué tendría que haberte dicho nada —respondió Mateo, sorprendido. —Mientras tú has estado tomando tus propias decisiones, yo he tomado las mías.

—Ya veo —murmuró ella.

—¿Quieres ver algo más mientras estamos aquí?

—No, gracias. Mateo miró su reloj.

—Es temprano, pero podemos ir a cenar algo antes de regresar a Londres. Y no digas que quieres volver ahora mismo. Tenemos que

resolver muchas cosas y sugiero que comencemos a hacerlo lo antes posible, ahora que has visto los primeros pasos que voy a dar para lidiar con esta situación.

Mateo esperó que ella protestase y, mientras esperaba, sus ojos se deslizaron desde su rostro hasta su abdomen, aún plano, aunque el embarazo pronto sería visible...

De repente, sintió algo más grande y más poderoso de lo que jamás hubiera imaginado posible y tuvo que tragar saliva, emocionado.

—Supongo que tienes razón.

Maude suspiró, lanzando una mirada melancólica hacia la casa, tan perfecta en todos los sentidos.

—Hay un restaurante pequeño y agradable junto a la plaza del pueblo...

—¿Has visitado el pueblo?

—Cuando hago algo, me aseguro de hacerlo correctamente — respondió él. —No tiene sentido comprar una propiedad sin antes inspeccionar los alrededores.

Subieron al coche de nuevo y, en el camino, Mateo se aseguró de señalar la belleza del paisaje o lo cerca que la casa estaba del pueblo, en caso de que le hubiera pasado desapercibido. Había muchas formas de conseguir lo que quería y la persuasión podía ser una herramienta muy poderosa.

Podrían haber ido andando y había varios parques a poca distancia. La plaza del pueblo, con gran variedad de tiendas y negocios, era un bienvenido contraste con la monotonía de las cadenas de establecimientos y cafeterías de Londres. Sí, definitivamente aquel pueblo lo tenía todo.

Podría haber seguido, pero estaba empezando a sonar como un agente inmobiliario, de modo que guardó silencio mientras se dirigían al restaurante.

Era difícil no disfrutar del entorno, pensaba Maude. Aquella era la esencia misma del perfecto pueblecito inglés. Pasaron frente a una carnicería, una pescadería y dos fruterías, todas cerradas en ese momento, pero a juzgar por los bonitos toldos y los limpios escaparates, todas prometían productos de primera calidad.

Había mucho ambiente en las calles y pudo ver al menos tres pubs, todos llenos de gente.

El restaurante estaba enclavado en una callecita lateral y un camarero los acompañó a una mesa en el patio, con guirnaldas de luces en los árboles y farolillos sobre las mesas.

—Bueno... —empezó a decir Maude, un poco incómoda. —Dijiste que ibas a sorprenderme y lo has conseguido.

—De una manera agradable, espero.

—¿Cómo has encontrado esa casa en tan poco tiempo?

—Tengo un equipo de gente trabajando para mí —le confesó él, haciendo una mueca. —Les dije el tipo de casa que quería, que el dinero no era un problema, que no tenía miedo a las reformas, que lo importante era encontrarla lo antes posible y ya está.

—¿Así de sencillo?

Una camarera se acercó entonces con un vaso de agua para ella y una copa de vino para él.

—No sé si tú piensas seguir viviendo en Londres, pero, en mi opinión, una casa en el campo es imprescindible. Londres estaba bien hasta ahora, pero dentro de unos meses seré padre y a partir de ese momento todo será diferente.

—Yo no había pensado...

—¿Dónde ibas a criar a nuestro hijo?

—Aún falta mucho tiempo —respondió Maude, sin mirarlo.

—Es verdad —asintió Mateo—. Sin embargo, como puedes ver por ti misma, la casa necesita muchas reformas. La escritura se firmará en unas semanas y ya tengo un equipo de reformas contratado.

—Eres muy eficiente —comentó Maude.

—Me gusta pensar que sí.

—¿Y vas a mudarte inmediatamente? Mateo se encogió de hombros.

—No veo por qué no. Naturalmente, mantendré mi ático en el centro de Londres. Viviré allí los días que no pueda ver a mi hijo.

—Lo dices como si yo estuviera planeando mantenerte alejado de tu hijo y no es verdad —replicó Maude, irritada.

—No quería decir eso, perdona. En cualquier caso, viviré aquí cuando sea mi turno. Tendré una niñera, por supuesto, y pienso adaptar mis horas de trabajo para pasar el mayor tiempo posible con mi hijo.

Mateo bajó la mirada y guardó silencio durante unos segundos.

—Tengo un par de ideas para el desarrollo de la zona y sé que podrían funcionar. Aquí hay manantiales subterráneos que podrían aprovecharse y sería una forma de integrarme en la comunidad. Como padre soltero, sería buena idea tener algún tipo de vida social.

—¿Perdona?

—Bueno, las circunstancias han cambiado y, por primera vez en mi vida, estoy de acuerdo en que mis días de soltero han llegado a su fin.

Maude sintió un escalofrío. Sabía que le estaba pidiendo que sacara sus propias conclusiones, pero tenía la sensación de que esas conclusiones no iban a gustarle.

—Sí, bueno, esa nunca ha sido mi intención.

—¿Que nunca ha sido tu intención?

—Como te dije cuando nos vimos en el bar, quería verte para hablar del embarazo, pero no tenía intención de trastornar tu vida.

Mateo enarcó las cejas.

—¿Pensabas que un hijo no trastornaría mi vida?

—Oye, no hay necesidad de...

—Claro que hay necesidad —la interrumpió él. —Al parecer, pensabas que estabas tratando con otro tipo de hombre cuando me diste la noticia. Tal vez un hombre sin valores o pautas morales.

—¡Por supuesto que no!

—Puede que me haya divertido tonteando con muchas mujeres porque nunca tuve interés en sentar la cabeza, pero sé cuál es mi responsabilidad en una situación como esta. ¿Pensabas que seguiría viviendo como un soltero despreocupado?

—En realidad, no sabía qué esperar —respondió Maude.

Los ojos oscuros brillaron como el azabache. Parecía absolutamente decidido.

—Como te conté, yo crecí solo con mi padre y sé lo que es añorar lo que tenían otros niños: un padre y una madre. Una cosa es que dos personas terminen divorciadas por la razón que sea, otra muy diferente es que a un niño nunca se le haya dado la posibilidad de vivir con su padre y su madre.

—Mateo...

—Ya sé que estás decidida y no puedo obligarte a casarte conmigo, pero tengo la intención de hacer todo lo que esté a mi alcance para que nuestro hijo no le falte nada. Por lo tanto, mis días de soltero despreocupado han llegado a su fin. A su debido tiempo, sin duda encontraré a alguien con quien quiera casarme. Puede que no sea un matrimonio ideal, pero seremos una pareja. En fin, es el signo de los tiempos; la gente se divorcia, los niños tienen varias familias, hermanastros, hermanastras. Esas cosas pasan, la vida sigue.

Maude tuvo que hacer un esfuerzo para no mirarlo boquiabierta.

¿Qué había esperado? ¿Había pensado que Mateo sería un padre a tiempo parcial mientras ella seguía adelante con su vida, sin sentar nunca la cabeza?

Mateo había dado voluntariamente el primer paso y no lo lamentaba, no expresaba ningún pesar por el estilo de vida que iba a dejar atrás.

Iba a mudarse a una casa en el campo, con un jardín maravilloso en el que podría poner columpios en medio de manzanos y perales. Se integraría en la comunidad, sin duda convirtiéndose en el hombre del momento.

¿Por qué no iba a hacerlo? Era multimillonario y estaba interesado en apoyar a la comunidad.

Y habría muchas mujeres interesadas en él.

Maude se sintió mareada ante la imagen que empezaba a tomar forma en su cabeza. Hordas de mujeres caerían a sus pies. ¿Un hombre pecaminosamente rico y pecaminosamente guapo sin una alianza en el dedo, empujando un cochecito de bebé? Las mujeres harían cola para atraparlo. Lo único que faltaba para que la imagen fuese perfecta era un cachorro atado al cochecito del bebé.

Su corazón se volvió loco.

Mateo había pensado que también ella buscaría pareja. ¿Y no era por eso por lo que había rechazado su proposición de matrimonio, porque quería que el amor fuese parte del trato?

Él no estaría limitado por tal preocupación. Un hombre que no buscaba amor podría encontrar fácilmente una esposa y estaba segura de que Mateo sería un marido noble y fiel.

—Estás pálida, Maude, come algo. Podemos cambiar de tema si quieres, hablar de algo menos polémico. Aunque, para ser justos, este es un tema del que tendremos que hablar tarde o temprano.

Maude miró los ojos oscuros, cargados de preocupación y se pasó la lengua por los labios, sin saber qué decir.

¿Qué había hecho? ¿De verdad podría ver a Mateo, el hombre al que amaba con todo su corazón, casado con otra mujer? ¿Cómo iba a soportar eso?

En la búsqueda de un ideal, ¿qué terminaría sacrificando ella y qué se perdería su hijo? Había estado ciega, pensó entonces.

Cuando le propuso un matrimonio que nunca había imaginado, una proposición en la que no se intercambiaron palabras de amor y en la que él no se arrodilló para pedir su mano, de inmediato imaginó una vida infeliz, con el corazón roto permanentemente porque Mateo no podía darle lo que ella anhelaba.

Él se volvería resentido por una situación que no había deseado y su hijo estaría atrapado en el medio.

¿Sería esa una infancia feliz?, se había preguntado a sí misma. Los niños se enteraban de todo. Con el tiempo, cuando todo se derrumbase de forma inevitable, ¿cuánto daño le habrían hecho sin darse cuenta?

Se había mantenido firme en su negativa porque todo el mundo merecía amor y el matrimonio, fueran cuales fueran las circunstancias, nunca debería ser una trampa. No había visto un término medio, uno en el que podría haber alegría, armonía y... ¿quién sabe? Tal vez Mateo nunca sentiría el profundo amor que sentía ella, pero podría quererla, sentirse a gusto en su compañía.

La alternativa que él acababa de presentarle helaba la sangre en sus venas.

—No —dijo Maude con voz estrangulada—. Tenemos que hablar de esto.

Y, mirándola a los ojos, viendo la sombra de preocupación en su rostro, Mateo supo que lo había conseguido. Él nunca había contemplado el matrimonio, pero estaba listo para abrazarlo.

—Cásate conmigo, Maude. Haz lo que tú sabes que debes hacer —dijo con voz ronca. —Confía en mí. Prometo ser el mejor marido para ti y el padre más devoto para nuestro hijo.

Capítulo 9

Maude pensó que Mateo se había dado por vencido, que no volvería a pedirle matrimonio, pero allí estaba, mirándola con los ojos brillantes.

¿Habría pensado lo mismo que ella? Cuando le dijo que tarde o temprano se casaría, ¿se habría preguntado lo que sentiría si ella encontrase a otro hombre?

Mateo había demostrado estar dispuesto a hacer lo que fuera necesario por el hijo que esperaban. Iba a poner su vida patas arriba y esa decisión dejaba claro que se sentía posesivo. ¿Había reconocido lo difícil que sería para él aceptar a otro hombre en la vida de su hijo?

¿Pero la vívida descripción que había hecho de su futura vida no era en realidad un astuto chantaje?, se preguntó entonces.

¿Había confiado Mateo en debilitar sus defensas, haciéndole ver lo que podría pasar si seguía rechazando su proposición de matrimonio?

¿Qué sucedería en el futuro si su hijo se enterase de que el matrimonio había estado sobre la mesa, pero ella lo había rechazado de plano? ¿La juzgaría?

Por supuesto, era una tontería preocuparse por algo así, pero había algo que sabía con toda certeza: sus padres nunca lo entenderían.

Y ella nunca encontraría a otro hombre. Estaría condenada a pasar sus días observando desde la barrera mientras Mateo seguía con su vida y la reemplazaba por otra mujer. Y no tendría reparos en hacerlo. ¿Por qué iba a tenerlos? Era un hombre libre y podía hacer lo que quisiera.

Una ola de desesperación se apoderó de ella y respiró hondo, mirándolo fijamente a los ojos.

—¿Por qué haces esto?

—¿A qué te refieres? —preguntó Mateo.

—A confundirme de este modo.

—Nada en la vida es sencillo, Maude —respondió él, dejando escapar un suspiro. —Podríamos pensar que seguiremos siendo amigos, compartiendo la custodia de nuestro hijo cuando encontremos a otras personas, que nos veremos a menudo y haremos todo tipo de cosas, pero eso no sucederá. Para mí es imposible.

—¿Es una amenaza?

—No, en absoluto —respondió él, con tono firme. —Yo nunca me rebajaría a amenazarte, solo estoy siendo sincero. Me resultaría muy difícil ver a otro hombre tomando decisiones sobre la vida de mi hijo.

Esa era la descarnada verdad, pensó Maude entonces. ¿Por qué iba a fingir? Él era así, honesto, directo, incapaz de creer en cuentos de hadas o castillos de naipes. Mateo no podía evitar ser el hombre que era más de lo que ella podía evitar ser la mujer que era.

Estaban esperando un hijo y sus vidas estarían unidas para siempre, pero él le había mostrado una visión de lo que pasaría si vivían separados.

—Supongo que me resultaría difícil ver a otra mujer con mi hijo —asintió Maude, a regañadientes.

Él sostuvo su mirada en silencio durante unos segundos.

—Estoy deseando ver cómo nuestro hijo crece dentro de ti, ver tu vientre hinchado —dijo luego, con voz ronca.

Maude se puso colorada.

—Si decidimos casarnos para solucionar la situación no deberíamos enturbiar las aguas...

—Las aguas se enturbiaron hace mucho tiempo, ¿no te parece? Y confieso que lo prefiero así —dijo él, esbozando una sonrisa torcida que aceleró su corazón. —¿Te casarás conmigo?

—Sí —respondió ella, sin pensarlo dos veces.

Mateo rebotaba satisfacción. Podía ver una alianza en su dedo, el bebé creciendo en su vientre. Una situación imprevista, pero que no le disgustaba en absoluto.

—Vámonos —murmuró.

—Mateo...

Como respuesta, él pasó un dedo por su mejilla y la vio sonrojarse como una adolescente.

Dios, cuánto había añorado eso.

—Te he echado de menos —le dijo, respirando entrecortadamente. —¿Tú me has extrañado?

Atrapada entre el deseo de mostrarse distante y el anhelo de ser sincera, Maude se limitó a asentir con la cabeza.

Iba a casarse con aquel hombre y, le gustase o no, su corazón estaba cargado de amor y de deseo.

Mateo conducía con la mano de Maude sobre su muslo. El simple roce hacía que tuviese que apretar los dientes mientras su erección latía contra la cremallera del pantalón.

No llegaron a Londres porque él no podía esperar más, de modo que se detuvo en el primer pueblo en el que encontraron alojamiento, un pub con habitaciones.

Una habitación pequeña, una cama pequeña... a ninguno de los dos le importaba.

Mateo empezó a desnudarse en cuanto cerró la puerta y Maude pasó las manos por sus hombros, su torso, su estómago, deslizándolas hasta la erección gruesa y dura como una piedra.

Mateo no podía quitarle la ropa con suficiente velocidad y, mientras lo hacía, le susurraba cosas que la hacían ruborizarse y provocaban un torrente entre sus piernas.

Fueron trastabillando hasta la cama y los muelles del colchón crujieron bajo su peso.

Medio vestida aún, la ropa era una barrera de la que Mateo quería deshacerse para verla desnuda.

—No hay necesidad de usar protección —murmuró mientras caían sobre la cama, ardiendo el uno por el otro. —Es muy liberador.

—¡Pero aquí estamos! —Maude rio, sin aliento. —Voy a tener un hijo, de modo que ya nos habíamos liberado antes.

—Touché.

Mateo se arrodilló en la cama para mirarla, desnuda ante su hambrienta mirada.

—¿Has cambiado? —murmuró, acariciando su vientre.

—¿En qué sentido?

—Tu cuerpo... ¿te parece diferente?

Maude cerró los ojos, pensando que aquello podría no ser lo que había soñado, podría no ser el final de cuento de hadas que siempre había deseado en secreto, pero en ese momento, con los ojos de Mateo clavados en ella, se sentía feliz.

Le importaba. Tal vez no tanto ella como su hijo, pero menos era mejor que nada.

—Un poco. Mis... mis pechos son más sensibles —admitió. —Y el café me pone enferma.

—Pechos sensibles —repitió él, acariciándolos. —Parecen más grandes. Maude rio, ardiendo de deseo al ver el brillo enfebrecido de sus ojos.

—Y se harán más grandes. Voy a parecer un zepelín. Mateo soltó una carcajada.

—Estoy deseando verlo.

Hicieron el amor despacio, tierna y minuciosamente, recuperando el tiempo perdido, fortalecidos por una dimensión de su relación que no había existido antes.

Mateo la tocaba como si tuvieran todo el tiempo del mundo. La hacía sentir especial y Maude se preguntó si, inconscientemente, quería demostrarle que lo que había dicho era cierto, que podrían ser felices aunque él no la amase.

Después de hacer el amor, se abrazaron hasta que Maude le recordó que debían volver a Londres.

—O podríamos quedarnos aquí —murmuró Mateo. —Ahora que me has recordado lo que me he perdido, es posible que no pueda regresar a Londres sin hacer una parada en otro pub.

—Creo que podría ser buena idea —dijo ella.

Fueron a su ático, otro testimonio de su ascenso en la escala social, una maravilla de madera clara, arte abstracto y fabulosas antigüedades.

Había sido inteligente por su parte comprar la casa, pensó Maude, pasando una mano por el sofá de piel blanca y hundiendo los pies descalzos en las mullidas alfombras. Un niño pequeño causaría estragos en un sitio como aquel.

—Esa charla que, según tú, necesitamos tener... —murmuró, echándole los brazos al cuello.

—No estoy de humor para hablar ahora mismo.

—Yo tampoco, pero mis padres volverán la próxima semana. Podemos darles la noticia tan pronto como lleguen.

Y, con eso, Maude supo que no había vuelta atrás.

De modo que le echó los brazos al cuello y se puso de puntillas para besarlo, y besarlo y besarlo hasta que, simplemente, no podía parar.

Estaba lloviznando cuando llegaron a la casa de sus padres dos semanas después.

Durante ese tiempo habían hablado de todo, decidiendo dónde vivirían y cómo iba a funcionar su matrimonio.

Y habían hecho el amor.

En principio, todo iba de maravilla. Mateo había querido ponerle un anillo en su dedo y estaba a punto de conseguirlo. Le había mostrado el lado negativo de una relación compartida, teniendo que decidir con quién pasaba el niño los fines de semana y luego, tarde o temprano, el complicado asunto de que otras personas tomaran decisiones sobre el hijo que compartían.

Cuando la llevó a la casa de campo que había comprado supo que Maude se enamoraría de ella.

En el fondo era una romántica, enamorada de la idea de estar enamorada, y esa casa era un lugar de ensueño que atraería a alguien con un corazón tan cálido. Poder reformarla para hacerla a su gusto había aumentado la atracción.

Cuando le dijo que la casa de campo era para él, que sería su residencia permanente una vez que naciese el bebé, supo que la convencería. Había visto un brillo de emoción en los ojos de Maude cuando describió lo maravilloso que sería vivir en el campo. La había visto hacer planes de una vida idílica para su hijo.

Estuvo a punto de dar saltos de alegría cuando ella cedió por fin y aceptó su proposición de matrimonio. De hecho, se sentía orgulloso de sí mismo porque había conseguido lo que quería.

Entonces ¿por qué de repente se sentía intranquilo?

—¿Estás nerviosa? —le preguntó él, apagando el motor y girándose para mirarla.

—¿Nerviosa?

Maude frunció el ceño, pero luego sonrió, haciendo lo posible para borrar la tristeza que se había alojado en su corazón desde que aceptó su proposición de matrimonio.

No iba a cometer un error. Lo que estaba haciendo era lo correcto por muchas razones, sobre todo porque era insoportable imaginar al hombre que le había robado el corazón saliendo con otra mujer.

Su hijo tendría la vida estable que todos los niños merecían y no había ninguna duda de que Mateo sería un padre excelente.

Tal vez nunca hubiera imaginado que se casaría, o incluso que prolongarían su aventura, por mucho que dijese cuánto la deseaba y cuánto la había extrañado, pero estaba realmente comprometido con su responsabilidad.

Ella era, y sería siempre, una responsabilidad que él había asumido porque no tenía otra opción si quería para su hijo la familia que él no había tenido de niño.

Ella se había despedido de sus sueños adolescentes y la realidad de la vida en la que estaba embarcándose se había posado sobre ella como un manto de tristeza que nunca desaparecería. Sin embargo, se decía a sí misma que había hecho lo correcto, lo único que podía hacer.

Su cuerpo despertaba a la vida cuando él la tocaba porque estaba enamorada de Mateo, porque no se trataba solo de deseo.

—Sobre darle la noticia a tus padres...

—Se llevarán una alegría —lo interrumpió Maude. —Y cuando Nick y Amy se enteren también se alegrarán, aunque podrían molestarse un poco porque los hemos adelantado.

—¿Entonces por qué has venido tan callada? ¿Tienes dudas?

—No —respondió Maude, con firmeza.

Luego tomó su cara entre las manos y sonrió, porque ese era el camino que iban a tomar y pensaba aprovecharlo al máximo. Iba a disfrutar de lo que tenía y no quería atormentarse a sí misma deseando algo que no tendría nunca.

—¿Seguro?

—Claro que sí. ¿Pero qué harías si te dijera que tengo dudas?

—Trataría de disuadirte. No voy a tirar la toalla, Maude.

—¿Y todo eso por el bebé?

—¿Por qué si no?

—¿Por qué si no? —repitió Maude, intentando contener las lágrimas, sabiendo que el tiempo lo pondría todo en perspectiva.

—Y no me digas que no hay ventajas en esta situación —dijo Mateo, tomando su mano para besar suavemente su muñeca. Los ojos de Maude se oscurecieron y él esbozó una sonrisa—. Veo que sabes a qué me refiero.

¿Quieres que dé la vuelta? Seguro que podemos encontrar un hotel cerca de aquí y no creo que a tus padres les importe que lleguemos un poco tarde.

Ella negó con la cabeza.

—Mis padres enviarían un grupo de búsqueda y rescate —bromeó. —Creo que ya sospechan algo y, conociendo a mi madre, seguro que ya ha elaborado todo tipo de teorías.

Mateo se relajó, sintiéndose en terreno más seguro. No le gustaba cuando percibía esa vaga tristeza en Maude. No quería ni pensar que estuviera decepcionada o entristecida por la situación.

—Bueno, si insistes...

Mateo bajó del coche, despreocupado y sexy, y dio la vuelta para abrirla la puerta. Ayudarla a salir del deportivo era otro recordatorio del papel que Maude desempeñaba ahora en su vida: la madre de su futuro hijo.

La puerta de la casa se abrió antes de que Maude tuviese tiempo de tocar el timbre y su madre la recibió con los brazos abiertos, bronceada, su pelo más rubio que nunca.

—¡Maude!

Su padre estaba tras ella, haciéndoles gestos para que entrasen. Parecían lo que eran, dos personas que acababan de regresar de unas vacaciones en el Caribe.

—Mamá, ¿sabes que existe la crema solar? —bromeó Maude, abrazándolos y apartándose luego a un lado para que Mateo los saludase como si los conociese de toda la vida.

Estaba tan guapo con unos vaqueros negros, un jersey marrón y sus habituales mocasines de ante. No tenía que hacer ningún esfuerzo para parecer sofisticado, sencillamente lo era.

Le había hablado sobre su infancia una noche, abrazados en la cama, mientras las brasas de su apasionado encuentro se extinguían poco a poco.

—Éramos pobres —le había dicho mientras acariciaba su pelo y ella se acurrucaba sobre su hombro—. En el pueblo en el que vivíamos había dos caminos para salir adelante: traficar con drogas o trabajar sin descanso, día y noche, para llegar a la cima.

—¿Fue muy difícil para ti?

—No fue fácil, pero mi padre me había enseñado la importancia de ir por el camino recto. Él no pudo darme una vida acomodada, pero me enseñó lo importante que era trabajar para conseguir tus objetivos.

—Yo lo tuve más fácil —murmuró Maude, pensativa.

—No creo que haya sido tan fácil. Si lo fuera, te habrías casado con un hombre rico y tu carrera habría sido doblar servilletas y adornar una mesa.

—¡Eso es un estereotipo! —protestó ella, riendo.

Era tan maravilloso estar abrazada a aquel hombre tan grande, tan dominante, tan seguro de sí mismo, un hombre con un gran sentido del deber y unos valores profundamente arraigados.

Su padre había sido la piedra angular a la hora de mostrarle el camino a seguir y Mateo sonrió cuando le dijo que le gustaría mucho haberlo conocido.

Que tras una infancia como la suya Mateo fuese la encarnación de la riqueza, la sofisticación y la confianza en sí mismo dejaba claro hasta dónde estaba dispuesto a llegar para conseguir lo que quería de la vida.

Quería poder, dinero, aquel matrimonio, su hijo. Y lo había conseguido todo.

Felicity estaba en su elemento, gesticulando y describiendo sus fabulosas vacaciones mientras su padre preparaba unas copas sonriendo con gesto indulgente.

—No he parado de hacer cosas desde que regresamos anteayer — estaba diciendo su madre.

El salón era cómodo y acogedor, con enormes sofás y un amplio aparador lleno de fotos familiares, un desfile de imágenes que representaban el tipo de vida que Maude siempre había imaginado para sí misma.

Sus ojos se apartaron de las fotos para encontrarse con los de Mateo, que estaba sentado frente a una de las ventanas, con una copa en la mano. Tras él, el jardín estaba envuelto en la penumbra. Los días se acortaban, anunciando que pronto llegaría el otoño.

Por un momento, Maude tuvo la absurda sensación de que podía leer sus pensamientos, que podía ver la tristeza que se había alojado en su corazón.

La voz de su madre la devolvió al presente.

—¡Sabemos que tenéis algo que contar! —exclamó, girándose hacia su marido. —¿Verdad que sí, cariño? Y tú debes estar harto de oírme hablar sobre las vacaciones.

—Esperad hasta que revelemos las fotos —dijo Richard Thornton. —Preparaos para pasar un par de horas estudiando detenidamente las imágenes.

—Mamá... —Maude sonrió cuando Mateo se sentó a su lado en el sofá, sus muslos rozándose. —Pensé que ya nadie revelaba fotografías.

—Cariño, tú sabes que me gusta ponerlas en marcos y mirarlas cada vez que paso por delante —Felicity sonrió, guiñándole un ojo.

Mateo miró las fotografías familiares en el aparador, sabiendo que si hacía una inspección minuciosa de la casa encontraría docenas más esparcidas por todas las habitaciones.

Aquello era lo que él se había perdido. Ésas eran las manifestaciones tangibles de la vida que nunca había tenido, por maravilloso que hubiera sido su padre. Y eso era lo que Maude había querido para sí misma, lo que había sacrificado al aceptar su proposición de matrimonio sabiendo que no habría amor entre ellos.

Ese pensamiento le dejó un amargo sabor de boca.

Felicity miró de uno a otro, como intentando adivinar lo que iban a decir.

—No me digáis que habéis venido porque estabais deseando saberlo todo sobre nuestras vacaciones en el Caribe —dijo entonces. —Sé que no puede ser porque, en general, tengo que obligar a esta jovencita a que venga a visitarnos —añadió, poniendo una mano sobre la rodilla de su marido. —Me gustaría saberlo de inmediato, pero Nick y Amy vendrán a cenar, así que tal vez deberíais esperar. Recuérdame a qué hora vienen, cariño.

—Estarán aquí en quince minutos —respondió su padre.

—Entonces, podemos esperar.

—Mamá, ¿desde cuándo tienes que obligarme a visitarte? —le preguntó Maude.

—Quizá he exagerado un poco —Felicity sonrió antes de lanzarle un beso.

—Bueno, pues resulta que...

El sonido del timbre la interrumpió y Maude casi se alegró. No iba a echarse atrás, pero empezaba a darse cuenta de la enormidad de lo que estaba a punto de hacer.

¿Tendrían ellos fotos familiares por toda la casa dentro de treinta años?

¿Harían viajes románticos juntos o vivirían vidas separadas?
¿Seguirían juntos acaso?

A Maude no le gustaba la dirección que habían tomado sus pensamientos, pero seguía luchando contra ellos cuando Amy y Nick entraron en el salón; él con un brazo alrededor de la cintura de su mujer, ella con la cabeza apoyada sobre su hombro, los dos sonriendo, los dos radiantes de felicidad.

Mateo observaba la reunión familiar, pensativo. Había conseguido lo que quería.

Nunca antes en su vida se había sentido posesivo con nadie. Se había convertido en una isla, solitario, aislado. Cassie había sido su única debilidad, pero en realidad nunca la había amado. Su hijo, sin embargo...

Desde el momento que se enteró de su existencia, Mateo supo que haría todo lo posible por él, y eso incluía casarse con una mujer que, para

ser brutalmente honesto, no tenía ningún interés en contraer matrimonio con él.

Maude había estado muy apagada mientras iban hacia allí. ¿La idea de ver a sus padres le habría recordado todo aquello a lo que iba a renunciar?

La había observado atentamente y, por primera vez, se daba cuenta de que cuando se trataba de las emociones nada era blanco y negro. En su mundo, el mundo que había creado para sí mismo, no había tonos de gris. Cuando decidió que el matrimonio era la solución al embarazo de Maude, esa también había sido una decisión en blanco y negro.

Pero entonces había visto esas fotos familiares en el aparador, había observado a Maude mientras las miraba y había entendido sus sentimientos. Y había sido como un puñetazo en el estómago.

Y luego, cuando Nick y Amy entraron en el salón, la viva imagen de la felicidad, vio que el rostro de Maude se ensombrecía. Sonreía mientras abrazaba a su hermano y su cañada, pero algo dentro de ella se había derrumbado y era culpa suya.

Era él quien había pintado una alternativa escalofriante a la imagen perfectamente razonable de dos adultos que llevaban sus propias vidas mientras querían y cuidaban al niño que accidentalmente habían creado juntos. Era él quien la había convencido para que renunciase al sueño de tener una familia feliz, de casarse por amor como habían hecho sus padres.

Pero Mateo empezaba a entender que eso significaba robarle la oportunidad de encontrar el amor verdadero. Significaba robarle la oportunidad de seguir los pasos de su hermano y aspirar a una vida feliz solo porque él había renunciado a todo eso mucho tiempo atrás.

Cuando Felicity y Richard se llevaron a los chicos a la cocina, Mateo aprovechó la oportunidad para hablar en voz baja con Maude.

—Estás teniendo dudas. Puedo verlo en tu cara.

—¿Qué ves en mi cara? No te entiendo.

—Estar de vuelta aquí, ver a tus padres, a tu hermano y su mujer tan felices... Te has dado cuenta de lo que te espera y has descubierto que no te gusta, ¿verdad?

—Eso no importa —Maude bajó la mirada. —Tú tenías razón. Lo importante es que nuestro hijo tenga la mejor vida posible y si eso significa...

—¿Si eso significa sacrificar la felicidad y la posibilidad de encontrar el amor verdadero?

Maude se encogió de hombros, pero sus ojos se habían nublado.

—No es el mejor momento para esta conversación —le dijo. —Yo ya he pensado en todo esto, lo he aceptado y me parece bien.

Pero no era feliz. Lo único que la haría feliz era lo que él no podía darle.

—Tal vez soy yo el que tiene dudas —dijo Mateo entonces. Ella lo miró, atónita.

Tal vez se había equivocado por completo con él. Había llegado a la conclusión de que Mateo tenía fobia al compromiso, que no pensaba sentar nunca la cabeza porque su corazón estaba enterrado bajo capas de hielo, pero tal vez eso era antes de que entendiese la enormidad de convertirse en padre.

¿Habría descubierto que el amor era más importante de lo que nunca hubiera imaginado? ¿Se habría dado cuenta de que un matrimonio de conveniencia no podría sostenerse durante mucho tiempo si no había sentimientos?

¿Habría entendido que no podía haber una familia sin amor?

Ella había aceptado hacer un sacrificio, pero tal vez Mateo había terminado por entender que ese sacrificio no llevaría a nada bueno.

—¿A qué te refieres? —le preguntó, sin aliento.

—Creo que debemos contar la verdad sobre nuestra pequeña farsa porque se nos ha ido de las manos —respondió él—. Tenías razón, Maude. Tú... nosotros... podemos criar a nuestro hijo sin estar encadenados, sin sacrificar la posibilidad de encontrar el amor con otra persona.

—¿Estás diciendo que quieres enamorarte? —Maude esbozó una sonrisa trémula. —Creí que ese tipo de cosas no eran para ti.

Mateo se encogió de hombros.

—Supongo que debes estar preguntándote por todas las cosas que habíamos hablado, pero la casa en el campo es tuya, a menos que tengas alguna objeción.

Maude no quería la casa. Solo quería a Mateo. Lo había rechazado cuando le propuso matrimonio por primera vez porque no la amaba y no la

amaría nunca. Había rechazado lo que le ofrecía porque no encajaba con la imagen de la vida ideal que había querido para sí misma.

La había convencido de que tenía razón, pero de repente era él quien se lo pensaba dos veces y eso le demostró lo sombrío y preocupante que hubiera sido su futuro con Mateo Moreno.

Se había sentido triste cuando comparó lo que ella iba a tener con lo que tenían sus padres, con lo que tenían Amy y Nick, pero la tristeza que sentía en ese momento era absolutamente abrumadora.

Pero ya no podían dar marcha atrás.

—Vamos a hablar con tus padres, Maude —dijo Mateo entonces. —
Eso es lo que querías, ¿no?

Capítulo 10

Maude podía escuchar el ruido de voces y risas en la cocina, bromas sobre las vacaciones en el Caribe, la típica situación de una vida familiar, la vida que ella había anhelado y de la que ahora estaba despidiéndose.

Junto a ella, el paso decidido de Mateo la llenaba de pánico ¿pero qué podía decir? ¿Que no pasaba nada, que lo amaba y lo aceptaría a cualquier precio cuando, en realidad, iba a empujarlo a una trampa porque él acababa de descubrir que tal vez encontrar el amor era posible?

Maude no sabía qué hacer. Ni siquiera sabía qué pensar. Todo aquello la superaba.

Cuando abrieron la puerta de la cocina cuatro caras se giraron en su dirección.

—Mamá...

Maude se aclaró la garganta, pero la angustia debía estar reflejada en su rostro porque las sonrisas desaparecieron.

—¿Qué pasa, cariño?

—Deberíamos haber sido sinceros con vosotros desde el principio —intervino Mateo, apretando la mano de Maude en un gesto tranquilizador.

—¿A qué te refieres? —preguntó Felicity. —¿Sinceros sobre qué?

Mateo siempre había sido un hombre sereno y responsable, pero le ardía la cara en ese momento y podía sentir la tensión de Maude fluyendo desde su mano como el zumbido de una corriente eléctrica.

Aquello era por ella.

La había acorralado, la había convencido para que hiciese lo que él quería que hiciese, pero ver su expresión desolada mientras miraba esas fotografías familiares le había roto el corazón.

Por muy decidido que hubiera estado a conseguir lo que quería, a empujar la situación en la dirección que él creía debía tomar, la angustia de verla despedirse de sus sueños lo había cambiado todo.

—Sinceros sobre el hecho de que, cuando vine aquí por primera vez, no vine en calidad de novio de Maude.

—¿Qué estás diciendo? —murmuró Felicity. —¿Qué está diciendo, Maude? No lo entiendo.

Maude no podía hablar porque, en realidad, no sabía qué decir, de modo que dejó que Mateo diese todas las explicaciones. Y lo contó todo, de principio a fin. El acuerdo al que habían llegado esa noche en la oficina, una solución a dos problemas. El problema de que Maude no quisiera presentarse sola en la fiesta porque su acompañante la había abandonado, y el problema de Mateo con su ex, que se había convertido en una acosadora.

—Parecía muy sencillo en ese momento —dijo Maude cuando por fin encontró su voz.

Cuando su madre se disculpó por hacerle sentir que era una decepción porque no había tomado el camino que ella esperaba, los ojos de Maude se llenaron de lágrimas.

—Lo siento mucho, cariño, debería haber sido más comprensiva —dijo Felicity. —Espero que puedas perdonarme. Tú sabes que siempre he querido lo mejor para ti.

Mateo apretó la mandíbula. El cariño familiar que lo rodeaba era un recordatorio de lo que él no había tenido, pero debía superar la desesperada necesidad de hacer lo que fuera necesario para aferrarse a Maude, para tener la vida que tanto ansiaba.

Sin amor. Porque él era incapaz de amar a nadie. Era demasiado duro, demasiado frío. Esa puerta había sido firmemente cerrada mucho tiempo atrás.

¿O no era así?

Algo se movió dentro de él y, durante unos segundos, se quedó sin habla. Sin darse cuenta, apretó la mano de Maude. No podía soltarla, no quería hacerlo.

Maude y su madre seguían hablando, riendo y llorando a la vez, superando malentendidos, sabiendo que esos malentendidos eran en realidad triviales porque el cariño que sentían la una por la otra lo compensaba todo.

Unos minutos después, Maude retomó el hilo de la conversación, volviendo a la farsa que habían ensayado.

—Cassie parece una persona frágil —explicó cuando la presionaron para que diese más detalles sobre el falso compromiso. —Estaba enfadada con Mateo y decidió contarle esa historia a la prensa.

No hubo más críticas, ningún insulto hacia su comprometedor ex.

Maude era inteligente, blandita como un malvavisco en el fondo, amable, generosa...

El pulso de Mateo se aceleró.

Él no estaba interesado en relaciones. Solo le interesaba la diversión, el sexo, en los barcos que se cruzaban en la noche. Eso era algo que había dejado absolutamente claro desde el principio. Ella conocía su historia y sabía que no quería nada permanente. Además, era evidente que él no era su tipo y nunca lo había sido.

Lo que hubo entre ellos debería haber sido algo pasajero. Pero entonces, ¿por qué estaba allí, con el corazón acelerado, sudando, atrapado por la desconcertante sensación de estar parado en la cima de un precipicio, mirando hacia el abismo?

—Cassie fue un error monumental —dijo entonces.

No sabía cómo seguir, pero allí estaban, en una situación que ninguno de los dos había anticipado, contando la verdad a las personas que no deberían haberse enterado nunca del engaño.

—Debe ser una persona muy vengativa —comentó Amy.

—La historia del compromiso salió a la luz y decidí que sería buena idea que desapareciésemos durante un tiempo en la Toscana...

—En una fabulosa mansión rodeada de viñedos —apuntó Maude.

—Lejos de miradas indiscretas —siguió Mateo. —Yo tenía trabajo que hacer allí y de ese modo podíamos matar dos pájaros de un tiro, pero lo que pasó fue...

—Lo que pasó fue totalmente inesperado —se apresuró a decir ella.

—Pero pasó —dijo Mateo, girando la cabeza para mirarla.

Maude le devolvió la mirada y, de repente, era como si estuviesen solos en la cocina.

—Y dijiste que no te arrepentías.

—Es verdad, no me arrepiento.

—Y yo te dije, como un disco rayado, que no quería saber nada de relaciones serias.

—No hace falta que lo repitas, entendí el mensaje perfectamente.

—¿Cómo puedo hacerte entender que estaba tan acostumbrado a decir eso, a pensar eso, que nunca se me ocurrió que algún día ya no tendría sentido?

—¿Qué quieres decir?

Maude se sobresaltó cuando su padre se aclaró la garganta. Cuando levantó la mirada, vio que su madre empujaba a todos fuera de la cocina.

—Creo que Mateo y Maude querrán mantener esta conversación a solas. Maude abrió la boca para negar enérgicamente tal cosa, pero Mateo apretó su mano, dejando claro que agradecería un poco de intimidad.

Los cuatro salieron sigilosamente, con su madre a la cabeza, y cuando la puerta de la cocina se cerró tras de ellos Maude se volvió hacia Mateo para preguntarle qué estaba pasando, pero él la silenció poniendo un dedo sobre sus labios.

—Déjame hablar —murmuró. —Me cuesta mucho decir esto, pero necesito hacerlo.

—Ya hemos dicho todo lo que había que decir.

—No, cariño. Aún no hemos dicho todo lo que hay que decir.

La forma en que pronunció la palabra «cariño» hizo que Maude sintiera un escalofrío.

—Te dije que no estaba interesado en compromisos ni en relaciones permanentes, pero tú eres la única mujer que sabe por qué. En ese momento, ni siquiera me paré a pensar por qué había compartido contigo esa confidencia o por qué me había parecido tan natural...

—Y lo entiendo, Mateo, lo entiendo.

—Pero yo no lo entiendo —admitió él en voz baja. —No entiendo cómo he podido dejar que el pasado dicte mi futuro o por qué había cerrado la puerta a cualquier esperanza de encontrar el amor con una mujer.

—El abandono de tu madre te hizo mucho daño. ¿Cómo no iba a afectarte? Y no te culpo. A mí me hubiera pasado lo mismo, estoy segura.

—Perdonas con demasiada facilidad —dijo Mateo, apretando su mano.

—Nunca pensé que nos acostaríamos juntos. Tú tampoco, ya lo sé. Pero hacer el amor contigo fue... alucinante. Nada que hubiese experimentado antes. Me decía a mí mismo que solo me lo parecía porque tú eras tan diferente a las mujeres con las que solía salir.

—Ya te digo.

—El aspecto físico no tiene nada que ver con esto —la regañó él con suavidad, con ternura. —Siempre me había gustado tu personalidad, tu convicción y tu seguridad en el trabajo, que dieras tu opinión aunque fuese totalmente contraria a la mía —Mateo hizo una pausa. —Pero nunca te había visto como una mujer a la que querría llevarme a la cama porque lo que quería era una mujer que no discutiese, que me diese siempre la razón, que me lo pusiera fácil. Sin embargo, ahora me doy cuenta de lo equivocado que estaba.

—¿Estás diciendo que disfrutas haciéndome el amor porque soy una profesional inteligente y decidida?

Cuánto le gustaría pensar eso, pero debía poner los pies en la tierra.

¿Conduciría esa charla a una retorcida explicación de por qué ahora quería darle la libertad que ella había exigido cuando le pidió que se casara con él?

¿Iba a decirle que quería encontrar su propio camino y buscar a una mujer a la que pudiese amar?

—¿Esta es una forma amable de decirme que te he llevado por el buen camino? —le preguntó.

—¿Perdona?

—Vas a ser padre, Mateo. Estás entrando en un nuevo capítulo en tu vida. Puede que tú no lo hubieras querido, pero a veces las cosas no siempre suceden como uno espera y tal vez eso te haya abierto los ojos sobre la familia, sobre el amor. Tal vez salir conmigo te ha hecho ver que es posible enamorarse de una mujer que no teme discutir contigo, ¿es eso?

—No, en absoluto.

—¿Entonces?

—Maude, estoy intentando disculparme humildemente por ser un idiota y preguntarte si querrías casarte conmigo y tener el matrimonio con el que siempre habías soñado.

—No sé si entiendo lo que dices.

Maude lo miró, perpleja. ¿Había oído bien?

—Te quiero, Maude Thornton.

—No es verdad. No digas esas cosas —sus ojos se habían llenado de lágrimas, pero intentó contenerlas. —¡Esto no es un juego!

—Claro que no es un juego y si me mirases... —Mateo levantó su barbilla con un dedo—te darías cuenta de que hablo en serio. ¿Por qué crees que, de repente, he entendido que tú tenías razón?

—Porque...

—Porque te quiero —la interrumpió él. —Te vi con tu familia, te vi mirando las fotos en el aparador, y me di cuenta de que cuando se trata de lazos familiares, de las emociones que nos hacen apegarnos a otras personas, a casarnos, a tener esperanza, a intentar ser felices para siempre, yo estaba totalmente equivocado. Vi la tristeza en tus ojos y supe que estabas sopesando lo que sacrificabas y lo que ibas a tener conmigo. ¿Es que no te das cuenta?

Era una afirmación más que una pregunta y Maude se limitó a asentir con la cabeza.

¿Mateo la quería? ¿Cómo era posible? ¿Se atrevería ella a creerlo?

Sí, lo creía. Podía ver la sinceridad en sus ojos, pero además conocía a aquel hombre y sabía que nunca diría algo así como una estratagema para conseguir lo que quería.

—No podía evitarlo —admitió Maude. —Pero, aunque me entristecía renunciar al sueño de la vida perfecta, iba a casarme contigo porque... en fin, me daba miedo pensar en una vida sin ti.

—¿Estás diciendo lo que espero que estés diciendo?

—Estoy diciendo que me enamoré de ti y cuando me di cuenta ya era demasiado tarde para pensar de forma racional. Me golpeó como un rayo —le confesó Maude, mareada de felicidad. —Y luego descubrí que estaba embarazada.

—Me has hecho el hombre más feliz del mundo. Cuando me dijiste que estabas embarazada mi mundo se puso patas arriba y, de repente, todo

pareció encajar. Te quiero tanto, mi amor. Así que, de nuevo, ¿te casarás conmigo... por amor?

—¡Mateo! —susurró Maude, tomando su cara entre las manos. — Nada me haría más feliz que eso.

—En ese caso, es hora de que hablemos con tu familia.

Se casaron cinco semanas después, en la Toscana, rodeados de amigos y familiares, y sin reparar en gastos. El vino procedía de uvas cultivadas en la propiedad, la cena había sido preparada por la chef, Luisa, con mucho cariño y fue un día sencillamente maravilloso.

Maude no podía haber soñado con nada más romántico.

Fue una boda pequeña e íntima, sin un solo reportero a la vista. Pensar que habían escapado a esa villa para evitar la publicidad instigada por una ex vengativa...

Por suerte, en ese momento la prensa sensacionalista estaba demasiado ocupada corriendo tras un miembro de la realeza que había sido sorprendido tomando drogas como para preocuparse por su historia. De hecho, la boda fue anunciada en las páginas de los periódicos serios como el Financial Times.

Maude había visto la villa en verano, pero era igualmente espectacular en otoño. Mateo se había encargado de que la carpa blanca bajo la que sirvieron la cena estuviese maravillosamente iluminada con farolillos y guirnaldas de luces entrelazadas con flores.

La boda fue sencillamente perfecta.

Después, cuando terminaron las reformas en la casa, se mudaron allí y comenzaron a prepararse para la llegada del pequeño.

Estaban ocupados, alegres, todo era como un sueño.

Exactamente seis meses después de casarse, Maude despertó con un fuerte dolor de espalda. En la cama, con Mateo abrazándola, miró a su marido dormido y el amor que sintió por él era tan poderoso que se le hizo un nudo en la garganta.

Se asustaría si le decía que, en su opinión, había llegado el momento, pero tenía que hacerlo, de modo que respiró hondo y lo despertó, intentando mostrar una serenidad que no sentía en realidad.

Mateo se levantó de un salto. Sentía como si aquel fuese el momento que había estado esperando durante toda su vida y no se detuvo para tomar aliento.

—No estás asustado, ¿verdad? —le preguntó Maude. Él sonrió. Había ensayado aquel momento mil veces.

—¿Parezco el tipo de hombre que se asusta? —le preguntó, mientras se ponía un pantalón a toda prisa.

—¿En una situación como esta? Por supuesto.

A las tres y media de la mañana, las carreteras estaban desiertas y era una ruta que Mateo conocía bien. Desde que se mudaron a la casa de campo se había acostumbrado a esas carreteras llenas de curvas y a los tractores con los que se cruzaba a menudo.

Había sido un adicto al trabajo durante años y, aunque todavía trabajaba mucho, su matrimonio había puesto las cosas en perspectiva.

Toda su vida había sido puesta en perspectiva.

Alargó una mano para tomar la de Maude y sintió que ella la apretaba con fuerza mientras intentaba poner en práctica el método de respiración que le habían enseñado.

¿Asustado? Estaba al borde del pánico.

—Deberíamos haber llamado a tu ginecólogo antes de salir de casa. ¿Y si no estuviera hoy en el hospital?

—No pade nada, Mateo. Millones de mujeres dan a luz sin tener que contar con su ginecólogo particular.

Ocho horas más tarde, Violet Felicity Moreno llegó al mundo sin problemas.

Y allí, en el hospital, mientras Mateo contemplaba con asombro el diminuto bebé de pelo oscuro, que había pesado tres kilos cuatrocientos gramos, sobre el pecho de su mujer, experimentó una sensación abrumadora de paz, alegría y satisfacción.

Era algo que nunca había pensado que lograría, algo con lo que nunca había soñado siquiera.

Su querida Maude le sonreía, su amor por él tan incondicional como el que él sentía por ella.

Pura felicidad.